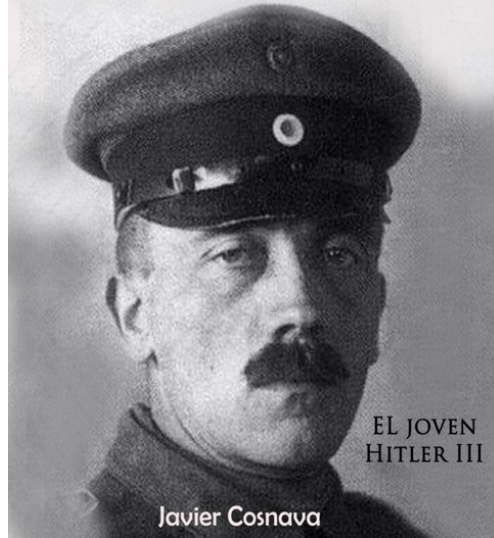


HITLER

VAGABUNDO Y SOLDADO EN
LA GRAN GUERRA
1904-1918



EL JOVEN
HITLER III

Javier Cosnava

Te hallas, lector, ante la novela que narra los años decisivos de la vida de Adolf Hitler.

Conocerás cómo se convirtió en un vagabundo, sus sueños de grandeza como artista malogrados y la forma en que, gradualmente, fue descendiendo hasta la indigencia y la marginalidad.

También conocerás cómo le marcaron sus experiencias en la Primera Guerra Mundial o Gran Guerra, y la forma en que nació la figura malvada que hoy todos conocemos.

Todo ello aderezado con el misterio de los demonios de la mente, que ha ido desarrollándose a lo largo de esta saga.

Este libro puede leerse de forma independiente, si bien forma parte de la Saga de «El Joven Hitler», formada por 5 novelas, todas ellas autoconclusivas pero con un mismo hilo conductor para poder leerse de forma continuada si así se quiere:

1-EL PEQUEÑO ADOLF Y LOS DEMONIOS DE LA MENTE

2-HITLER ADOLESCENTE 1889-1903

3-HITLER, VAGABUNDO Y SOLDADO EN LA GRAN GUERRA 1904-1918

4-HITLER Y EL NACIMIENTO DEL PARTIDO NAZI 1919-1923

5-HITLER 5, LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, AÑO 1939

Javier Cosnava

Hitler vagabundo y soldado en la Gran Guerra (1904-1918)

El joven Hitler 3

Primera edición digital: diciembre, 2015

Título original: *Hitler vagabundo y soldado en la Gran Guerra (1904-1918). El joven Hitler 3*

© 2015 Javier Cosnava

Queda prohibido, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los demás derechos están reservados.

Índice

Hitler vagabundo y soldado en la Gran Guerra
(1904-1918)

Nota inicial

PRIMERA PARTE

- 1.
- 2.
- 3.
- 4.
- 5.
- 6.
- 7.
- 8.
- 9.
- 10.

SEGUNDA PARTE

- 11.
- 12.
- 13.
- 14.
- 15.
- 16.
- 17.
- 18.
- 19.

TERCERA PARTE

- 20.

Nota del autor

Licencias literarias

SAGA EL JOVEN HITLER

TAMBIÉN EN EBOOK

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL La novela

Nota inicial

¿Sabías que el gran Sigmund Freud aconsejó internar a Hitler en un psiquiátrico cuando Adolf contaba solo con siete años?

¿Sabías que uno de los cuadros pintados por Hitler fue hallado en la consulta de Freud tras acabar la guerra en 1945?

¿Sabías que Hitler tenía pensado atacar Sudamérica después de que Alemania y sus aliados tomaran Europa, Asia y África, y que pensaba comenzar por México?

A partir de estos hechos históricos probados y de las muchas lagunas en su biografía he construido los dos últimos volúmenes de la saga EL JOVEN HITLER.
Espero que os guste el primero de ellos.

(JAVIER COSNAVA)

PRIMERA PARTE

EL MONSTRUO EN POTENCIA

*Felices días aquellos
que me parecieron un bello sueño.
En efecto, no debieron ser
más que un sueño.*

*(**Adolf Hitler**, Mein Kampf)
(Hablando de su adolescencia
tras la muerte de su padre)*

1.

Adolf Hitler en ocasiones no podía controlar la furia que habitaba en su interior.

Él la llamaba la ira escarlata.

Podía encontrarse tranquilamente en sus habitaciones, paseando con Gustl o contemplando una representación de «El Sueño de una Noche de Verano» ...

Podía encontrarse en el mejor momento del día, sintiéndose feliz, soñando en su próxima carrera de artista...

Podía estar en cualquier lugar o haciendo cualquier cosa, cuando de pronto una ira profunda e irracional le atravesaba de parte a parte. Recordaba una afrenta, real o imaginaria; recordaba una persona que le había ofendido, que le había mirado mal o que había tratado de perjudicarlo. Entonces dejaba de ser feliz, dejaba de sentirse completo y realizado. Solo existía la ira, la sed de venganza, la sinrazón, la vesania. El mundo dejaba de existir y una pulsión escarlata como la sangre le nublaba la vista. Sabía que, dominado por aquella ira, sería capaz de cometer cualquier acto, por perverso que fuese, hasta matar con sus propias manos. Por eso aquel sentimiento, aquella ausencia de control en una vida tan controlada como la suya, le fascinaba.

En el fondo le encantaba estar poseído por la ira escarlata. Le encantaba la posibilidad de dejar de ser un monstruo en potencia para devenir en un monstruo en acto. Y una cosa tenía clara: si alguna vez debía quitarse la máscara y convertirse en ese monstruo, sería el más grande de todos los monstruos que nunca hubieran habitado el planeta Tierra.

La pulsión de la ira escarlata así se lo había susurrado en sueños que eran más reales que la vida misma.

2.

Porque, precisamente en aquel momento, se sentía dominado por aquella furia inmensa y desbordante. La causa fue un comentario al azar de Gustl, su compañero de estudios y de juergas. Aunque aquello de Gustl era solo un apodo, ya que su verdadero nombre era August Kubizek.

—Sigmund Freud acaba de publicar una nueva obra —dijo Gustl, sin saber que con aquella sencilla frase había encendido el mecanismo secreto de la ira escarlata—. Se llama «Tres Ensayos sobre la Teoría Sexual» y dicen que va a volver a revolucionar el estudio de la mente humana como hace diez años con «La Interpretación de los Sueños».

El tono de Kubizek denotaba una cierta admiración, y eso hizo que Hitler se sintiera todavía más airado, aún más dominado si cabe por aquella pulsión sanguínea que ahora mismo era el centro del universo. Se hallaban los dos amigos sentados en el teatro municipal de la ciudad de Linz; un local vetusto, rancio, de incómodos sillones de madera y doble palco donde los burgueses contemplaban a los de las últimas filas del anfiteatro, patanes desclasados como Hitler y Kubizek, con desdén y superioridad.

Ajenos al menosprecio de aquellos nuevos ricos (o acaso impregnados de su propio menosprecio, uno intelectual que cubría de la misma pátina de desdén a aquellos ignorantes de gruesa billetera) los dos amigos aguardaban a que comenzase la representación de la ópera de Wagner «Cola die Rienzi». Adolf sabía que aquel era precisamente uno de esos momentos de felicidad absoluta que la ira escarlata podía hacer añicos, porque ella era capaz de traspasarlos hasta empuqueñecerlos, dejarlos en nada. Hitler era un seguidor enfebrecido de Wagner, al que idolatraba. Su arte y su música eran, desde su perspectiva, la forma suprema de grandeza racial. Tener la oportunidad de disfrutar del espectáculo le llenaba de una satisfacción anticipada que las palabras de Gustl pusieron en peligro. De pronto, la sensación de dicha dejó paso a la bilis, a la rabia, cuando escuchó el nombre de Sigmund Freud.

—¿Qué has dicho?

Gustl enarcó una ceja. La expresión de su amigo era extraña, hosca, casi violenta. Le temblaban los labios.

—He leído esta mañana un artículo sobre Freud en el periódico. Y me ha interesado porque...

—Cállate, idiota. No sabes nada de nada. Ese hombre es un patán. Todo lo que dice es basura. Mentira, todo es mentira. Así que cierra la boca cuando no sepas de lo que estás hablando.

August Kubizek bajó la cabeza y obedeció a su amigo. Era un muchacho maleable, reservado y fácil impresionar, el tipo de persona que podía convertirse en el amigo íntimo de alguien tan egocéntrico y megalómano como Adolf Hitler. Pero, a pesar de su estrecha relación, Gustl no sabía que Adolf conocía en persona al gran Sigmund Freud.

—¡Un patán mentiroso es ese psicoanalista burgués, judío y entrometido! —añadió Hitler, asomándose al pozo negro de los recuerdos.

Había sucedido mucho tiempo atrás, casi diez años, pero Adolf recordaba todavía el gesto de superioridad del doctor Freud (un remedo del gesto de esos burgueses que acudían a la ópera en el presente) cuando entró en su consulta. Por entonces todavía no era el «gran Sigmund», no disfrutaba del reconocimiento que alcanzaría más tarde. En realidad, parecía algo dolido con sus colegas porque no hubiesen advertido el genio que brillaba en su interior con una hoguera magnífica de dones y de facultades. Cierta megalomanía habitaba también en Freud, pero se hallaba dominada por su vasta cultura y un autocontrol del que Hitler siempre carecería. Tal vez por eso Adolf acabó sentado en la consulta del joven maestro del psicoanálisis, porque ya de niño carecía del más elemental autocontrol. Hasta sus padres se dieron cuenta de que necesitaba ayuda médica. Por desgracia, el médico de cabecera de la familia, el doctor Eduard Bloch, admiraba profundamente a ese prometedor especialista judío llamado Freud que comenzaba a hacerse un nombre entre los círculos académicos. Convenció a su familia para llevar al pequeño Adolf hasta la consulta vienesa del judío, donde este examinó largamente el informe que había realizado el doctor Bloch acerca de Adolf Hitler: seis años, niño pasivo con recurrentes crisis de ira, sueños violentos, suicidas, que preceden a episodios de huida en los que escapa de casa y se esconde.

Sí, el doctor Bloch fue el primero en entrever a la maldita ira escarlata, ladina, escalando por la mente de Hitler como un gusano en una manzana podrida.

Freud, tras leer detenidamente el informe de su colega en, al menos, dos ocasiones, levantó la vista del legajo y miró a sus dos invitados.

—Un caso muy interesante —dijo en dirección al doctor Bloch.

—Gracias, maestro.

El reconocimiento de la superioridad intelectual y en experiencia por parte de su compañero agradó a Freud, que inclinó la cabeza y sonrió levemente. Luego se volvió hacia al pequeño Adolf, diminuto y aún más empuqueñecido por enfrentarse a la mirada de alguien que se creía un gigante.

—Así que tienes extrañas pesadillas en las que caes a una sima que no tiene final.

—Me despierto cuando termina la caída y me estrello contra el suelo —reconoció Adolf—. Mi cama se mueve como si realmente hubiese caído de una gran distancia.

—Eso sucede más a menudo de lo que crees y tiene una explicación bien simple —le explicó Freud ensanchando su sonrisa de superioridad, aunque no le dijo por qué sucedía aquello.

—A veces sueño con un hombre que me da de latigazos —explicó entonces Adolf—. Me ata a un poste y me tortura hasta la muerte.

—¿Has llegado a verte morir en el sueño o te despiertas antes como en el episodio de la caída?

—Me despierto antes.

—Ya veo.

Freud volvió a consultar el legajo de su colega y murmuró alguna cosa en voz baja. Cuando levantó de nuevo la vista ya no volvió a hablar con el pequeño Adolf. Se dirigió exclusivamente al doctor Bloch:

—Veo que se ha peleado en varias ocasiones con su padre, que ha intentado escaparse de casa no una ni dos sino cinco veces, a pesar de su corta edad. Veo que tiene extrañas crisis de ira, y que estas, en efecto, no concuerdan demasiado con la personalidad que hasta ahora ha mostrado: retraída, dócil.

—Así es, maestro. El padre es un hombre extremadamente severo y creo que golpea a su hijo de forma habitual. Infiero que esos intentos de huir de casa son solo un gesto de rebeldía. Pero unido a los otros síntomas, he pensado que era mejor que lo evaluase usted personalmente. Quería estar seguro si solo es un niño problemático o subyace un problema más grave.

Freud asintió, como dando la razón a su interlocutor. Suspiró hondamente y echó la cabeza hacia atrás en un gesto característico. En aquella época estaba a punto de cumplir cuarenta años y era un hombre coqueto, de barba siempre muy cuidada y a la moda, que vestía trajes elegantes, pero no ostentosos. Tratava de mostrarse superior, pero desde una moderación y sobriedad, como si la vasta cultura que atesoraba fuese aún más vistosa que el más vistoso de los trajes. Le gustaba hablar forzando su acento vienés porque quería que todos supieran quién era y de dónde provenía. Trabajaba incansablemente dieciocho horas al día. Apenas dormía, como si tuviera miedo de perder en el sueño una hora que podría haber dedicado a conocer mejor el griego o a leer un nuevo estudio de un colega o a investigar un fascinante caso de histeria.

—La agresividad en los niños responde a una lucha interior entre dos colosales fuerzas —dijo—. Por un lado, el impulso biológico por seguir vivo; por otro, el deseo de muerte. Muchos me acusan de dar demasiada importancia en mis teorías al componente sexual, pero no siempre es el punto clave. En esto caso creo que es el ego. Un padre con un ego inmenso y violento que se enfrenta a un hijo pequeño al que nunca podrá doblegar.

—¿No? —se extrañó el doctor Bloch.

—Jamás. Porque la violencia y el ego de este pequeño son aún más grandes que los de su progenitor. Por eso nos muestra su lado sumiso: para engañarnos. Y un niño de tan corta edad capaz de albergar tanto odio, agresividad y, al mismo tiempo, capaz de tramar un engaño, una máscara que le oculta a vista de todos... Eso es algo anormal. Terriblemente anormal. Un niño tan retorcido debe ser tratado antes que esas crisis de ira no desemboquen en algo peor. Le aconsejo pues que interne al pequeño en el Instituto de salud mental para niños de Viena.

Hitler recibió aquella noticia como si hubiera encajado un puñetazo en el estómago. Podía ser pequeño todavía, podía aparentar ser dócil y débil, pero en ese momento sintió que la ira escarlata avanzaba en su interior como si una llama brotase de su pecho, elevándose hacia sus mejillas y prendiendo fuego a sus cabellos, quemándole desde dentro hacia afuera. De buena gana se hubiese levantado y estrangulado con sus propias manos a aquel estúpido matasanos judío. En aquel momento de su vida, Hitler no tenía nada en contra de los judíos, ni siquiera tenía muy claro qué demonios era un judío. Pero sabía que era un insulto en labios de mucha gente, incluido su padre. Así que lo habría matado, por creerse tan listo como para querer mandarlo a un psiquiátrico como a un maldito demente, por ser un judío, significase lo que aquello significase, por ser un cabrón engreído que trataba de destruir su vida antes de que ni siquiera hubiese comenzado.

—Reconozco que es un caso poco habitual —balbuceó el doctor Bloch—. Por eso he pedido su ayuda. Pero no esperaba algo semejante. ¿No cree que internarlo es una medida demasiado radical? Yo vine aquí buscando consejo para su tratamiento, nunca creí que fuera necesario llegar tan lejos.

Freud se levantó y extendió la mano derecha. En ella llevaba el legajo de su colega, que este tomó y se guardó en su maletín. Hizo una señal a una criada que se encargaba de abrir las puertas a las visitas. Con aquel gesto había dado la reunión por terminada.

—Entiéndame, queridísimo colega —dijo Freud reforzando su acento vienés como siempre que quería decir la última palabra, finiquitar una pequeña clase magistral con una profunda reflexión—. La mayor parte del psicoanálisis es intuición. Las historias de unos pacientes no difieren a menudo de las historias de otros. Un buen psicoanalista debe ser capaz de ver en los pequeños detalles cosas que pasan inadvertidas para especialistas de menor altura —cuando dijo «de menor altura miró con condescendencia a su colega—. Este muchacho está gravemente perturbado. No sabría decirle todavía el porqué. Un padre maltratador, seguramente una madre amorosa que lo mimaba demasiado, una predisposición genética a la demencia, una vida familiar insana, adulterios, quién sabe si otros secretos que tal vez no queramos descubrir. Además, está todo ese asunto de los demonios de la mente que he leído en su informe: la creencia del padre de que uno o varios demonios se encuentran en el interior de este niño. Tal vez sea una mera intuición que el hombre ha transformado en algo tangible y diabólico para poderlo entender. Tal vez su padre ve en el muchacho esa extraña

oscuridad que yo también vislumbro. Sea como fuere, intuía solo con mirarle que este pequeño podría llegar a ser un peligro para sí mismo y para toda la sociedad. Cuando menos, es lo que yo creo. Y si fuera usted lo internaría en un instituto de salud mental para su observación. Para una larga y cuidadosa observación. Sí, no me cabe duda. Eso es lo que yo haría.

Por suerte para Adolf, el doctor Eduard Bloch no era Sigmund Freud. Ni mucho menos. Cuando tomaron el tren de vuelta a casa de los Hitler, el doctor Bloch tomó al niño de un brazo y lo acercó contra su hombro en un gesto afectuoso. Adolf temblaba de pies a cabeza. La ira todavía lo traspasaba como si una daga estuviese clavada en su corazón, pero tenía seis años y nada podía hacer con su ira más que guardarla en su interior, preparándose para el día en que pudiese hacerla explotar. Además, en aquel momento sentía un miedo tan profundo que había soterrado su ira. No quería ir a una institución psiquiátrica, no estaba loco y no quería que le considerasen como tal. O tal vez en su fuero interno temía estar loco y precisamente por eso no quería que lo considerasen como tal.

Si descubrían lo que había en su interior tal vez tirasen la llave de la jodida celda.

—No te preocupes, muchacho —le dijo el buen doctor, un tipo fortachón de poblado bigote—. No te voy a llevar a un psiquiátrico. Aconsejaré a tu padre que no sea tan duro contigo. Poco a poco, te irás recuperando. Las pesadillas se terminarán y no volverás a intentar escapar de casa. ¿Me prometes que no volverás a hacer una estupidez semejante?

Hitler no quería pasar el resto de su vida en una jaula de locos. Quería sobrevivir a su padre para matarlo con sus propias manos tal y como había deseado hacer una hora antes con el matasanos judío sabelotodo de Freud. Así que pagaría el precio. Era poca cosa. Si para ahorrarse una celda acolchada y poder continuar con su vida, tenía que controlar su furia interior y no escaparse de casa... eso haría. Si tenía que decir que no tenía pesadillas... eso diría. Y en breve tiempo el doctor Bloch pensaría que estaba curado. Sí. Engañaría al buen doctor. Engañar y sobrevivir. Dos axiomas que con el tiempo serían esenciales para comprender la conducta de Adolf Hitler. Y precisamente para sobrevivir engañaría también a su padre, Alois. Un día se vengaría de él. Un día le enseñaría que la ira no le había abandonado. Pero aún no era el momento de ajustar cuentas.

—Engañar y sobrevivir —murmuró Adolf en el presente, sentado en el teatro municipal de Linz asistiendo a los primeros compases de una ópera de Wagner.

—¿Decías? —inquirió Gustl, que había permanecido en silencio mientras su amigo viajaba al pasado.

—No decía nada. Permanece atento a la representación —repuso Hitler, mientras la furia, al tiempo que los recuerdos, le iba abandonando.

Mientras, en la representación, la turba quemaba el Capitolio, traicionaba al protagonista y todo acababa en una tragedia, nunca mejor dicho, wagneriana. Al contemplar el estruendo de los cánticos e imaginar tamaña y gratuita destrucción, Adolf Hitler sonrió satisfecho. En los diez años que siguieron a aquella infausta visita a la consulta de Freud, había engañado al buen doctor Bloch, que al poco tiempo abandonó su tratamiento, creyendo que el pequeño Adolf estaba completamente curado; más tarde había crecido y tomado el control de su vida; había participado en el asesinato de su padre y se había liberado para siempre del monstruo que le maltrataba. Ahora era un niño mimado, dominaba a su familia y con solo dieciséis años vivía solo, a cuerpo de rey, en Steyr, cerca de Linz, una de las ciudades más hermosas de Europa. Apenas estudiaba y estaba entregado a su sueño de convertirse en un artista. Tenía dinero para gastos superfluos como un bastón de mango de marfil que llevaba a todas partes. Compraba pases para la ópera, vivía de los regalos de su madre con la naturalidad de un dandy al que le dan todo hecho y sabe disfrutarlo. La vida parecía sonreírle.

Solo lamentaba que aquel matasanos estúpido de Sigmund Freud hubiese alcanzado una fama tan enorme, que muchos le considerasen el sabio más grande vivo. Un último golpe de furia le nubló la vista, pero luego volvió a concentrarse en el presente. Sus labios se curvaron en una larga y malévolamente mueca de satisfacción.

La vida era maravillosa. Más le valía. Porque de lo contrario todos verían de lo que era capaz Adolf Hitler.

Si un día la vida dejaba de sonreírle dejaría libre a la ira escarlata.

Y correrían ríos de sangre, ríos escarlatas.

3.

Cuando salieron de la representación, Hitler tuvo otro de sus ataques de ira. Volvió a recordar el aire de superioridad de Freud y aquel consejo que había dado tan a la ligera: internarlo en un psiquiátrico como a un maldito demente. Comenzó a comparar al personaje de la ópera que acababan de ver, a Rienzi con todos esos médicos estúpidos que se creen dioses, y soltó un largo monólogo ante la mirada estupefacta de Gustl.

—En la ópera de Wagner, Rienzi era, como yo mismo a los seis años, un ser noble e ingenuo, un ciudadano de la calle y del mundo.

—¿Tú a los seis años? —inquirió Gustl con extrañeza, pues nada sabía de la visita infantil de Hitler a la consulta de Freud y ni siquiera intuía de qué demonios le estaba hablando.

—Creo que no lo entenderías ni aunque lo intentaras, pero yo era y soy como Rienzi, un hombre justo que se alza contra los poderosos. Rienzi liberó a su ciudad y yo liberaré a la patria racial alemana del estigma de esos judíos que se creen tan listos como para meter en un manicomio a un hombre inocente.

Kubizek a menudo comprendía solo una pequeña parte de lo que explicaba su amigo. Era un experto en asentir y poner cara de concentración. Pero aquel monólogo sobrepasaba la vena críptica de costumbre, su gesto de concentración habitual se había tornado en una mandíbula abierta de la que colgaba un hilillo de baba a punto de caer por la comisura de los labios.

—Al final, a Rienzi le abandonan los suyos y le traicionan, dándole muerte —prosiguió Hitler al ver que Gustl no metía baza—. Pero a mí no me pasará lo mismo. Yo he venido al mundo para algo importante y ningún obstáculo podrá frenarme.

Kubizek se limitó a asentir, todavía incapaz de unir los puntos: niños de seis años, judíos, manicomios, liberar patrias, ciudades o razas. Todo un galimatías solo enteramente discernible por su autor. En realidad, Kubizek nunca supo quién era Hitler a pesar de que se vanagloriase de ser su único amigo. Con el tiempo escribiría una semblanza biográfica de aquellos años de juventud junto al futuro Führer de Alemania. Un libro falsario, lleno de estupideces que, sin embargo, los historiadores acabarían creyendo, al menos parcialmente. En el libro se da una semblanza verosímil del futuro Adolf Hitler de la segunda guerra mundial. Un joven de dieciséis años con tics totalitarios, que utiliza la palabra Reich para englobar todos sus sueños de futuro, como si la unión de los alemanes de Austria, de Alemania y de Checoslovaquia fuese capaz de solucionar todos los problemas del mundo. En 1905, aquel joven de dieciséis años llamado Adolf Hitler era precisamente eso, un joven de dieciséis años, y no un proto Führer como le dibuja Kubizek en su biografía. Pero es que, terminada la guerra mundial, muchos amigos y enemigos de Hitler escribirían sus biografías auto justificándose y describiendo a un Adolf reconocible para el lector. Kubizek sería tan solo el primero de esos farsantes, el primero que dibujó al Hitler que todos conocemos más de veinte años antes de que fuera la entelequia de sí mismo, el líder de la Alemania nazi.

Pero el verdadero Hitler, el que tenía dieciséis años en 1905, no podía imaginar que su mejor amigo sería, con el tiempo, un traidor a su memoria. Vivía intensamente la oportunidad de convertirse en un artista. Ya no estaba interesado en los estudios, faltaba meses enteros a sus clases en el colegio de Steyr y muy pronto abandonaría aquella alternativa vital. Su destino era el de convertirse en uno de los más grandes artistas de la historia. Estaba seguro de ello. Entre paseo y paseo junto a su amigo Gustl, entre representaciones en la ópera de Linz, descubriendo una y otra vez la grandeza de Wagner... se dio cuenta de que aquellas eran las enseñanzas realmente importantes, las que debía atesorar para convertirse en un artista de renombre. Un día abandonó sus estudios sin completar el Abitur, el examen final que desde el siglo XVIII debían aprobar los estudiantes austrohúngaros que optaban a estudios superiores.

Entonces, de forma inesperada, su madre decidió modificar una parte de esa ecuación llena de incógnitas que era el futuro de Adolf Hitler.

—Desde que tu hermano Alois junior se fue del país estoy muy sola y te echo de menos. He vendido la casa familiar de Leonding y me voy a trasladar contigo a Linz —le explicó una mañana Klara tras presentarse de improviso—. He conseguido la suma nada despreciable de siete mil coronas y podremos alquilar un apartamento pequeño, sin muchos lujos. La familia Hitler volverá a reunirse bajo un mismo techo.

Adolf sabía que Alois junior y Klara no se llevaban bien últimamente. El joven se había marchado a Dublín, en Irlanda, donde trabajaba como camarero. En pocos años se casaría y tendría descendencia; los Hitler tardarían mucho tiempo en volver a verlo. Pero aquello nada tenía que ver con la decisión de la madre, que sencillamente quería estar al

lado de Adolf. Lo único cierto de cuanto había dicho. Su hijo, su niño pequeño, que siempre había tenido dominada a Klara, le acarició el rostro y asintió con la cabeza.

—Será un placer teneros a ti y a la nena Paula a mi lado. —Hitler siempre llamaba «nena Paula» a su hermanita de nueve años—. Además, hay un apartamento disponible en el número 31 de la calle Humboldt. En la tercera planta. Un conocido de la escuela acaba de abandonarlo la semana pasada. Tiene una pequeña cocina pintada de verde, un dormitorio grande para ti y para la nena. Yo podría trabajar y dormir en un pequeño despacho que hay al fondo. Creo que allí estaremos los tres muy bien.

Klara recordó por un momento con horror la sala de lectura donde se refugiaba su esposo. Un lugar terrible al que ella tenía vedado el paso y que poblaba todavía sus pesadillas. Allí golpeaba al pequeño Adolf con una vara de sauce cuando apenas era un mocoso que no levantaba tres palmos del suelo. Pero no, su hijo no se parecía nada a Alois. Seguro que Hitler no llamaría nunca a su despacho sala de lectura; allí no habría un sofá Biedermeier ni una copia en una estantería del VERSUCHE ÜBER PFLANZENHYBRIDEN de Gregor Mendel. No, el destino por una vez no sería circular. Alois siempre vivió con el miedo de que su hijo se convirtiese en un demente a causa de los genes familiares de los Hitler. Pero aquello era una tontería. Cada uno se labra su propio destino y este no está determinado de antemano. ¿Verdad que no?

—Me ha venido a la cabeza la imagen de tu padre hablando de los demonios de la mente, esa obsesión por unos seres malvados que...

—Padre no sabía nada de nada, ni de seres malvados, ni de seres bondadosos, ni de ninguna otra cosa. Era un imbécil y esa historia de los demonios de la mente una imbecilidad propia del imbécil que era.

—No hables así del pobre Alois. Él siempre hizo lo mejor que pudo dentro de sus posibilidades. Se preocupaba por ti y quería que estudiases una carrera, que fueses funcionario. Lo de los demonios era solo una excentricidad.

Los puños de Hitler se habían crispado. El rostro de su padre, la vara que subía y bajaba golpeándole y disminuyéndole como persona, acudieron a su memoria. También, y una vez más, el rostro de Freud, declarándolo un débil mental. En ese momento habría estrangulado con sus propias manos a cualquiera. Sentía de nuevo la ira escarlata como una náusea brotándole del estómago. Levantó la vista y vio a su madre. Podría estrangular a cualquiera menos a ella. Porque Hitler amaba realmente a Klara Pözl.

—Madre, te pido por favor que no vuelvas a pronunciar el nombre de mi padre en mi presencia. Nunca más. Ya te dije que para mí nunca había existido. No vuelvas a pronunciar esa maldita palabra si realmente me amas.

Se dio la vuelta y abandonó la estancia. Klara no tardó en venir a pedirle perdón. Hicieron las paces y poco después, en junio, se trasladaban al número 31 de la calle Humboldt.

August Kubizek no tardó en convertirse en un habitual de aquella casa (si hemos de creer en sus memorias). Allí coincidió en más de una ocasión con el cuñado de su amigo, Leo Raubal, que se había casado con la hermana mayor de Hitler: Angela. Este insistía una y otra vez en la necesidad de respetar los deseos del padre difunto, lo importante que sería para el futuro de Adolf preparar oposiciones para funcionario del gran imperio austrohúngaro. Además, las finanzas de la familia no iban demasiado bien, y con el paso de los años empeorarían. Un artista, sobre todo al principio de su carrera, recibe muy poco dinero. A menudo nada. Por ello, no solo por él mismo, sino por su familia, era importante que Hitler pensase en comenzar a ganar un sueldo.

Todos aquellos conceptos, por muy razonables que pareciesen, ofendían sobremanera a Hitler. La memoria de su difunto padre (al que ni siquiera reconocía haber existido) le traía sin cuidado. El que el imbécil de su cuñado mencionase el nombre de aquella bestia hacía que tuviese ganas de estrangularle. La idea de convertirse en un engranaje del Estado y, por tanto, en un esclavo adocenado y estúpido, le revolvía las tripas. No era como los demás, no quería ser un oficial de aduanas como Alois el maltratador hijo de la gran puta, ni tampoco quería ni tener un sueldo fijo. Por último, las normas que uncían el yugo de los ciudadanos del imperio a él no le concernían. Lo que tenía que hacer ese imbécil de Leo Raubal era presentar de una puñetera vez las solicitudes para que se les otorgasen pensiones de orfandad a Paula y a Adolf, y dejarse de pamplinas. De momento, Klara recibía una pensión de viudedad de cien coronas que se completaban con otras cuarenta por cada hijo en edad de estudiar. En conjunto, no era gran cosa, pero suficiente para mantenerse al día de los pagos en el seno de un hogar modesto. No necesitaban tocar los ahorros de la venta de la casa y, lo que tampoco necesitaban, era a un cuñado bocazas que viniese a decirles lo que tenían que hacer. Así se lo expuso Adolf al marido de su hermana en más de una ocasión.

—Tienes que aprender a ser menos soberbio y escuchar a tus mayores —le dijo Leo Raubal.

—Yo escucho a la gente inteligente, da igual cual sea su edad. Cuando dejes de ser un imbécil no tendré ningún problema en escuchar tus sabias palabras.

Aquel tipo de conversaciones provocaron que las visitas de Ángela y de su marido se espaciasen en el tiempo, lo que pareció ser del agrado de Hitler.

Durante unos meses todo pareció normalizarse. No hubo más discusiones, la familia era feliz en Linz y los tres vivían frugalmente pero no pasaban hambre; en realidad, en aquella casa reinaba la armonía. En 1906 Adolf visitó por primera vez Viena, gran capital del Imperio y una de las más importantes ciudades europeas. Los Hitler ahorraban todo lo que les era posible para poder dar a Adolf algunos caprichos. Klara le pagó los billetes de tren y una larga estancia con gastos incluidos. Por suerte pudo ahorrarse el hotel mientras él pasaba unos meses de asueto reflexionando sobre el arte en casa de unos familiares. A menudo iba a ver representaciones de Wagner en el gran teatro de la ópera de Viena o en el teatro Hofoper. Las entradas eran muy caras, pero su madre las pagaba sin rechistar. Ella idolatraba a su pequeño y se planteaba pocas cosas al respecto de su futuro. No sabía si sería o no un gran artista, pero le apoyaba y le ayudaba en todo cuanto podía. Sin preguntas, sin exigencias. Solo amor de madre incondicional.

Así sería hasta el día de su muerte.

4.

A la vuelta de su viaje a Viena, Hitler se encontró con el doctor Bloch. Al entrar en el apartamento de su madre, lo halló sentado a una mesa, como si le esperase desde hacía un buen rato. La visita al despacho de Sigmund Freud, doce años atrás, regresó una vez más desde el infierno de la retentiva. Aquel hombre le había salvado en su momento de ser internado en un psiquiátrico, pero Hitler no ignoraba de que se trataba de un agorero, que de no haber escrito a Freud pidiéndole consejo sobre el caso del pequeño Adolf, no habría estado a punto de condenarle a una vida entre las cuatro paredes de una habitación acolchada. Era como una lechuza, un ave de mal agüero, siempre al acecho. Aunque le tenía cierto afecto por haberle salvado de un destino terrible, también le odiaba. Hitler disfrutaba de aquella contradicción, de sentirse en deuda con él y de detestarlo al mismo tiempo. De buena gana le habría estrangulado para, en el último momento, perdonarle la vida y dejarle huir a gatas, con el cuello enrojecido, buscando la salida del hogar de los Hitler. Un lugar en el que aquel matasanos inmundo no debería haber entrado.

Si «casi» le matase y luego le dejara vivir... ¿dejaría de estar en deuda con él? Le habría salvado la vida, ¿no es así? Aunque hay quien podría argumentar que el hecho de «casi» matarle le haría estar de nuevo en deuda. Aparte de que el falaz intento de asesinato anularía la primera proposición, la de haberle salvado la vida, ya que era él quien se la estaba arrebatando. Un escenario contradictorio sobre el que tendría que reflexionar largamente.

—¿Qué sucede, buen doctor? —dijo Adolf con voz meliflua.

—Tu madre está muy enferma. Cáncer de mama.

Hitler tenía muchos defectos, pero amaba a Klara. Además, era una persona de temperamento enérgico, los problemas no le doblegaban fácilmente. Siempre se hacía más fuerte ante la adversidad.

—¿Vivirá? —preguntó, con un nudo en la garganta.

—Es difícil saberlo —le confesó el doctor Bloch—. La vamos a operar y probablemente haya que extirparle un pecho. Luego, ya veremos.

Fueron meses terribles para Adolf Hitler. La familia, para poder costearse los gastos médicos, se trasladó lejos del centro al suburbio de Urfahr, en el número nueve de la Blütengasse. Fueron al otro lado del río Danubio, donde vivían los pobres. Aquello desesperaba a Adolf. Había tenido que dejar sus clases de piano, que había comenzado a tomar para fortalecer sus conocimientos musicales; a veces incluso soñaba en componer óperas como las de Wagner. A pesar de que quería ser pintor, toda forma de arte le fascinaba y el no poder llenar su tiempo con nuevas formas de conocimiento le trastornaba casi tanto como la enfermedad de su madre.

—Voy a morir muy pronto —le confesó Klara una mañana de enero de 1907. La mujer había perdido un pecho, tal y como había vaticinado el doctor; tras diecinueve días en el hospital había regresado al apartamento familiar.

—No, madre. Eso no va a pasar.

—¿Porque tú lo deseas? ¿Solo por eso no va a pasar? —Klara miró a su retoño con cariño—. Hasta ahora las cosas han sido así. Siempre que has querido algo yo te lo he dado. Pero cuando yo falte...

—No te va a pasar nada malo, madre.

Klara sonrió.

—Quiero que vuelvas a Viena para examinarte en la academia de bellas artes de la SchillerPlatz.

—Eso sería muy costoso. Al menos quinientas coronas.

—He dado orden al banco para que te entreguen seiscientos cincuenta coronas. —Klara levantó una mano y acalló a su hijo con aquel gesto autoritario casi impensable un mes atrás— No, por una vez no vas a ser tú quien me pida el dinero. Yo te lo voy a dar. Sé que no quieres ser un funcionario y ni yo, ni tu cuñado Leo, ni nadie te vamos a convencer. Dibujas muy bien. Siempre fuiste el mejor de la clase. Sé que te mueres de ganas de entrar en esa academia. Quiero ver antes de morir que comienzas a encauzar tu vida. Lo necesito para irme tranquila a un lugar mejor.

Hitler inclinó la cabeza y no dijo nada. Por una vez no iba a manipularla para conseguir sus deseos; por una vez en sus dieciocho años de vida haría lo que ella deseaba. Por supuesto, el que fuese lo que él también deseaba lo hizo todo más fácil. Pero, aunque hubiese deseado lo contrario, habría cumplido su voluntad como ese buen hijo que nunca fue. Necesitaba aquel recuerdo para justificarse el día de mañana y poder decir (y decirse) que siempre fue un buen hijo y no un manipulador. Aquella sería siempre una característica de la forma de ser de Hitler. Podía tomar un hecho aislado, grabarlo en su mente y usarlo para excusar años enteros de errores y mentiras. A través de un único acto de bondad, extemporáneo, que había realizado por impulso, justificaría más tarde guerras o genocidios.

—Haré lo que dices, madre. Partiré mañana mismo si es lo que quieres.

—Es lo que quiero.

Y así lo hizo. Porque parecía que el destino de Adolf Hitler era ser un artista. No cabía duda que estaba dotado para, cuanto menos, ser un pintor aceptable. Además, el examen de entrada a la academia de bellas artes de Viena no era complejo, al menos no para alguien de su talento. Con un poco de suerte, allí podría haber acabado la historia de Adolf Hitler. Se habría convertido en un pintor de mayor o menor renombre, un artista excéntrico, seguramente con muchos enemigos y muy pocos amigos, pero la historia no le recordaría. Apenas un pie de página en la historia del arte europeo de principios y mediados del siglo XX.

Pero en realidad aquel no era su destino. Las primeras pruebas eliminatorias fueron sencillas, de los ciento trece candidatos originales quedaban ya solo treinta y tres. Apenas una docena tenían realmente talento y había plazas para todos. Hitler se sintió confiado al verse rodeado de unos rivales netamente inferiores. Estaba convencido de que pasaría el examen final con facilidad. Pero no contó con cierta capacidad innata para caerle mal a la gente. Intercambió un par de frases con su examinador, teñidas de arrogancia y desprecio hacia sus compañeros. Fue suspendido. El arte es algo sumamente subjetivo y, como el tiempo demostraría, Hitler solo podía tener seguidores o enemigos, nunca iguales. Tal vez el examinador advirtiera que sería un mal compañero y una fuente de problemas en la academia. Puede ser incluso que tuviera razón. Así que usó esa subjetividad con la que se puede calificar de buena o mala casi cualquier obra artística (incluso a menudo la de los genios) para rechazar a Hitler. Este se quejó al rector de la escuela, que dio la razón al examinador. Comprendió que Hitler tenía talento, pero también que era un muchacho inestable, que no encajaría en un lugar lleno de normas y reglamentaciones como aquel. Además, su talento no era tan extraordinario como para que la historia de la pintura se resintiese por su ausencia.

—Le recomiendo que se dedique a la arquitectura —le explicó el rector, que se sentía culpable por suspenderle—. Le cuesta dibujar figuras humanas y, sin embargo, muestra mucho interés y calidad en el diseño de edificios. Yo veo en usted un arquitecto, no un pintor.

Hitler pensó: yo veo en usted un imbécil al que podría estrangular con mis propias manos si dejase un instante en libertad a la ira escarlata. Pero lugar de eso dijo:

—Si me da una oportunidad le demostraré que puedo ser un gran pintor.

El rector sonrió con suficiencia, el mismo gesto de suficiencia que viera en el barbudo rostro de Sigmund Freud en 1895. Las palabras «gran pintor» nunca estarían asociadas a aquel muchacho. Un buen pintor quizás, uno notable tal vez, aunque seguramente no uno sobresaliente. Un genio, ni hablar.

—Lo lamento. La decisión está tomada.

De vuelta a Linz con el rabo entre las piernas se encontró de nuevo al doctor Bloch, sentado a la mesa de un apartamento aún más humilde que la vez anterior, pero con la misma expresión de cordero degollado. Era judío, al igual que Freud. Por entonces Hitler no odiaba todavía a los judíos de una forma visceral y asesina, pero no le caían bien, como les sucedía a casi todos los austriacos y alemanes.

—¿Y bien, doctor?

—Lo siento, muchacho. El cáncer se ha extendido. No podemos...

—¿Cuánto tiempo le queda? Y, por favor, no me llame muchacho.

La ira escarlata no había hecho su aparición. No deseaba golpear ni estrangular al judío. Solo quería saber qué le deparaba el destino a su pobre madre.

—Algunos meses, un año a lo sumo. No creo que tanto.

—Ya veo. —Adolf tenía los ojos vidriosos al borde del llanto—. Le agradecería que me dejase a solas con mamá y con la nena Paula.

—Por supuesto.

Durante los tres meses siguientes, mientras Klara agonizaba, Adolf se convirtió en ama de casa. Fue irónico recordar la época en que tuvo a su madre, a su tía Johanna y hasta a alguna de sus hermanas para servirle. Siempre había sido un niño mimado, atendido por todos mientras soñaba en convertirse en un gran hombre. Pero ahora las tornas habían girado y, aunque solo fuese por un breve espacio del tiempo, ya no quería ser un gran hombre sino un hombre de verdad. Para ello debía hacer de tripas corazón y convertirse en el cuidador de su madre y en un padre para su hermanita. Y las cuidó con esmero, esforzándose en estar al lado de la primera mientras se iba deteriorando; entrevistándose con los maestros y vigilando las notas y los estudios de la segunda, de la pequeña Paula, que a veces se entregaba al llanto junto al lecho de agonía de Klara. El tiempo se agotaba.

Hasta que finalmente se terminó.

Adolf limpió la casa y cocinó personalmente en aquellas doce semanas que soñó el sueño de ser un buen hombre, la persona que podría haber sido si no hubiera estado predestinado a transformarse en el Adolf Hitler que todos conocemos.

El veintiuno de diciembre de 1907 Klara Pölzl murió dulcemente mientras dormía. Hitler veló durante toda la noche a la moribunda, secándole el sudor de su frente mientras ella terminaba su viaje en este mundo. A las dos de la mañana dejó de respirar y Adolf llamó al doctor Bloch. Años después este escribiría: «A lo largo de mis más de cuarenta años de práctica médica, nunca vi a un hijo tan profundamente apenado, roto y doliente como Adolf Hitler aquella fatídica madrugada».

Durante la procesión funeraria por las calles de Linz, Adolf se volvió hacia su amigo Gustl y le dijo:

—Mira esa figura angelical. —Estaba señalando hacia la imagen de una mujer que se intuía vagamente tras los cortinajes de una casa—. Stefany está despidiéndose de mi madre. Ella respeta la forma en la que la he amado en silencio durante todos estos años.

Kubizek sabía que aquella muchacha ni siquiera conocía la existencia de su vecino: como mucho lo había visto a lo

lejos paseando por la calle. Nunca se habían saludado. Era una especie de amor platónico, el primer amor de Hitler, que había atesorado en secreto. Le había escrito poemas, pero nunca se los entregó. Durante cuatro años la había amado en silencio, de una forma idealizada. Acaso amase más al amor como sentimiento que a la persona, ya que ni siquiera sabía nada del carácter o de los gustos de Stefany. Pero a Hitler le bastaba. A Hitler siempre le bastaba consigo mismo. Esa sería otra de las constantes de su vida. Su visión del mundo era excluyente. Lo que él pensaba, sentía o vivía era real. El resto, una fantasía de sus enemigos.

—Stefany sabe en su fuero interno que la amo y quiere compartir mi dolor —le aseguró de nuevo Hitler a Kubizek.

—Sí, por supuesto. Eso debe ser —dijo el muchacho, dándole la razón. En primer lugar, porque siempre se la daba y en segundo porque se dio cuenta de que si había un momento poco juicioso para contrariarle era precisamente aquel.

Hitler vivía, acaso como siempre haría, en un mundo imaginario, heroico, lleno de grandes gestos, de gestos fatuos de ópera de Wagner, de ensueños, de misticismo. Aquel entierro formaría ya en adelante parte de esa nueva mística hitleriana que acababa de nacer; porque la última parte que ataba a Hitler al mundo real se había terminado. Klara, la persona a la que más había manipulado, pero también a la que más amaba, se había marchado para siempre. A partir de ahora Adolf ya no tendría ningún sostén, ninguna atadura en el mundo real. Podía dar rienda suelta a sus quimeras, a esos accesos de ira escarlata que a veces le dominaban, a esos excesos de verborrea y monólogos con los que a veces silenciaba a Kubizek durante horas.

La evolución de Adolf Hitler camino del Führer Adolf Hitler había comenzado.

5.

De pronto, la adolescencia llegó a su fin. Adolf Hitler ya no podía ser un dandi, ya no podía vestirse con ropa de primera calidad, ya no podía comportarse como un niño mimado, ya no podía vivir a la sombra de su madre, acudiendo a la ópera cada fin de semana, soñando una fantasía tras otra, lejos del mundo real. Tenía dieciocho años y tan solo una pensión de orfandad de veinticinco coronas. También disponía, es cierto, de unas setecientas coronas de herencia, más otras cincuenta mensuales de los intereses de ese capital. Pero ni el doble de esa cantidad le habría bastado. No quería perder su ritmo de vida, sus salidas y sus caprichos, y estaba pensando en comprarse un nuevo bastón con mango de marfil. Escribió al administrador del testamento de su padre reclamándole todo el dinero que pudiese conseguir. Luego escribió a su tía, Theresa Schmidt, y a otros miembros de su familia en los términos grandilocuentes de costumbre: «He conseguido un pequeño peculio y voy a buscar fortuna. No volveréis a saber de mí hasta que me haya convertido en uno de los más grandes artistas de nuestro tiempo». Tras repetir un par de veces aquel extraño vaticinio, dejó a su hermana Paula en manos de la familia Raubal y comenzó a escribir el próximo capítulo de su existencia. Aquel que, estaba seguro, le conduciría a la grandeza. Pero la grandeza y el reconocimiento público aún quedaban muy lejos en el tiempo.

Acompañado de su amigo Kubizek regresó a Viena y decidió volver a presentarse a la academia de bellas artes. Estaba convencido de que su superioridad artística, moral y espiritual no tardarían en ser reconocidas por propios y extraños; entonces, sus problemas económicos desaparecerían. Apoyado por su querido Gustl las cosas mejorarían. Así de sencillo aparecía todo en su mente inmadura y vanidosa.

Por un momento pareció que el sueño era posible. Mientras les duró el dinero en su cómodo apartamento en el número diecisiete de la Stumpergasse, vivieron la fantasía de Adolf. Regresaron a la comodidad de sus paseos, a las visitas al teatro e incluso alquilaron un piano en el que Hitler ensayaba una ópera que estaba componiendo para emular a su adorado Wagner. También visitaban galerías de arte y hasta el parlamento austrohúngaro o Reichsrat. Allí, y por primera vez, Hitler comenzó interesarse por la política, mostrando de inmediato signos de desprecio hacia las razas no germánicas:

—No me sorprende que nuestro imperio esté en decadencia, Gustl —le dijo una mañana su amigo mientras paseaban entre los edificios de inspiración clásica y renacentista de la Ringstrasse—. Todas las regiones tienen los mismos derechos, como si un alemán y un no alemán fuesen la misma cosa. Así, junto a los diputados germánicos del parlamento hay ciento siete checos, ochenta y dos polacos, treinta y tres rutenos, veinticuatro eslovenos, diecinueve italianos, trece croatas y cinco rumanos. Creo que el mes que viene traerán como nuevo parlamentario a un elefante del circo.

Kubizek se echó a reír.

—Siempre estás de broma, Adolf.

Pero Hitler no bromeaba. Le devolvió a su amigo una mirada cargada de ira que hizo empequeñecerse a Gustl.

—En estos temas no hay espacio para las risas o para hablar a la ligera. Odio a esa masa de estúpidos que gritan en el parlamento, cada uno defendiendo sus regiones y olvidando la superioridad de la raza germánica.

Y tomando como referencia ese punto, Hitler comenzó uno de sus interminables monólogos en los que mezclaba historias del grandioso pasado de su raza, batallas clásicas, personajes de Wagner y, sobre todo, aquella ira escarlata que parecía llevarle en volandas cuando hablaba en público. Poco importaba que fuese un público de un solo espectador; Hitler gesticulaba levantando los brazos, lanzaba espumarajos de rabia y chillaba su desazón. Su actuación era tan histriónica que en ocasiones los paseantes del parque se detenían a escuchar su discurso. Porque Hitler ya entonces era un orador. Siempre fue un orador nato. Muchos de aquellos espectadores dudaban entre la posibilidad de hallarse ante un actor ensayando una obra de teatro o un joven político ensayando su discurso en el parlamento. Había tantos parlamentarios (aunque ninguno tan joven) que nadie conocía más que a los líderes de los partidos. La mayoría de los viandantes se marchaban pensando que, si no era un parlamentario, no tardaría en serlo. Había nacido para ello.

De vuelta a casa, Kubizek comenzó a ensayar para su examen en la academia de música de Viena. Cogió su chelo y tocó durante horas mientras Hitler leía un libro y trabajaba de forma frenética en su ópera. A pesar de su amistad, aquellos dos jóvenes no se parecían en nada. Gustl era hijo de un tapicero que desde niño había demostrado habilidades para la música. Sus padres le regalaron un violín cuando aún no tenía diez años y muy pronto decidieron pagarle clases particulares para estimular aún más sus capacidades. El niño se esforzó y consiguió compaginar sus estudios con el trabajo en la tapicería familiar. Kubizek siempre fue una persona con los pies en el suelo y Hitler estaba siempre en las

alturas, enlazando una ensoñación tras otra. El joven Adolf, por mucho que hubiese ido a Viena para intentar por fin entrar en la academia de bellas artes, en realidad huía hacia delante. Sospechaba (con fundamento) que no le aceptarían tampoco esta vez, pero se dedicaba a ser él mismo hasta las últimas consecuencias.

Los padres de Kubizek, por el contrario, habían hecho un gran sacrificio económico para llevar a su hijo a Viena. Él quería, no solo que se sintiesen orgullosos, sino comenzar una carrera como músico. No tardó en ser admitido en el Conservatorio y sus sueños, seguramente más sencillos que los de Hitler, comenzaron a hacerse realidad. Era un verdadero estudiante mientras su amigo se había convertido en un diletante pomposo y endiosado. Aquello, de una forma secreta, enfureció a Adolf. Porque Gustl era y siempre sería un inferior a sus ojos.

Una tarde, Hitler cambió de opinión y decidió desmontar su plan de vida. Sabedor de que no le aceptarían en la academia pensó que era una buena idea seguir el consejo que le había dado el rector después de su primer examen: se dedicaría a la arquitectura. Pero al no haber aprobado el Abitur años atrás, no había alcanzado los estudios suficientes para aspirar a la escuela de arquitectos. Por tanto, era técnica y burocráticamente imposible que le aceptasen en ella. Pese a todo, estuvo estudiando para el examen de arquitecto durante meses, de forma intermitente, mientras escribía su ópera y continuaba dibujando sus acuarelas. Porque, aunque hubiese decidido ser arquitecto, aún pensaba que se convertiría en el pintor más famoso de raza germánica de todos los tiempos.

—«Wieland The Smith» será un éxito prodigioso y no tendremos que volver a estudiar —le dijo una mañana a Kubizek.

Se estaba refiriendo a su obra, a la ópera que había comenzado Hitler y últimamente le ayudaba Kubizek a retocar: la historia del matrimonio entre una mujer mortal y un rey de las hadas, cuya hija, díscola, quiere descubrir los orígenes de su ascendencia humana. Se trataba de un borrador, una obra inacabada de Wagner, que Adolf había decidido terminar, como si de un segundo Wagner estuviese a punto de nacer (o estuviese de hecho ya renaciendo) en su persona.

Porque Hitler nunca se planteaba objetivos sencillos. Para él solo era posible el triunfo más absoluto o la derrota más completa, el reconocimiento y el aplauso de la comunidad artística o el desprecio de sus conciudadanos.

Pero, por una vez, Kubizek no se sintió con fuerzas para darle la razón a su amigo. Como había dejado de estudiar para entrar en la academia de bellas artes, corría el riesgo de perder su pensión de orfandad, ya que su percepción estaba ligada al estudio reglado de una carrera. Cuando le pidiesen pruebas de que estaba estudiando no podría alegar que quería ser arquitecto porque aquello solo era otra de sus quimeras y sueños imposibles.

—Adolf, querido amigo, tienes que centrarte —dijo Gustl—. Se te acaba el dinero, no estás estudiando a efectos legales y no podrás valerte por ti mismo cuando yo no esté aquí.

Hitler levantó la cabeza del legajo de su ópera y contempló a su amigo con estupefacción.

—¿Te vas a ir? ¿Me dejas solo?

—Ya te dicho un par de veces esta semana que me han llamado para el servicio militar y que me voy ausentar de forma indefinida, tal vez incluso un año completo. Así que ya no compartiremos gastos. Tendrás que pagar el alquiler del apartamento tú solo. Y ambos sabemos que no estás en condiciones de afrontar un pago mensual semejante.

Adolf se echó las manos a la cabeza. Era verdad que lo habían hablado en un par de ocasiones, pero él había preferido obviarlos, como olvidaba y obviaba todo lo que no le interesaba oír.

—La ópera triunfará y entonces... entonces... no necesitare el dinero de la pensión ni...

—¿Te estás oyendo hablar, amigo? Ni siquiera has llegado a la mitad del libreto y, aunque la ópera estuviese acabada, tardaríamos meses en que nos la valorasen, años hasta que se representase y nos diese dinero. ¿Qué te va a salvar de la situación económica actual cuando yo me marchó dentro de dos semanas?

Por una vez, la ira escarlata no vino a socorrer a Hitler. Soltó un balbuceo, el eco de unas palabras sin sentido, y luego se quedó en silencio, mirando al vacío.

Una inesperada reforma del ejército austrohúngaro se convirtió en el mayor golpe de suerte en la vida de August Kubizek. Su servicio militar duró solo ocho semanas y fue licenciado en noviembre de 1908. Escribió a Hitler con la buena nueva, pero no obtuvo respuesta. Cuando regresó al apartamento de la Stumpergasse descubrió que se hallaba vacío. Su casera, Frau Zakreys, le explicó que su compañero de piso, el raro, se había marchado de un día para otro. Le había pagado el mes de alquiler que le debía y, sin una moneda en los bolsillos, había salido a la calle en medio de la noche.

—Hacía un frío que pelaba —le explicó la mujer—, pero «el raro» no paraba de gritar que no iba a aceptar la caridad de nadie, ni de su familia, ni de su antiguo amigo Gustl. Dijo que preferiría vivir en el arroyo, como un vagabundo, que ser un parásito.

Kubizek se asomó a la calle, buscando la sombra de Adolf, que llevaba diez días desaparecido. No le vio, por supuesto. Tras lanzar un hondo suspiro, subió las escaleras hacia su piso.

6.

Es verdad que Hitler había gritado al marcharse que nunca aceptaría la caridad de nadie. Pero tras pasar una noche en la calle no recordaba haber dicho nunca algo semejante. Decidió que sí podía pedir caridad. De hecho, estaba haciendo un favor a sus benefactores. Un día, en la biografía del más grande artista de todos los tiempos, se citaría al menos a aquellas personas que le ayudaron en momentos de adversidad. De alguna forma, al pedirles dinero, ayudaba a su círculo más íntimo a entrar en la historia de la humanidad por la puerta grande. Armado de tan singulares razonamientos, mandó una carta a su tía Johanna, aquella mujer jorobada, dulce y compasiva que se había entregado a la tarea de cuidarle cuando era un niño pequeño. Su tía, que le idolatraba tanto como su difunta madre, le envió casi mil coronas, una cantidad de dinero muy importante que le permitiría retomar sus ensoñaciones.

Podría haberse buscado un trabajo o comenzar una nueva vida, pero eso no habría sido propio del joven Adolf. Alquiló un apartamento muy humilde en el número 22 de la Felbergasse y siguió trabajando en su ópera sin dejar de lado sus estudios de arquitectura (que hasta él sabía que no conducían a ninguna parte ni lo harían en el futuro). Pero al menos administró mejor su dinero y pudo vivir de aquellas mil coronas todo un año. Durante ese tiempo no dio señales de vida ante ningún otro familiar, ni siquiera ante la pobre Johanna. Tampoco fue a ver si Kubizek había regresado del servicio militar. No volvieron a encontrarse hasta muchos años más tarde. Porque Hitler no quería que Gustl viera que no sabía qué hacer con su vida, que seguía varado en sus fantasías como una ballena perdida en una playa de ninguna parte. En el fondo, detestaba que una persona que había tenido la suerte de encontrar un amigo de su altura intelectual, tuviera ahora un futuro por delante mientras él (un gigante en comparación) carecía de ese futuro o de cualquier otro, de oficio ni beneficio.

A finales de 1909 se le terminó el dinero. Miró su última moneda durante dos horas, hizo su maleta y salió a la calle. Esta vez no proclamó que no aceptaría la caridad de nadie; sencillamente, no quedaba nadie que pudiera ni quisiera prestarle un heller, la moneda más pequeña en circulación, equivalente a la centésima parte de una corona. Se había convertido en uno de los casi cien mil vagabundos que malvivían en Viena. Eran malos tiempos, tiempos terribles de pobreza y de hambruna. Mientras Hitler caminaba por la calle, comenzó a hablar en voz alta, contra el imperio austrohúngaro, contra ese crisol de mil razas donde había demasiadas voces y ningún entendimiento, donde alguien con su grandeza de espíritu podía pasar desapercibido entre tanto ruido y multiculturalidad. Comenzó a despotricar contra el emperador Francisco José I, contra los socialdemócratas y su debilidad, contra las políticas de izquierda que daban derechos a todo el mundo y no solo a los racialmente superiores. Comenzó a defender ante una audiencia inexistente el nacionalismo alemán, el pangermanismo, la necesidad de una única patria germánica para todos los alemanes, hombres como él que fuesen reconocidos por su pureza racial (daba igual cuál fuese el baremo de esa pureza racial, él lo encabezaría). Comenzó a quejarse de sus burgueses, de esos judíos con la panza llena que dominaban la banca y las grandes empresas; esos explotadores que asfixiaban al ciudadano medio puro alemán.

Paró de hablar consigo mismo cuando vio a uno de esos judíos burgueses contemplando con disgusto desde una escalinata las ropas raídas de Hitler, su maleta apedazada, su gesto de rabia. Era un tipo bien vestido de cincuenta y pocos años, barba blanca y cabello todavía negro, aunque cada vez más escaso. Se trataba de un hombre notable, que curiosamente había albergado, durante mucho tiempo, la sensación de que el mundo no reconocía su grandeza. Le gustaba también la ópera, pero su compositor preferido era Mozart. Había tardado décadas en convertirse en una celebridad. Pero él, como Kubizek, tenía los pies en el suelo y no consiguió la fama a partir de sus ensoñaciones. No, Sigmund Freud, a finales de 1909, era ya considerado uno de los intelectuales más importantes del mundo. Acababa de regresar de un ciclo de conferencias en Estados Unidos, en compañía de sus discípulos Ferenczi y Jung. Tenía a la comunidad médica a sus pies, aunque precisamente por ello, se multiplicaban sus enemigos. No hay nada que provoque más envidias que la verdadera grandeza.

Freud estaba muy cerca de la cumbre de su fama. Así que, cuando vio pasar delante de su casa al vagabundo, volvió la vista y encendió uno de sus puros, tratando de olvidar aquella visión penosa. Estaba esperando a un paciente que le había llamado alarmado por un sueño que le aterrorizaba. En circunstancias normales dejaría que la criada que se encargaba de dar paso a las visitas, esperase al señor Weilern, pero lo había notado tan preocupado por teléfono que salió en persona a la calle. Además, le gustaba fumar en la cima de la escalinata que conducía a su casa. Se relajaba mirando a la multitud, aunque la visión de los vagabundos en ocasiones le entristecía.

Por suerte, aquel tipo rudo, de ojos que chisporroteaban como brasas, había desaparecido. Por el lado contrario de

la calle llegó Franz Weilern, un hombre de treinta años, muy alto y rubio, uno de sus casos más peculiares. Aunque nunca lo había incluido ni jamás lo incluiría en el futuro en ninguno de sus libros. Su caso escapaba a toda categorización. Era un completo misterio para él.

—¡Querido señor Freud! Gracias, mil gracias por atenderme a estas horas tan intempestivas.

—No se preocupe, Franz. Le he notado muy nervioso y he pensado...

—Sí, sí. Estoy nervioso. Es que sigo soñando con esa guerra terrible que vendrá —le interrumpió el paciente—. Millones y millones de muertos. Y un ser pequeño y a la vez descomunal que lleva en su interior a un demonio. Uno de los demonios de la mente. ¿Recuerda que le he hablado muchas veces de ellos? Ah, esas imágenes terribles no me abandonan. Una bruma marrón que me envuelve, que me hace toser; unas ampollas que crecen en mi cuerpo, como si me abrasase en los miasmas del infierno. Y una decisión que debo tomar para cambiar el destino de la humanidad. Una decisión que tiene que ver con el ser que está conmigo en esa bruma. Al principio solo aparecía en sueños, luego en la vigilia, pero ahora no me quito de la cabeza esa mirada terrible, esa mirada en la que se esconden todos los demonios del futuro.

Sigmund Freud pensó en la mirada del vagabundo y se le pusieron los pelos de punta. Puso una mano sobre el hombro de su paciente tratando de tranquilizarle. Acaso de tranquilizar a ambos.

—Vamos adentro, Franz. Comienza a refrescar. En mi despacho hablaremos de todo esto tranquilamente.

Mientras subían la escalinata, Weilern no dejaba de murmurar para sí mismo, como Hitler había hecho minutos antes en aquel mismo lugar. Pero su mensaje era muy distinto:

—Los demonios de la mente. Él será el más grande de los demonios de la mente. Tengo que impedir que ese muchacho destruya a la humanidad entera.

7.

Así fue como Adolf Hitler se transformó en un vagabundo. Progresivamente, descendiendo uno a uno los peldaños de la angustia económica hasta la ruina más absoluta. Y todo sucedió de forma voluntaria. Adolf sabía lo que estaba pasando, pero no le importaba. En algún momento, aquella grandeza interior que sabía que formaba parte de él debería eclosionar: había sido elegido para convertirse en un referente para los hombres del porvenir. Los demonios de la mente se lo habían revelado muchos años atrás a través del infame Joseph G. Por tanto, de alguna forma conseguiría sobrevivir y alcanzar las metas más grandiosas, aquellas que justificasen su futura inmortalidad.

El haberse convertido en un paria para la sociedad, en un don nadie, sirvió de forma paradójica para dar un paso más en su formación política. Muchos años más tarde, en *Mi Lucha*, su libro autobiográfico, reconocería que el tiempo de hambre y degradación en Viena le abrieron definitivamente los ojos ante la amenaza judía y marxista. Tomó como ejemplo a un político de extrema derecha que ya le gustaba desde que era un adolescente. Su nombre: Georg Ritter von Schönerer. En 1910 era ya un político envejecido, su partido prácticamente se había disuelto y ya no tenía influencia en el parlamento de Austria-Hungría. Pero, aunque su figura se estaba eclipsando, Hitler estudió su trayectoria con interés. Desde su atentado a un periódico judío veinte años atrás, hasta su activismo político, su populismo o su odio hacia la mezcla de culturas que bullían en el pervertido crisol del imperio austrohúngaro. Hitler tomaría de Schönerer muchas cosas que más tarde terminaría utilizando en el Tercer Reich. Schönerer fue el primero en acuñar la palabra *Judenfrage* para referirse a la cuestión judía, al problema judío, a esa plaga que había infestado las regiones de raza alemana. De él tomó la costumbre de utilizar el antiguo saludo alemán «Hail» que más tarde derivaría en «Heil» Hitler. Los seguidores de Schönerer llamaban a su líder Führer, «nuestro guía», otra de las enseñanzas que un vagabundo llamado Adolf guardaría en su memoria para el día de mañana, ese día en que sería conocido en el mundo entero.

Pero el futuro quedaba lejos y por el momento lo que importaba era tener algo que llevarse a la boca o un techo bajo el que cobijarse. Convertido en parte del estrato más inferior de la sociedad vienesa, se vio forzado a acudir al asilo para hombres (*Asyl Für Obdachlose*). En el asilo solo se podía estar por la noche. Era obligatorio un buen baño, la desinfección de las ropas y de posibles piojos. Dormía con decenas de otros desarraigados en un dormitorio comunitario. Por la mañana, los responsables del asilo le sacaban a la calle como a un perro, sin dinero y sin comida hasta regresar de nuevo por la noche a aquellas cuatro paredes donde agonizaba la peor calaña de Viena. Allí conoció a un segundo Kubizek, un hombre de temperamento débil al que lanzar inflamados discursos contra el imperio austrohúngaro o defender la grandeza futura de Adolf Hitler en el mundo del arte o donde demonios aguardara su destino. Ese nuevo amigo se llamaba Reinhold Hanish, aunque a los extraños les decía que se llamaba Fritz Walter. Al igual que su querido Gustl, con el tiempo este nuevo amigo le traicionaría escribiendo una biografía de los años pasados junto a Hitler, otro panfleto lleno de mentiras y exageraciones, de esfuerzos para encontrar pistas del futuro dictador en aquel joven pintor fracasado.

—¿Nunca has tenido ganas de estrangular a alguien? —le preguntó un día Adolf a su nuevo amigo.

Reinhold le miró extrañado. Aunque no demasiado. Había visto a lo largo de los años suficientes perversiones humanas para que no le extrañase ningún suceso más que un breve lapso de tiempo.

—En realidad, no —repuso, con gesto de indiferencia.

—No se trata solo de estrangular a una persona —le explicó Hitler extendiendo las manos—. Es una forma de liberación, de ahogar al mundo, de dejar fluir a la ira escarlata.

—¿Ira escarlata?

Adolf miró a su amigo de reojo, todavía con las manos abiertas en dirección a un cuello imaginario. “No lo entenderías”, pensó. No eres como yo. Nadie es como yo.

Por entonces, Hitler comenzó a realizar acuarelas con escenas de la ciudad de Viena que vendía con la ayuda de Reinhold. Su situación económica mejoró y pudo trasladarse a un albergue algo mejor en la calle Meldemann. Por solo cincuenta heller podía pasar la noche en una habitación individual. Allí no había locos, desequilibrados, ni gente completamente fuera de la sociedad como en el asilo. Muchos de sus compañeros tenían estudios y habían trabajado hasta que llegó la crisis. Sencillamente, pasaban por un mal momento y trataban de recuperarse de la mala suerte, del exceso de alcohol o de una ruptura amorosa que les había llevado a tomar malas decisiones. Mientras Reinhold Hanish iba de bar en bar, de calle en calle, vendiendo las pinturas de Hitler, este disponía de tiempo libre para su arte en su propia habitación; incluso volvió a dar paseos por aquella ciudad decadente, burguesa y filojudía. Sus cuadros

comenzaban a ser apreciados y de nuevo regresó la fantasía de convertirse en el más grande de los artistas de todos los tiempos. Durante un breve lapso, la megalomanía de Hitler se había refrenado. No trataba a los demás como inferiores, la depresión se lo impedía, el haber caído tan bajo, por un momento había debilitado su ego. Pero esto duró poco y cuando un rico comerciante judío le encargó un gran cuadro del parlamento austriaco para su sala de estar, la personalidad de Hitler salió a la luz en forma de la irracional ira escarlata. Una vez vendido el cuadro acusó a Hanish de haberle estafado en la venta, de haberse quedado con parte del dinero del judío. Casi llegan a las manos. Hitler pensó en estrangularlo (un pensamiento que tenía a menudo, aunque enfocado a varias personas, dependiendo del momento del día: su padre muerto, Freud, los parlamentarios del Reichsrat, los burgueses en general, los judíos en particular).

Finalmente denunció a su antiguo amigo por fraude.

***Real e imperial distrito y comisariado de la policía austrohúngara.
5 de agosto de 1910.***

Adolf Hitler, pintor y artista, nacido en Braunau el 20 de abril de 1889, católico soltero actualmente residente en la calle Meldemann número 27, declara:

Reinhold Hanish, también conocido con el sobrenombre de Fritz Walter, es un hombre al que yo entregaba mis pinturas para su venta. Él regularmente recibía el 50% por su trabajo como porcentaje de mis ganancias, pero durante dos semanas no supe nada de él, no regresó al albergue, y me robó una pintura del parlamento, valorada en cincuenta coronas; también un óleo, valorado en nueve coronas.

Firmado: Adolf Hitler

Reinhold acabó unos días en la cárcel por utilizar un nombre falso en transacciones legales y/o financieras, pero nunca se pudo probar que hubiese estafado a Hitler, por lo que este jamás recuperó su dinero. El único efecto duradero de aquel desgraciado incidente fue el perder a su único amigo y a la persona que se encargaba de vender su obra.

Paradójicamente, Hanish estaría ligado el resto de su vida a Adolf Hitler. Aunque no volvieron a dirigirse la palabra, él afirma en sus memorias que siguieron coincidiendo en mayor o menor medida hasta agosto de 1913. Otra mentira. La única verdad es que según el nombre de Hitler fue haciéndose conocido con el paso de los años, el de Reinhold permaneció en el anonimato. Seguía siendo un vagabundo al borde de la pobreza absoluta en 1933, cuando el partido nazi alcanzó el poder en Alemania. Decidió Reinhold entonces escribir unas memorias medio verdaderas y medio falsas de los años de juventud de su amigo Adolf. Luego buscó un editor, pensando que la gente querría conocer cómo era Adolf Hitler antes de ser el gran Adolf Hitler. Paralelamente, Hanish comenzó a dibujar óleos en un estilo que recordaba al del joven Adolf, falsificando la firma de Hitler en su parte inferior derecha. Aquella extraña opereta de mentiras y mixtificaciones terminó cuando fue arrestado por fraude y llevado al campo de concentración de Buchenwald, donde moriría al poco de llegar de forma sospechosa: y usamos aquí el término «sospechoso» porque se sospecha, y con fundamento, que murió por orden del propio Hitler.

Pero el futuro de Reinhold Hanish poco importa a estas alturas del relato. En el presente, Hitler volvía a estar solo. Paseando por el albergue pensaba en aquel nuevo episodio de penurias económicas.

—¡Reinhold, hijo de puta! Has querido dañarme —pensaba—. ¡A ti tendría que haber estrangulado para saciar a la ira escarlata!

Paradójicamente, ahora que no estaba Hanish a su lado, comenzaba a tener problemas para reunir los cincuenta heller de alquiler. Tuvo que aprender a vender sus cuadros por sí mismo, lo que le hacía perder un tiempo precioso que podría haber dedicado a pintar. Además, no era tan buen vendedor como Hanish. Apenas llegaba a fin de mes, pero al menos seguía teniendo un techo donde dormir. El albergue no estaba mal: tenía su propia librería, luz eléctrica y calefacción. Podía leer los periódicos del día y hasta comprarse un traje a bajo precio en la sastrería de la planta baja. Los que allí vivían también tenían a su disposición un médico, baños, barbero y la mayor parte de las necesidades básicas cubiertas. Era como una pequeña ciudad para quinientos hombres que luchaban contra las malas rachas de la vida.

Solo en una ocasión las cosas se le complicaron y estuvo a punto de perder su plaza en el albergue de la calle Meldemann. Se retrasó el pago de dos de sus óleos, incurrió en deudas con el establecimiento y una mañana comprendió que, si no conseguía al menos unas pocas coronas antes de acabar la semana, le echarían de aquel lugar que era su tabla de salvación. No quería regresar al asilo de los desesperados, de los locos, de los vagabundos sin futuro.

Fue hasta la biblioteca tratando de huir de la realidad y se sentó a hojear el periódico del día. Allí encontró un extenso artículo que hablaba del mundialmente famoso Sigmund Freud, el gran psicoanalista judío. Por entonces, Hitler, aunque detestaba los judíos como la mayor parte de los alemanes, no era todavía abiertamente antisemita. Odiaba probablemente más a los burgueses y a toda esa gente inculta que le miraba por encima del hombro cuando paseaba por la calle. Pero, aunque albergase cierto odio de clase hacia Freud, que por otro lado no era para nada un ignorante (acaso sí algo burgués), el caso es que ni siquiera se le pasó por la cabeza su condición social, racial o sus creencias políticas. Necesitaba dinero y eso era lo único que contaba. Aunque su relación con aquel hombre había sido mínima y databa de dieciséis años atrás, pensó que no perdía nada intentando el milagro.

Estuvo dos días dibujando una iglesia imaginaria con unas hermosas montañas al fondo. El estilo de Hitler era milimétrico, basado en el método y no en la inspiración; poco original pero notable, influido por el neoclasicismo. Los edificios, como siempre, eran el punto fuerte de su composición. No había figuras humanas, que no eran su especialidad y además no le interesaban. Era un cuadro sobrio, frío, como casi todas sus composiciones. Pero finalmente, con todos sus aciertos y sus errores, se sintió satisfecho del resultado final. Hinchando el pecho, decidió que aquella obra bien valdría diez coronas hasta para el gran Freud. Tal vez más. Un hombre con su sensibilidad podría, seguramente, comprender la magnificencia que se escondía detrás de las formales pinceladas del joven Adolf. Recordó entonces que aquel maldito burgués judío le había querido confinar en un psiquiátrico. Pero apartó aquellos pensamientos de su mente. No conducían a nada. Se armó de valor y salió del albergue con el cuadro bajo el brazo.

8.

Hacía años que Sigmund Freud trataba a su actual paciente. Lo contempló sentado en el diván y le sonrió. Aunque el célebre doctor no era muy dado a signos de afabilidad durante una visita, aquel hombre le resultaba simpático y de alguna manera empatizaba con su dolor. Franz Weilerin, que así se llamaba, acababa de tener un hijo. Le había llamado Rolf y él y su esposa se las prometían muy felices. Pero pronto había quedado claro que el pequeño Rolf no estaba bien. Tras unas pruebas preliminares le diagnosticaron un leve retraso mental. Tal vez eso era lo peor, no tanto la enfermedad. Un padre debe estar dispuesto a luchar por sus hijos y eso a Franz no le quitaba el sueño. Lucharía y ganaría cualquier batalla por Rolf. Pero lo que en realidad preocupaba a Franz, era no saber con qué tendría que lidiar en el futuro. ¿Con un hijo incapaz al que habría que prodigar cuidados hasta el día de su muerte? ¿Con alguien limitado que tal vez no acabaría siendo un universitario, pero podría integrarse perfectamente en la sociedad? ¿Con algo entre un extremo y otro? Y entre el blanco, el negro y el punto medio, todas las gamas de grises imaginables. No sabía, sencillamente, que pasaría con su hijito.

Freud estaba en una situación semejante. Ninguno de sus hijos tenía un retraso mental, por supuesto, pero en aquel tiempo estaba preocupado por su primogénito, Martin, que era una bala perdida. Acababa de sufrir un accidente de esquí en el Schneeberg y la prensa, esa misma prensa que convirtiera al padre en una celebridad, había dado pelos y señales acerca de los excesos del muchacho, de los riesgos que corría en la vida diaria, de sus juergas y sus fiestas. Meses atrás había reñido a puñetazos con unos estudiantes. Y pocos meses más tarde se pelearía de nuevo contra unos compañeros que querían abolir los duelos. Aquella última travesura le costaría a Sigmund cincuenta coronas de multa.

—Las preocupaciones por su hijo, Franz, son completamente justificadas. Yo le ayudaré a luchar con sus miedos y a enfrentar la realidad.

—Sí, doctor. Pero ese no es el único tema que me preocupa.

Su hijo no era tampoco el único tema que le preocupaba al gran Sigmund Freud, el padre del psicoanálisis. Su pequeño mundo se estaba derrumbando. Durante años había estado muy apegado a su familia y viajaban todos juntos por vacaciones: padre, madre, todos sus hermanos y los hijos de todos ellos. Pero, poco a poco, sus hermanos se fueron distanciando, algunos por razones laborales o porque tomaron la decisión de vivir fuera. Esa sensación de grupo, de pertenencia a una familia extensa, se había perdido. Por si esto no fuera poco, el psicoanálisis estaba recibiendo duros ataques de sus enemigos. Todos le acusaban de estar obsesionado por la sexualidad, de ver complejos de Edipo y de Electra por todas partes, de pensar en cosas obscenas como que los hijos querían hacer el amor con sus padres. Algunos de sus más prestigiosos colegas ni siquiera querían tener en cuenta sus teorías, por ciertas que fuesen, a causa de haber creado esas categorizaciones sexuales tan contrarias a la naturaleza.

Y luego estaba el asunto de Jung, por supuesto. El hombre al que había elegido como sucesor, quien debía continuar con la gigantesca tarea del psicoanálisis cuando él estuviese ya demasiado mayor o hubiese muerto... le había traicionado. Progresivamente, Jung se fue alejando. Luego vinieron los malentendidos y los malditos complejos de Edipo. De alguna manera, las teorías del gran Sigmund Freud se veían refrendadas por su enfrentamiento con Jung y con algunos de sus discípulos. Todos eran conscientes de la superioridad de las teorías de su mentor, todos eran conscientes que no habría nadie tan grande como el gran Sigmund, y precisamente por eso querían rebelarse, como unos adolescentes con el complejo de Edipo que quisieran acostarse con su madre. Aunque la madre en este caso era la doctrina psicoanalítica. Al final sucedía lo mismo que en su complejo: el hijo se rebelaba contra el padre, el discípulo contra el maestro.

—Me preocupa el asunto de los demonios de la mente. No paro de pensar en ellos —dijo Franz Weilerin.

—Sí. Yo a menudo pienso también en Jung y en mis otros discípulos.

Se hizo el silencio. Franz miró a su médico con una ceja enarcada. Pero Freud reaccionó rápido.

—Sí. Sí, por supuesto. Quería decir que el asunto de los demonios de la mente se lo he comentado alguna vez a mi colega Jung y a otros de mis discípulos. Es un asunto fascinante, digno de estudio. No cabe duda.

En realidad, aquel asunto de los demonios de la mente era la verdadera razón por la que trataba en persona al señor Weilerin. Freud era una celebridad y tenía tiempo para muy pocos pacientes, y muy escogidos. Aquel era uno de ellos. Porque Franz estaba convencido de que existían unos espíritus invisibles, una conciencia supra humana que influía en los hombres en cada época. Cada uno de los valores que habían de ser centrales en la sociedad de la época se materializaba a través de un demonio con forma humana. No todos eran demonios malvados estrictamente hablando, de

hecho, había demonios del bien, de la ternura, de la bondad, pero también de la avaricia, del arribismo, de la sinrazón, de las ideas de izquierda, de las ideas de derecha, del anarquismo o de cualquier otra cosa. Solo unos pocos elegidos podían verlos en forma corporal, el resto de personas tan solo se veían condicionados por esa presencia a lo largo de sus vidas, sin saber que estaban ahí. Pero eso no era lo que preocupaba realmente a Franz Weillern sino en particular uno de esos demonios: el demonio de la cruz gamada.

—He visto al demonio de la cruz gamada. Le he visto haciendo desfilar a millones de hombres hacia la muerte. Y me he visto en una bruma, prisionero de un vapor marrón infernal que hace que mi piel arda. El demonio y yo estamos juntos. Nos abrasamos. En ese momento debo tomar una decisión y temo equivocarme.

Se trataba de un sueño recurrente y Freud ni siquiera lo anotó en su libreta. La primera vez que le habló del demonio le pidió que se lo dibujase. Franz no recordaba su rostro, solo sus ojos y un emblema que estaba asociado al demonio. Así que Freud le pidió que dibujara el emblema de aquel ser, que no era un demonio del presente sino del futuro según Weillern. Buscando libros antiguos y comparándolos con el dibujo de Franz, halló referencias a la esvástica, una antigua cruz pagana que tenía cuatro brazos iguales en constante giro, como una cruz gamada. Fue fácil acuñar el nombre de demonio de la cruz gamada. Ahora tenían, por lo menos, un término para nombrar al ser que le perseguía en sus pesadillas desde hacía años.

—¿Por qué está tan convencido de la malignidad de ese ser?

—No es un ser, se trata de una persona de carne y hueso. Ya se lo he dicho muchas veces. Con el tiempo los actos de una persona se convierten en un símbolo y, cuando ese símbolo anida en la conciencia colectiva, es cuando se transforma en un demonio de la mente.

—No debería leer libros de psicología —dijo Freud, esbozando una sonrisa. Como siempre que algo le desagradaba, acarició la cabeza de una estatua romana de bronce de la diosa Atenea que descansaba en el centro de su mesa—. Llegará el día en que no necesite de mis servicios porque crea que tiene todas las respuestas.

—Siempre necesitaré de sus servicios. Porque, aunque he leído mucho para intentar entender lo que me pasa, nadie sabe más que usted en este campo, Herr Freud. Además, aún estamos a tiempo de frenar a ese demonio de la mente, antes de que realice actos tan terribles que los hombres del futuro, dentro de treinta, cuarenta o cincuenta años, cuando piensen en la maldad más pura, recuerden al demonio de la cruz gamada, el más grande y el más terrible de los demonios de la mente.

Siempre que oía aquellas cuatro palabras, «demonios de la mente», algo hacía clic en el cerebro de Freud. Una vez, en el pasado, le habían hablado de los demonios de la mente. Mucho antes de conocer a Franz Weillern, de eso estaba seguro. Desde la primera vez que le oyó hablar de aquellas entidades, supo que no era la primera vez que escuchaba ese nombre. Pero no recordaba cuándo ni quién le había hablado de aquel tema, o tal vez lo había leído en un informe o acaso en un libro. Eran tantos los casos que había investigado total o parcialmente durante las décadas precedentes, que era imposible acordarse. Incluso una vez mandó a uno de sus secretarios bucear en los archivos buscando algún artículo o alguna mención sobre los demonios de la mente. Pero no lo halló. Tampoco le extrañó. Cuando era mucho menos famoso aceptaba visitas de médicos que le traían problemas desde lejanas ciudades de Europa. Aquellas veladas y sus conclusiones nunca las guardó en su archivo. Tal vez debería haberlo hecho.

Sonó el timbre. Su secretaria le avisaba de que se había terminado la visita.

—La semana que viene —dijo Freud incorporándose—, me gustaría que hablásemos de cómo es posible que usted conozca la existencia de una de esas entidades o personas que serán demonios o como quiera llamarlas, antes de que haya anidado en la conciencia colectiva y el común de los mortales sepan de ellas. Ya sé que cree ignorarlo, que no sabe el porqué de sus sueños. Pero dediquemos una sesión a intentar averiguar la causa. Tal vez podamos esgrimir unas hipótesis interesantes.

Franz le dio la mano y abrió la puerta de la consulta. Afuera esperaban varios pacientes, algunos sentados, otros contemplando la increíble colección de objetos antiguos de Freud. Objetos romanos, babilonios, chinos e incas; estatuas, talismanes, urnas y hasta un fragmento genuino de un sarcófago de la dinastía XVIII del Imperio Nuevo Egipto al que rodeaban unas máscaras funerarias.

—Hasta pronto, Herr Doctor.

Pero antes de que se pudiera anunciar al siguiente paciente, un hombre con un traje raído y barato se introdujo a la carrera en su consulta. Era un muchacho de veintipocos años, con un bigote diminuto e incipiente sobre el labio superior. Parecía nervioso y señalaba un cuadro recién pintado. Una Iglesia y unas montañas que la rodean, como si fueran a estrangularla con su fuerza ciclópea.

—No sé si me recuerda, señor —dijo Hitler— Vine junto a mi médico de cabecera a verle hace mucho tiempo. El doctor Bloch...

—Le recuerdo —dijo Freud, interrumpiéndole. Y recordó en ese instante los ojos profundos y malvados (¿eran negros o azules?) de aquel niño que había llegado a su consulta tantos años atrás. Y recordó también dónde había escuchado antes el término «demonios de la mente»: en el informe médico de aquel muchacho, un informe que hablaba de un padre que creía que unos seres extraños y diabólicos habitaban en el interior de su hijo.

Freud se volvió para despedir a Franz Weillern. Pero entonces descubrió otros ojos, esta vez azules, pero no menos profundos, contemplando horrorizados al joven muchacho. Franz, de alguna forma, había reconocido al demonio de la cruz gamada. Lo cual presentaba, a ojos de Freud, un nuevo enigma: si su paciente estaba trastornado y todo el asunto de los demonios era un desvarío, ¿cómo había podido reconocer al objeto de su obsesión en un muchacho al que su padre también había acusado de estar vinculado a aquellos seres?

Como poco era algo en lo que habría de pensar detenidamente.

Muy detenidamente.

9.

Hitler salió de la consulta de Sigmund Freud con diez coronas en el bolsillo. Aquello era para lo que había venido y regresó a su albergue con una sonrisa de oreja a oreja. No había advertido los ojos inyectados en sangre del paciente que salía de la consulta. No había advertido el ceño fruncido del famoso psicoanalista, ni la rapidez con la que se había desembarazado de él, entregándole sin regateos la suma de dinero que se le demandaba. Adolf estaba contento de cómo había quedado el cuadro y en particular con la cita en italiano en la parte posterior del marco, que rezaba: «Studio Medico Sigmund Freud, Vienne». El gran psicoanalista era un hombre leído y sin duda sabría apreciar la sutileza con la que Adolf había trabajado hasta el mínimo detalle. El italiano, en tanto que una lengua refinada, siempre añadía una nota de elegancia en toda obra de arte.

—Espero que volvamos a vernos algún día —dijo Freud con un tono de voz extraño.

—Por supuesto. Para mí será un placer —repuso Hitler, cogiendo su dinero y pensando que tal vez podría convertir al insigne doctor en un cliente fijo, un mecenas como esos marchantes judíos de arte que le compraban alguna obra cada pocos meses. Porque, gente como Altenberg o Neumann eran clientes suyos habituales.

Pero Freud no volvió a comprarle ningún cuadro. En alguna ocasión, Hitler llamó a su consulta e incluso se permitió la osadía de escribir una nota preguntando si necesitaba algún nuevo lienzo. Un día se armó de valor y regresó de nuevo al despacho del gran Sigmund con un nuevo cuadro que pensaba decir que había hecho ex profeso para él. Pero en realidad era una obra que, como muchas otras, pensaba vender al mejor postor. Freud se negó a atenderle. Oyó su voz al otro lado de la sala y le pareció que temblaba, como si tuviese miedo. Ni siquiera quiso verlo en persona y una criada le negó la entrada a la consulta, indicándole con firmeza la salida.

Hitler advirtió con desagrado que su acuarela no estaba expuesta en un lugar central de la sala de espera sino en un pasillo lateral, en una zona de sombras, tras una planta frondosa, donde no llamaba la atención y jamás podría destacar. Los mejores lugares seguían siendo para las antigüedades, cuyo número no dejaba de crecer y que llegaría a superar las dos mil.

Aquella muestra de desprecio hacia su arte ofendió a Hitler; que aquel judío burgués no apreciase la grandeza de su talento y colocase su original lejos de los pacientes, donde podría ser juzgado y alabado, provocó el renacimiento de la ira escarlata. Pensó en entrar a la fuerza en la consulta del judío y estrangularle con sus propias manos. Sí, eso habría sido algo maravilloso. Pero se serenó y se marchó dando un portazo.

Regresó entonces a su vida de artista nunca lo bastante reconocido. Sus acuarelas siguieron por mucho tiempo siendo su único medio de vida. Exactamente tres años más. Nunca salió de la pobreza, pero podía permitirse algunos lujos, como ir de cuando en cuando a la ópera o visitar galerías de arte. En ocasiones conseguía cien coronas en un mes, pero a menudo pasaba hambre. Aunque siempre llegaba un golpe de suerte, como la muerte de su querida tía Johanna, que le reportó en 1911 la no despreciable suma de tres mil ochocientas coronas, que se gastó en parte en un abrigo y ropa de invierno. Por desgracia, también tuvo golpes de mala suerte. Las autoridades descubrieron que no estaba realmente estudiando y le retiraron su pensión de orfandad, que pasó a engrosar la que ya cobraba su hermana Angela. Perdida para siempre una cuarta parte de sus ingresos mensuales, tuvo que echar mano de la pequeña herencia de su tía para llegar a final de mes.

Nadie me entiende, pensaba. Nadie puede entender que yo he nacido para algo grande, no para esta vida miserable. Joseph G. lo sabía. Él lo sabía. Ojalá yo pudiese ver a los demonios como mi padre. Entonces podría hablar con Joseph y no estaría solo.

—Pero serías un jodido majareta como tu padre —se respondió a sí mismo en voz alta.

Se echó a reír de su propia desesperación.

Estaba harto de aquella situación. Se hallaba al límite de sus fuerzas.

En 1913 recibió una parte atrasada de la herencia de su padre, otras ochocientas diecinueve coronas que sirvieron para aliviar una nueva racha de mala suerte. Así transcurrieron sus últimos meses en Viena. Entre momentos de buena suerte en los que vendía tres cuadros y se marchaba a disfrutar de una ópera de Wagner... y de mala suerte, en los que pasaba varias semanas sin vender ninguna de sus obras. Llevaba ya demasiado tiempo en aquella ciudad y hasta los marchantes de arte judíos se habían dado cuenta de que era un artista más, que no evolucionaba y que nunca pasaría de ser un pintor notable camino de la maestría. Un destino al que no llegaría jamás. Además, casi todos los clientes de esos marchantes vieneses tenían ya algún lienzo de aquel pintor que no terminaba de despegar, ese tipo llamado Adolf Hitler.

Cada vez le costaba más vender sus obras. Y la cosa empeoraría con el paso de los años si se quedaba en Viena. Así que decidió abandonar la ciudad y marchar en dirección a Alemania, un lugar lleno de gente racialmente digna como él, no aquella impúdica mezcolanza de mil razas que era el imperio austrohúngaro. Hubo una segunda razón para tomar aquella decisión: le habían llamado del servicio militar. No tenía la menor intención de luchar, ni tan siquiera hacer la instrucción militar, para un país queapestaba a judíos y a nacionalidades no alemanas. Así que se marchó a Munich, su preferida de entre las ciudades germánicas y un centro cultural de primera categoría. Se empadronó como apátrida cuando tuvo que rellenar los papeles oficiales. Hasta tal punto detestaba a Austria-Hungría.

Hitler había abandonado el albergue de la calle Meldemann en dirección a Alemania junto a sus dos nuevos amigos Rudolf Hausler y Franz Weilern. Este último no había formado parte de su círculo hasta poco tiempo atrás. Pero un día apareció en el albergue; un tipo huraño, introvertido, como tantos otros. Pronto mostró un interés inusitado por el joven pintor y acuarelista de Braunau. A Adolf los halagos le encantaban; el que un hombre mínimamente instruido como aquel le distinguiera de entre la multitud, le pareció algo natural. Es más, siempre le había extrañado que no hubiese más Kubizek, más personas dispuestas a inclinarse ante su superior intelecto. Pero Franz era un hombre callado, que escuchaba sus largas disquisiciones acerca del arte y de la política con un interés muy distinto al que puso en su día su querido Gustl, más tarde Hanish y últimamente Hausler. Sus ojos se dilataban, como dominados por una ira interior que a Hitler le recordaba su propia y terrible ira escarlata. Pero sus gestos eran dóciles y seguía a Hitler a todas partes, como si realmente estuviese interesado en todo cuanto salía de sus labios. Al final, fue aceptado en el grupo. Todos eran tipos marginales y cada uno tenía sus manías.

—¿Sabes que mi mejor amigo de niño se llamaba Franz? —le dijo Hitler una mañana—. Hacíamos travesuras en la escuela y nuestros profesores, Edward Huemer y Leonard Potschl, nos castigaron a copiar las Catalinarias por echarle tierra en los ojos a un compañero.

Adolf se echó a reír y añadió.

—Aunque al final me libré del castigo. Una mente superior siempre sabe cómo salirse con la suya.

Franz rio brevemente, siguiéndole la broma. Como siempre, estaba fingiendo. Porque lo que Hitler no podía imaginar que su nuevo amigo no tenía el menor interés en sus pinturas o en sus opiniones políticas y todavía menos en sus anécdotas infantiles. Soportaba su engreimiento porque quería estar seguro que era la larva de un monstruo, que en el futuro sería un demonio de la mente, el terrible demonio de la cruz gamada. Estaba a su lado, no porque le admirase, sino porque pretendía descubrir quién era en realidad. ¿Pero cómo asegurarse, más allá de toda duda razonable, de que alguien sería un genocida en el futuro? ¿Cómo encontrar la manera de conciliar su deseo de salvar a la humanidad con el derecho a la vida del joven pintor?

Derecho a la vida, sí. Ese era el dilema que provocaba noches en vela al pobre Franz Weilern. Porque, en cuanto diese por acabada su investigación, si resolvía que Adolf era el demonio de sus pesadillas, solo tendría una alternativa:

Darle muerte.

10.

—¿Cuándo volverás a casa, papá? —preguntó una voz infantil.

Franz Weilerin se echó a llorar. El pequeño de tres años que hablaba al otro lado de la línea telefónica era su hijo Rolf, un niño tardo pero dulce y bondadoso. Prácticamente no había conocido a su padre. Aquellas palabras se las había dictado su mamá, de pie junto al teléfono, haciendo signos a un niño que apenas comenzaba a andar, y eso que en breve celebraría su cuarto cumpleaños.

—Muy pronto. Te lo juro. No sé cómo, pero será muy pronto —le aseguró su padre.

Pero tal vez estaba mintiendo. Porque Franz era también un alma dulce y bondadosa. Por más que estuviera casi seguro de que aquel joven era el demonio de la cruz gamada que veía en sus visiones, no podía ejecutarlo como si un dios le hubiera convertido en juez y jurado. ¿Cómo podía saber que no eran fruto de una enfermedad mental aquellas extrañas visiones de millones de muertos apilados en las cunetas de media Europa?

Había abandonado su trabajo y a su familia para buscar un sueño o, para ser exactos, una pesadilla. No se merecía que aún le esperasen. Además, ¿qué se le había perdido a él en Munich? Si dentro de veinte o treinta años Adolf Hitler provocaba un genocidio y se convertía en un referente del mal para el resto de la humanidad y por los siglos de los siglos... para entonces él tendría cincuenta o tal vez sesenta años. Su hijo Rolf tendría al menos treinta. Lo que debía hacer era cuidar de su familia en el presente y no preocuparse por los demonios de la mente, especialmente porque tal vez estaban «en su mente» y en ningún otro lugar.

Aquella noche Franz Weilerin no durmió. Cogió una pistola que tenía guardada en un cajón y fue hasta la habitación de Adolf en el número 34 de la calle Schleissheimer. En realidad, solo tuvo que caminar unos metros por el pasillo ya que vivía con él en la segunda planta de la casa de la familia Popp. Pensó en lo fácil que sería entrar en aquella habitación y acabar con el demonio de la cruz gamada. Pensó en la cara que pondría Sigmund Freud si cometiese una locura semejante. Había dejado de visitarle en la época en que comenzó a perseguir a Adolf en Viena. No quería explicarle que su obsesión había atravesado el mundo de los sueños para alcanzar la realidad. Le habría internado. Probablemente con razón.

En aquel momento necesitaba de consejo médico, pero no podía llamarle y decirle que se hallaba pistola en mano delante de la habitación de alguien que podía ser (y también no ser) el demonio de la cruz gamada.

Caviló durante horas interminables, de pie en el pasillo. Le temblaban las piernas. A las cinco de la mañana lloró por su mujer y su hijo, esperándole en vano. Por fin amaneció. Cuando acababa de guardar la pistola en el bolsillo de su bata vio aparecer a unos hombres a la carrera. Vestían con el uniforme azul oscuro típico de la policía alemana. Gritaban a voz en grito:

—Adolf Hitler: está usted acusado de evadir el servicio militar en el vecino estado de Austria-Hungría. ¡Debe acudir de inmediato al Consulado General de su país en Munich!

Tiraron la puerta abajo y se llevaron a un asustado Hitler a rastras. Este ni siquiera distinguió a su amigo con las manos en los bolsillos de su bata contemplando boquiabierto la escena. El destino había vuelto a salvarle la vida, aunque él no lo supiese.

Unos días después, Hitler viajó a Salzburgo, donde las autoridades se encontraron a un tipo escuálido de diminuto bigote que vestía de una forma humilde. No paraba de hablar de que era un genio, un artista en ciernes y que no tenía tiempo para dedicar al servicio militar. En una carta a las autoridades austriacas escribió:

Solo soy un joven sin experiencia y sin recursos económicos. Las pocas monedas que consigo apenas me dan para comer y tener un techo donde cobijarme. Durante años apenas he tenido amigos salvo un hambre insaciable. Soy un artista que vende su obra de puerta en puerta. Quiero mejorar y convertirme en un pintor arquitectónico, en un especialista en las formas y los edificios. Recibo muy poco dinero y apenas llego a final de mes. Toda mi fortuna se limita a mil doscientos marcos en moneda alemana y gasto al mes en Munich aproximadamente cien. Con el dinero que me queda apenas podré subsistir un año. No estoy en condiciones de hacer el servicio militar.

Se ha dicho que el cónsul austrohúngaro era un hombre débil, de carácter sensible, al que uno de los discursos de Hitler dejó vivamente impresionado. Se dice también que el estado físico de Adolf era peor de lo que nadie podía imaginar, que los examinadores, con solo echarle un vistazo, vieron que no resistiría la dura instrucción de un recluta.

De cualquier forma, se le declaró «incapaz ni siquiera para tareas auxiliares, alguien demasiado débil que no podría ser de utilidad ni llevar armas al servicio del ejército».

De vuelta a Munich, retomó su amistad con Rudolf Hausler y Franz Weilern. El primero le había conseguido, meses atrás, una entrevista con Herr Josef Popp, un sastre de Munich que soñaba con convertirse también en pintor y se consideraba un entendido en toda forma de arte. Y desde entonces, en la casa de los Popp de la calle Schleissheimer, vivían los tres amigos.

Entretanto, Franz había abandonado la resolución de matarle. Aunque quería regresar con su familia, sabía que no tenía una verdadera excusa para acabar con la vida del joven, por mucho que estuviera convencido de que, en realidad, era un monstruo en ciernes.

—Te veo extraño, Franz —le dijo una mañana Adolf a su amigo. Era el día 28 de junio de 1914. Hitler acababa de cumplir veinticinco años.

—Quiero regresar a Viena con mi familia —suspiró Franz.

Adolf sabía que, al contrario que él y Rudolf, el amigo Weilern tenía una esposa y un hijo, una vida lejos de las penurias de los desheredados y los aspirantes a artista. Alguna vez Hitler le había preguntado por qué había abandonado a su familia y su compañero se había sumido en un esquivo silencio.

—Tal vez debieras regresar —le aconsejó.

—No puedo hacerlo antes de terminar un trabajo que tengo pendiente.

Franz siempre hablaba de un trabajo pendiente, de algo que le movía lejos de su hogar. Pero nunca había explicado a nadie (y menos a Hitler, por supuesto) cuál era su secreto designio.

—Tal vez debieras completar ese trabajo y volver a ser feliz con los tuyos.

Franz levantó la vista y miró al hombre que, sin saberlo, le estaba aconsejando que lo matase.

—Más de una vez he pensado en ello. Pero no estoy preparado aún.

—¿Cuándo lo estarás?

—Solo Dios lo sabe —suspiró Franz y luego miró a Adolf de una forma extraña—. O tal vez lo sepan los demonios.

Apenas una hora después se supo la terrible noticia: el archiduque Ferdinand, heredero del imperio austrohúngaro, había sido asesinado en Sarajevo por unos terroristas. Hitler daba saltos de alegría porque estaba convencido de que el príncipe era un traidor a la raza germánica, uno de esos enamorados de las pequeñas etnias inferiores que poblaban Austria-Hungría, siempre deseoso de darles derechos a los no alemanes.

Apenas unas semanas después los odios ocultos entre las naciones europeas comenzaron a germinar y, como fichas de dominó, unas naciones se declararon la guerra a las otras. Alemania, Austria-Hungría y Turquía formaron la Triple Alianza. Y se enfrentaron a la Entente aliada: Francia, Bélgica, Rusia, Serbia e Inglaterra. Poco a poco, otras naciones se irían introduciendo en una contienda que acabaría siendo conocida como la Primera Guerra Mundial, el primer conflicto que abarcaría a naciones de casi todos los continentes. En aquellos años, sin embargo, todos la llamaron la Gran Guerra.

—Voy alistarme —dijo Adolf a sus amigos una mañana de primeros de agosto.

—Creí que odiabas el servicio militar y a los militares —dijo Rudolf.

Adolf se volvió y miró a su amigo con desprecio.

—No seas estúpido. Lo que odiaba era la idea de enrolarme en un ejército mestizo como el de Austria-Hungría. Pero he solicitado a la cancillería real permiso para alistarme en la armada bávara. Luchar en un ejército de alemanes sería maravilloso, un honor que me permitiría compartir la vida castrense junto a mis iguales, gente racialmente digna que lucharía y moriría a mi lado de forma heroica.

Como en una ópera de Wagner, pensó Franz, aunque no llegó a decir una palabra. Mientras Hitler comenzaba uno de sus interminables discursos acerca de la grandeza de la raza alemana y de la gran victoria en la guerra que se avecinaba, Franz se acercó a la ventana del salón, y contempló al gentío que desfilaba por la plaza. Hordas de fanáticos enarbolando banderas y marchando en dirección al frente. Las orquestas tocaban himnos patrióticos como el «Die Wacht am Rhein» (la Guardia del Rin), que llama a los alemanes a acudir a las orillas del río sagrado germánico frente a los invasores.

La juventud se sentía inspirada por un fervor antes desconocido. Todo el mundo estaba orgulloso de ser alemán.

Muchos años más tarde se descubriría la foto de un entusiasmado Hitler aullando entre el gentío que asistió a la declaración de guerra de Alemania contra Rusia en la plaza del Odeón de Munich. Era uno más de esos jóvenes que estaban dispuestos a dar la vida por Alemania y por el Segundo Reich. Nada sabían por supuesto del tercero y de una guerra mucho más terrible si cabe que tendría lugar veinticinco años más tarde: la verdadera guerra de Hitler. Aquella en la que sería el máximo protagonista.

El único que lo intuía era Franz Weilern. Por ello, la misma tarde que supo que Adolf se había alistado, acudió a las oficinas del gabinete del Príncipe Regente Ludwig III de Baviera y firmó los impresos correspondientes. La posibilidad de regresar con su familia se había esfumado. Viena, como todo el imperio austrohúngaro, estaba en guerra. Si ponía un pie en su país le obligarían a servir en otro ejército, pero en la misma guerra y lejos de Hitler. También de su esposa y de su hijo. Si se alistaba en Munich, por lo menos, podría vigilar al monstruo en ciernes. Si es que lo era.

Tal vez estuviera en un error respecto a Adolf, pero era su deber descubrirlo. ¿Cómo miraría a su pequeño a los ojos cuando el mundo entero se destruyese por culpa de Hitler? ¿Podría decirle que hizo lo que pudo por evitar aquel desastre? ¿O tendría que reconocer que dio la espalda a lo que sabía y siguió con su vida, como un cobarde? Además, aunque estaba convencido de que aquel demonio vería la luz muchos años más tarde, ¿no sería aquella guerra y no una guerra del futuro, la que devastaría Europa hasta sus cimientos? ¿Y si aquel joven pintor que se alistaba provocaba la destrucción inmediata del continente a pesar de no ser más que un recluta sin experiencia?

De acuerdo, esto último parecía hartamente improbable. Así que tal vez estuviera equivocado. Seguramente Freud le diría que estaba perdiendo el control y que debía volver a casa, y también a su consulta para ser tratado. Pero Franz Weilern

sabía que aquellas visiones respondían a una razón superior. Solo él sabía de la existencia de los demonios de la mente. Solo él había oído hablar del demonio de la cruz gamada. Alguna razón debía justificar que fuese el portador de tan pesada carga. Así que su destino era seguir aquel tortuoso camino con todas sus consecuencias. O al menos hasta estar seguro que aquel muchacho era o no de verdad el monstruo más grande del siglo XX.

—El monstruo más grande del siglo XX —repitió, lanzando una bocanada de humo. Recordó su sueño, la bruma marrón que le envolvía y le provocaba quemaduras en el cuerpo, como si estuviese en el mismísimo infierno. Había vuelto a tener de nuevo aquella pesadilla. Siempre soñaba lo mismo. Y le aterraba no saber lo que significaba.

Franz volvió a lanzar una bocanada de humo. Era de noche, estaban a dos grados sobre cero, y acababa de recibir la carta del gobierno Bávaro que le anunciaba que había sido aceptado en el ejército de su Majestad. Hacía tanto frío, que al exhalar su aliento se formaban espirales de vapor que permanecían largo rato suspendidas en el aire nocturno.

La última de ellas se fue desintegrando ante sus ojos, formando cuatro brazos que giraban bruscamente, ora a la derecha, ora a la izquierda.

Como una maldita cruz gamada. Como una maldita esvástica.

SEGUNDA PARTE

EL MONSTRUO EN ACTO

Nuestros rostros habían envejecido en cuestión de días,
Nuestros ojos estaban inyectados en sangre
a causa de las largas e interminables noches de bombardeos.
Nuestros uniformes colgaban de nuestros cuerpos demacrados.
Para cualquiera de los presentes,
el baño de sangre y el sufrimiento fueron inolvidables.
La imagen de la guerra quedaría grabada
para siempre en nuestra memoria.

(**Brandmayer**, compañero de regimiento de Hitler)
(Hablando de la Primera Guerra Mundial)

11.

Adolf Hitler era un fanático. Un fanático dominado por un demonio interior; un fanático del orden, del arte, de la raza y de cualquier cosa que le interesara de una forma u otra. Ese mismo fanatismo le llevaba odiar a todo aquello que no le gustaba, abandonaba, olvidaba o no formaba parte de su pequeño círculo de prioridades. Cuando el gabinete del príncipe Regente de Baviera aceptó que aquel joven austrohúngaro formase parte de su ejército, no sabía que estaba modelando una nueva forma de fanatismo de alguien que ya vivía de sus fanatismos.

Ahora era un fanático de la guerra.

Y en aquella guerra servirían dos Adolf Hitler, el malvado que se guiaba por ese fanatismo para vehicular su odio contra los no alemanes, y las últimas briznas de humanidad que había en su interior, que usarían ese fanatismo para ayudar a sus compañeros, sosteniéndolos en los momentos de flaqueza.

¿Queda aún una parte de bondad en este hombre?, se preguntaba a veces Franz Weilern cuando miraba a su amigo. *¿O es ya el demonio de la cruz gamada?*

Era difícil responder a esa pregunta. Lo que sí era evidente es que la posibilidad de entrar en combate, de herir y asesinar, seducían a Adolf.

—Mi felicidad y gratitud no conocen límites —dijo Hitler mientras contemplaba la misiva real con abnegación—. Comienza en este momento la más grande e inolvidable experiencia que pueda existir sobre el planeta tierra. Comparado con este gigantesco evento que vamos a vivir, cualquier suceso del pasado se queda en nada.

Estas fueron las palabras textuales de Hitler, que han quedado consignadas en una carta a su antiguo casero Josef Popp. A pesar de que nunca tuvo una relación demasiado estrecha con los Popp mientras vivió bajo su techo, lo cierto es que era lo más cercano a una familia que tenía en ese momento. Durante la guerra les escribiría a menudo.

—Es una suerte que hayamos acabado en el mismo regimiento —le dijo Hitler a Franz Weilern mientras avanzaban por la estación de Munich camino del tren que les iba a llevar al campo de entrenamiento de Lechfeld.

Franz asintió sin decir palabra. Habían sido encuadrados en el 16º regimiento de reserva o RIR16, formando parte de la Sexta División Bávara. Eran de los pocos hombres nacidos fuera de Alemania que servían en el regimiento. En realidad, dentro del ejército bávaro, apenas un cinco por ciento de los hombres habían nacido fuera de la misma Baviera. Por otra parte, pocos extranjeros querían servir en un ejército regional cuando podían hacerlo en el ejército alemán propiamente dicho. Porque, dentro la nación alemana, los estados más grandes conducían a sus propias tropas: Prusia, Baviera, Sajonia y Wurtemberg.

Los recursos de los ejércitos regionales eran menores que los del ejército regular. Se trataba de una tropa mal entrenada que utilizaba unos rifles anticuados. La mayor parte de los compañeros de Hitler y Weilern eran granjeros, agricultores, comerciantes y artesanos. Muchos ni siquiera eran de Munich, el área urbana y más avanzada de la región. Sus camaradas de la primera compañía, donde fueron encuadrados, eran aldeanos de pueblos alpinos, hombres que habían vivido en granjas solitarias, en comunidades pequeñas. Por entonces más de la mitad de los bávaros vivían en poblaciones de menos de dos mil habitantes. No se trataba pues de hombres cultivados que tuvieran ideas políticas avanzadas sino de patriotas que habían acudido en tropel a la llamada de las armas. Para mayor decepción de Adolf se veían a sí mismos como bávaros y no como alemanes, pero eso no desalentó al fanático Hitler, que al poco de llegar, interrumpió una comida comunitaria, un rancho de la tropa tras una larga caminata, y se puso de pie en su silla, declamando:

—Vamos a ganar esta guerra y a destruir a los racialmente inferiores. ¡Es el destino de nuestra patria!

La palabra patria para sus compañeros describía esencialmente Baviera y para Hitler englobaba a todos aquellos lugares donde hubiera alemanes racialmente puros, tanto en la propia Alemania, como en Austria-Hungría o incluso Dinamarca. Cualquier comunidad alemana era únicamente alemana más allá de su nacionalidad o el estado al que perteneciera.

—Siéntese, soldado —ladró una voz autoritaria. Era el comandante List, líder de su regimiento.

Aunque la tropa era inexperta, los batallones bávaros estaban comandados por oficiales expertos que no se andaban por las ramas a la hora de cortar excentricidades como aquella. Ciertamente era que Hitler, ya en aquel momento, era admirado por sus compañeros. Su fuerza de voluntad y su moral a toda prueba eran un impulso para el grupo. Pero le gustaba a poca gente. Nunca sonreía, lanzaba largos discursos y todos le consideraban un loco (en el buen sentido de la palabra, si es que lo tiene). Su obsesión por el deber hacía que siempre diese la impresión de estar de mal humor, nunca

descansaba y trataba de forma arrogante a sus compañeros. Incluso los mandos le respetaban más allá de esa misma locura o extravagancia porque sabían lo esencial que son los fanáticos en un grupo de soldados. Cuando la moral decayese, gente como Hitler sería decisiva en combate.

Atrás había quedado la mentira de un Adolf enfermizo, débil, incapaz de portar armas. Aquella mixtificación le había servido para no combatir en el ejército austrohúngaro junto a tropas mestizas a las que detestaba. Pero en aquel ejército racialmente puro sabía que conseguiría destacar entre los mejores.

Una noche, al finalizar otro día de dura instrucción, los del 16º regimiento regresaron a la tienda comunitaria. Franz contempló a Hitler sacando papel de carta. De nuevo preparaba una misiva para la familia Popp. En esta ocasión les pedía que escribiesen a su hermana Paula, a la nena Paula, en caso de que él, Adolf Hitler, muriese durante la guerra.

«Mañana entraremos por fin en combate. Cuando vuelva a escribirles espero encontrarme ya avanzando en las playas del Reino Unido».

Aunque apenas habían comenzado los combates en Francia, la Triple Alianza sabía ya que el principal enemigo era el Reino Unido. Inglaterra siempre sería el mayor obstáculo para la expansión de Alemania en la primera y segunda guerras mundiales, en el presente y en el futuro. Hitler sentía un gran respeto por los británicos, precisamente por ser los únicos capaces de enfrentarse a las hordas teutónicas.

Cuando terminó de escribir se volvió y descubrió a Franz Weiler a su lado, contemplándole con esa mirada torva, siniestra, que siempre mostraba cuando estaban juntos.

—¿No estás emocionado por la gran victoria que se avecina? —le preguntó Adolf a su amigo.

Franz se encogió de hombros y dijo:

—Combatiré a tu lado y ya veremos lo que pasa.

Hitler, aunque cada vez pasaba más tiempo junto a Franz, no conseguía entenderle.

—Mañana será un gran día. Dicen que van a trasladarnos a Bélgica, a primera línea. Llegó por fin nuestro momento de gloria —insistió a Hitler.

Pero Franz volvió encogerse de hombros y se dio la vuelta, alejándose por el camino de grava hacia el área de entrenamiento.

12.

—Llevamos horas perdidos en este mar de lodo —se quejó Franz—. ¿Cuándo va a acabar esto?

La línea del frente no estaba lejos. Pero desde la mañana avanzaban por caminos enfangados, resbalando, cayendo al suelo, empapados por la lluvia. Al frente del regimiento se hallaba el comandante List, un grandullón campechano al que todos admiraban. Llevaba retirado del servicio casi una década, pero había regresado para comandar aquella unidad de Ersatzreservisten o reservistas substitutos. Es decir, el último eslabón de la cadena de tropas de la Triple Alianza. No es que los considerasen malos soldados, era que estaban poco preparados, mal armados y nadie creía que fuesen a jugar un papel importante en las batallas que se avecinaban.

—A ver si llegamos de una maldita vez —insistió Franz.

—Vamos, no se queje, soldado —le respondió Julius List en persona, que pasaba en ese momento junto a ellos montado a caballo—. Pronto estará combatiendo contra esos malditos Tommies de las islas británicas. Entonces recordará con cariño estas horas de caminata por la montaña. Le parecerán mejor que un paseo idílico junto a su enamorada. Se lo puedo asegurar.

En el regimiento atronaron las risas, pero estas se detuvieron de golpe cuando una enorme explosión hizo que el comandante y su caballo saltaran por los aires. Pedazos de tripas del animal y extremidades de su comandante, cayeron sobre ellos como una lluvia macabra.

—¡Cuerpo a tierra! —ladró el sargento Amman.

Eso hicieron todos. A lo lejos se escuchaba el zumbido de nuevas bombas y los disparos intermitentes de los fusiles ingleses Maxim. Esquirlas, tierra, pedruscos y gritos de agonía se fueron alternando durante al menos una hora, hasta que el ataque se detuvo con la misma rapidez con la que había comenzado.

La muerte del comandante List cayó como un mazazo sobre la unidad. Tanto fue así que el 16º regimiento de reserva sería conocido entre sus integrantes como el regimiento List hasta el fin de la contienda. Y terminada esta, se reunirían y se asociarían en locales llamados de los Listers, los veteranos del regimiento. Aunque tuvieron varios comandantes más durante la guerra, siempre fueron los hombres de aquel tipo rubicundo y sonriente que murió el primer día de batalla.

Se hallaban en Menin, cerca de Ypres, localidad de la que tomaría nombre la batalla que estaban librando. Entre el 29 de octubre y el 1 de noviembre de 1914, Hitler y Weilern asistieron a una verdadera carnicería. De los tres mil seiscientos hombres que conformaban el regimiento, pasados tres días terribles de combate, apenas quedaban en pie setecientos. Monstruosas explosiones, incendios y el olor de la sangre eran una visión constante para aquellos soldados que, pese a la exigua preparación, demostraron un valor admirable. De hecho, todo el mundo sabía, desde las guerras franco prusianas de 1870, que los bávaros eran los más valientes de entre los soldados del Reich.

En aquella primera batalla de los Listers se formó el núcleo duro de amigos que acompañarían a Hitler el resto de la guerra: Amman, Wiedemann, Brandmayer, Schmidt, Westenkirchner, Mend, y Weilern.

De todos ellos, únicamente Mend no formaba parte desde el inicio de su unidad. Había comenzado la guerra en caballería, pero un accidente de monta le había relegado de su puesto. Debido a su cojera, solo le permitieron alistarse en un regimiento de voluntarios de reserva como el 16º.

—¿Has leído el periódico? —le preguntó una mañana Mend a Hitler.

Este negó con la cabeza y su compañero le pasó la prensa local bávara. Allí se denunciaba a los francotiradores franceses, sus actos de crueldad contra los alemanes y en particular contra los soldados del regimiento hermano de Wurtemberg. Se decía que le habían sacado los ojos a un prisionero. La prensa sensacionalista alemana acostumbraba a lanzar ataques devastadores contra sus enemigos, acusándolos prácticamente de cualquier cosa para enardecer la moral de sus tropas. Porque aquel tipo de informaciones soliviantaba a los soldados, que combatían con fiera al siguiente día y soñaban con brutales venganzas mientras se comían su rancho de carne dura de cerdo y ensalada de patatas. Lógicamente, uno de los que creía a pie juntillas aquellos panfletos contra la Entente aliada era Hitler, que seguía fiel a su costumbre de alzarse sobre su silla cuando sus compañeros aún no habían terminado de comer, reclamando venganza a voz en grito. No le importaba el sonido interminable de los bombardeos, no le importaba que el regimiento estuviera diezmado. Su francofobia era tan grande que juró que iba a arrancar los ojos personalmente al primer francés que cayese en sus manos.

Los mandos, a través de la propaganda, intentaban que sus soldados lucharan hasta el límite de sus fuerzas. Porque

la batalla que se estaba librando era decisiva. Los planes alemanes de avance habían sido sofocados en la primera batalla del Marne; ahora, ingleses y franceses pretendían partir en dos al ejército de la Triple Alianza.

Fueron meses terribles. Las bajas continuaron sucediéndose, pero el regimiento List no flaqueó. El mundo parecía derrumbarse, pero los soldados batallaban con denuedo y lo siguieron haciendo aún, cuando cayeron casi todos los oficiales en combate. En las trincheras apenas quedaban unos pocos soldados sin apenas formación y sin órdenes. Pero siguieron combatiendo hasta la extenuación. La carnicería fue tan terrible que nunca más durante la guerra el regimiento volvió a estar al completo en número de efectivos. Nunca llegaron refuerzos suficientes para sustituir a todos los muertos. La mayoría de los supervivientes recibieron ascensos y condecoraciones cuando fueron retirados de primera línea el dos de noviembre. Ese mismo día, Hitler fue ascendido a cabo y recibió la Cruz de hierro de segunda clase, una condecoración que le llenó de orgullo. Nada más terminar la ceremonia en la que se le impuso, corrió a la tienda comunitaria para escribir a la familia Popp.

«Este es el día más feliz de mi vida. Es verdad que la mayor parte de mis camaradas han muerto, pero los supervivientes derrotaremos a los ingleses y a los franceses a cualquier precio. Solo quedan cuarenta y dos hombres en nuestra compañía, pero son los mejores del ejército, hombres que arriesgan su vida cada día por nuestra raza».

Uno de esos hombres, uno de los supervivientes, era Franz Weiler. Taciturno, contemplaba los restos del 16º regimiento, esos hombres valerosos que se habían retirado bajo una fuerte lluvia, bombardeados por un incesante fuego de artillería, y que ahora por fin descansaban lejos del infierno de la guerra. Levantó la vista y vio a Hitler salir de la tienda en dirección a sus agotados camaradas, que se lamían sus heridas como un perro maltratado al borde de un camino cualquiera, tal vez la misma senda embarrada por la que habían entrado en batalla días atrás, cuando murió el comandante Julius List.

Franz contempló cómo Adolf levantaba los brazos para reclamar la atención de propios y extraños, de todos sus camaradas. Comenzó uno de sus interminables discursos acerca de la grandeza de la raza alemana. Franz escupió en el suelo y meneó la cabeza. Acababa de recibir una carta en la que se le informaba de su traslado a la sección de ordenanzas, mensajeros que debían llevar a pie, en bicicleta o como hiciese falta, las órdenes de una trinchera a otra, de un batallón a otro, de un punto a otro del frente, arriesgando su vida para que todo el mundo estuviese informado en el instante de la batalla y en tiempo real. Era la posición más peligrosa en la que podía servir un soldado, incluso más que combatir en primera línea. Porque no había jornadas de descanso para los mensajeros. Aunque el frente estuviese parado, un ordenanza debía saltar de trinchera en trinchera, pasto de los francotiradores, para llevar el correo o un paquete o una orden decisiva. Lo mismo era. Miró la lista de ordenanzas (Meldegänger) del regimiento. Estaba también el nombre de Adolf Hitler. El destino seguía queriendo que avanzasen juntos en la siguiente parada del tren de la guerra.

El destino de Franz Weiler y Adolf Hitler estaba inextricablemente ligado en la rueda de las parcas.

Mirando a aquel joven de veinticinco años que gesticulaba y exigía arrancar los ojos a franceses y británicos, regresó desde su memoria la visión del demonio de la cruz gamada. Comprendió que en aquel muchacho se hallaba el germen de un genocida. Pero mirando más allá vio el rostro de sus compañeros, realmente inspirados por las palabras de Hitler. Muchos asentían, otros aplaudían y el resto había olvidado que en realidad aquel tipo no les caía bien. Adolf tenía un magnetismo en la oratoria que podía conducir a la masa hacia donde él quisiera. Franz, equivocadamente, pensó que aquello era virtud, que Hitler tenía el don de arengar a sus compañeros, de cicatrizar las derrotas y la pérdida de los camaradas. Podía secar las lágrimas que afloraban en sus ojos y en sus corazones.

¿Un demonio podía hacer el bien?

¿Un proto demonio podía ayudar a sus compañeros, preocuparse de sus problemas y sanarles de mil maneras con aquellas palabras de aliento?

Franz pudo entrever la lucha entre el bien y el mal que tenía lugar en esos días dentro de Hitler. Y que el mal llevaba ventaja. Demasiada ventaja. Aloís, su padre, también había luchado contra la ponzoña que habitaba en su interior y finalmente consiguió vencerla. Adolf también podría, si quisiera, convertirse en un hombre cualquiera, en una persona normal.

Pero lo que no comprendió Franz es que Hitler era un flautista de Hamelín. Veía a los hombres como a ratas a las que manejar y conducir a su voluntad. En aquel momento estaba ayudando a una tropa deprimida, porque a través de ella vehiculaba su odio hacia los extranjeros y las razas no alemanas. Además, con la misma facilidad que les había levantado la moral podría conducirlos con el tiempo a la destrucción y la muerte. Si llegaba el día en que Adolf fuese capaz de influir, no sobre centenares de hombres, sino sobre millones, el mundo estaría condenado y todos caerían bajo el poder de la hipnótica voz del demonio de la cruz gamada.

Y estallaría una guerra mundial mil millones de veces peor que la que estaban librando.

13.

Ser un ordenanza en un regimiento no es cosa fácil. Ser un mensajero a través de una lluvia de balas y de bombas es el peor de los trabajos posibles. Todos saben que la esperanza de salir indemne de un mensajero es la más baja de entre todos los combatientes. Pero nada de eso le importaba a Adolf Hitler. Se había convertido en un amante de la guerra y en un amante del peligro. Su fanatismo había dejado paso a una adicción a la adrenalina. Ninguna misión era lo bastante arriesgada para él. No rechazaba ningún riesgo, no escurría el bulto, no se ponía en segunda fila cuando se decidían los envíos más difíciles. En el cuartel general del regimiento en Fournes, todos sabían que si había una misión delicada se le debía encomendar a Adolf. Como casi todos los mensajes importantes se mandaban por duplicado (para evitar que la muerte o incapacitación de uno de los correos impidiese la llegada de la misiva) los mandos tomaron por costumbre mandar a Franz Weilern con el mismo mensaje, pero por otro recorrido. Ese hábito y duplicidad duraría toda la guerra.

—Tres de los ocho mensajeros del regimiento han sido heridos hoy. Uno de ellos ha muerto —le dijo el sargento Amman al teniente Wiedemann una mañana de 1915.

Wiedemann salió al exterior y contempló a los supervivientes, encabezados por Hitler y Weilern. A lo lejos se elevaba una humareda proveniente de un campo incendiado, o tal vez eran unas casas que habían ardido hasta los cimientos en medio de la batalla.

—Hay algunos que han nacido con suerte —dijo el teniente mirando a los dos amigos—. No sé por qué, pero estoy seguro que estos dos llegarán a ver el fin de esta guerra.

—Si usted lo dice, señor —opinó Amman, encogiéndose de hombros.

En ese momento se escuchó un silbido muy agudo. Todos lo reconocieron al instante. Era un obús de artillería francés de 75 milímetros.

Se tiraron al suelo. Una lluvia de sangre, polvo y astillas les cubrió de la cabeza a los pies. Cuando se levantaron descubrieron que el puesto de mando del regimiento había volado por los aires. De todos los oficiales allí presentes, solo se habían salvado Wiedemann y Amman, y los mensajeros, por supuesto. Incluso cayó gravemente herido el sustituto de List al frente del regimiento, Philip Engelhardt.

Poco después empezó a correr el rumor de que convenía estar lo más cerca posible de Hitler, que tenía el don de sobrevivir a cualquier situación. Tanta era la admiración que suscitaba, que no le tenían en cuenta el que no quisiese acostarse con prostitutas francesas. Era el único del regimiento que no tenía relaciones con mujeres. Incluso Franz, por mucho que añorase a su esposa, en ocasiones se sentía arrastrado por los bajos instintos. Pero Hitler era inflexible y afirmaba que solo tendría relaciones con mujeres alemanas y racialmente dignas. Muchos creían, sin embargo, que era virgen, y a menudo utilizaban, refiriéndose a él, apodos como «el virgen» o «el artista de pacotilla», refiriéndose al hecho de que cuando hablaba de política, o de cualquier otra cosa, acababa siempre llevando la conversación al mundo del arte y al hecho de que, más temprano que tarde, acabaría siendo reconocido como el más grande de todos los tiempos. Pintor, arquitecto, dramaturgo, lo que fuera... pero al final se reconocería su grandeza artística e intelectual. Ya verían como estaba en lo cierto.

—¿Nunca piensas en una mujer, en tu novia, por ejemplo? —le preguntó Brandmayer una mañana.

—No tengo novia. Nunca he tenido tiempo para pensar en eso. Y ahora hay cosas mucho más importantes en las que pensar. Esta guerra, por ejemplo.

—Ninguna guerra es mejor que una mujer —rio Brandmayer.

Pero a Hitler no le hizo gracia la broma y se dio la vuelta, dejando su amigo con un palmo de narices.

Como el comandante Engelhardt aún estaba convaleciente de sus heridas, fue sustituido por el teniente coronel Petz, segundo del 17º regimiento de reserva, que asumió temporalmente el mando. Un suceso que acaeciera durante aquellos días aumentó la fama de Hitler, aunque no precisamente a ojos de Franz Weilern. El rumor lo inició Mend, que mientras regresaba al puesto de mando desde Lille se encontró a Hitler sentado en el suelo, con el rifle entre los pies. Frente a él, dos hombres caídos en el suelo, muertos.

—¿Eres tú, Adolf? —inquirió Mend, tomando posición y avanzando con sumo cuidado, porque había reconocido los uniformes ingleses de los dos hombres caídos.

—Sí, soy yo —repuso Hitler, apenas dedicando una mirada de soslayo su amigo.

—¿Qué ha sucedido?

Hitler tardó más de un minuto en responder. Tenía los ojos en blanco y movía la cabeza de derecha a izquierda

como si estuviese escuchando una extraña música. Pero Mend no oía nada, salvo el lejano rumor de la artillería enemiga.

—¿Crees que un hombre puede ser un elegido de la Providencia? —preguntó Hitler a su compañero.

—No lo sé. Tal vez.

Hitler soltó una larga y estentórea carcajada.

—Estos dos hombres iban a matarme —explicó entonces Adolf—. Ha explotado una bomba y uno de ellos ha sido alcanzado por un fragmento de metralla en el cuello. Se le ha disparado el rifle mientras se derrumbaba en el suelo y ha matado al otro. Ha sido algo tan increíble y ha pasado tan rápido que ni siquiera he tenido tiempo de protegerme o de poner cuerpo a tierra. La Providencia me ha salvado. ¿No es así, Mend?

El compañero de Hitler no supo qué responder. Se quedó mirando su mostacho, que estaba manchado de sangre. Hitler reconoció su mirada y se limpió los pelos con cuidado. Entonces añadió:

—La sangre no es mía. Estoy ileso. No me ha alcanzado ni la esquirla de la bomba ni los disparos. La Providencia se ha encargado de ello.

Cuando Mend explicó la anécdota al regimiento, todos contemplaron con renovada admiración a Hitler. Todos menos Franz Weiler.

—La Providencia o el diablo en persona —le oyó Mend decir una mañana—. ¿Cuál de los dos le habrá salvado?

Un par de meses después, Heinrich Lugauer y algunos otros mensajeros recién llegados al grupo, confraternizaron con los ingleses. Era una práctica habitual, aunque no estaba bien vista por los oficiales. En ocasiones los soldados aprovechaban un descanso en la batalla para intercambiar chokolatinas, fotos de mujeres e incluso se habían llegado a celebrar improvisados partidos de fútbol. A decir verdad, ingleses, franceses y alemanes no tenían razón alguna para ser enemigos, tan solo lo eran a causa de la estupidez de sus gobernantes. Pero Hitler detestaba a todos aquellos que tenían gestos amables con el enemigo. Si les estuvieran sacando los ojos, no habría espacio para abrazos ni partidos de fútbol, pensaba.

No, aquellos idiotas no sabían lo que era ser un alemán de verdad. Tampoco conocían el poder de la ira escarlata, que le abrasaba las entrañas y le impedía tener un instante de descanso en su odio hacia el enemigo.

Mientras los traidores confraternizaban, él prefería pasar su tiempo con su perro Foxl. Un día en que los bombardeos alemanes sobre las trincheras enemigas fueron especialmente intensos, vino corriendo desde ellas, aterrado, un terrier de color blanco con el rabo chamuscado. Hitler lo curó y se convirtió en su compañero inseparable. Le daba de comer, le cuidaba y le ponía al abrigo de los peligros de la guerra. Se preocupaba más por Foxl que por la vida de sus compañeros. También le enseñó a hacer monerías y todo tipo de juegos. Foxl se ponía de pie y Hitler le daba su último trozo de carne. Foxl daba la patita y Hitler robaba para él una patata asada. Adolf creía firmemente en el darwinismo social y, por tanto, estaba convencido que, en las guerras, solo sobrevivían los más fuertes. No le importaba cuántos de sus compañeros murieran, puesto que, en esencia, dejarían paso a los racialmente mejores. Su muerte redundaría en beneficio de la patria alemana ya que los supervivientes, genéticamente superiores, tendrían más hembras germánicas a su disposición con las que engendrarían una descendencia mejorada y más pura. Pero no le sucedía lo mismo con los perros, a los que amaba incondicionalmente, aunque no fueran de una buena raza germánica como los Dóberman o los pastores alemanes. Amaba a todos los perros, incluso a los pequeños y descastados.

—¡Qué haces, Foxl! —gritó Hitler una mañana.

Saltó desde el puesto de los mensajeros y se puso en peligro corriendo detrás del animal. El terrier estaba persiguiendo a una rata que había cometido el error de intentar entrar en la trinchera alemana. En medio de una lluvia de disparos Hitler trajo al chuchito de nuevo a las líneas propias. Una vez más y milagrosamente no había resultado herido; tampoco el perro. Una anécdota más que sumar a su fama de invencibilidad.

Sus compañeros le aplaudieron cuando le vieron reaparecer, perro en mano y sin un rasguño. ¡El jodido artista de pacotilla es inmortal!, proclamaban.

Durante aquellos meses, el 16º regimiento combatía cerca de la ciudad de Fromelles, en un frente estático de menos de tres kilómetros, que tenía presos a miles de camaradas desde hacía ya meses. Se ganaba un metro, se perdía otro, pero el frente se mantenía siempre en el mismo lugar. La Primera Guerra Mundial, la Gran Guerra, se había convertido en una gigantesca trinchera, un lugar en el que ganar una diminuta colina costaba miles de hombres y no conducía a nada. Aquellos enfrentamientos estériles se sucedieron y Hitler también participó en las batallas de La Basée, Arras y Nueva Chapelle. Los campos se regaron con la sangre de jóvenes franceses, belgas, ingleses, alemanes y austrohúngaros, por unas decenas de metros.

Siempre era lo mismo.

El veinticinco de septiembre de 1915 los británicos lanzaron una gran ofensiva en el sector que defendían los Listers del 16º. La artillería ladraba sin cesar y los mandos ignoraban la extensión exacta de la zona atacada. Por ello se mandó a Hitler, Schmidt y Westenkirchner para que inspeccionaran el terreno. Así se inició una carrera enloquecida a través de las trincheras, de la tierra de nadie, de cuerpos caídos y desmembrados, de vientres llenos de gusanos de soldados que llevaban días corrompiéndose en medio de ninguna parte.

Escondidos tras un par de cadáveres putrefactos, inspeccionaron las líneas enemigas con prismáticos. Horrorizados, descubrieron al enemigo colocándose sus máscaras de gas. Aquel momento era lo que más temían los soldados en aquella maldita guerra.

—¡Ataque con gas! —chilló Schmidt.

Los tres mensajeros corrieron de vuelta esquivando la muerte y a la nube tóxica que se alzaba tras ellos.

—¡Gas! ¡Nos atacan con gas!

Los tiradores ingleses intentaban dar muerte a aquellos mensajeros que zigzagueaban entre la bruma mortal. Pero precisamente aquella nube, que podría haber acabado con su vida, les salvó de ser alcanzados, porque no eran un blanco fácil sino una suerte de títeres borrosos que se alejaban a grandes zancadas.

Los tres mensajeros llegaron a tiempo a su garita de ordenanzas y se pusieron sus propias máscaras. No pudieron avisar a sus compañeros y muchos de ellos murieron.

La Providencia había vuelto a salvar la vida Adolf Hitler. Y no sería la última vez aquel día. De regreso a la trinchera, Hitler escuchó una voz que le decía «Levántate y sal de ahí a toda prisa». Así lo escribió más tarde en una carta a la familia Popp, con esas mismas palabras.

Adolf había reconocido la voz de Joseph G., el viejo demonio de la mente que le había ayudado de niño. Así que le obedeció. Tomando a su inseparable perro Foxl en brazos y seguido de Franz Weilern, como siempre convertido en su sombra, abandonaron el refugio de la trinchera justo cuando un proyectil perdido, lanzado por la propia artillería alemana, hacía estallar esa sección del entramado defensivo, matando a todos los soldados presentes sin excepción.

Hitler comprendió que Joseph G. había regresado desde el olvido para salvarle. Pero no podía decirle eso a su amigo, porque él jamás había oído hablar de aquellos demonios. Aunque en eso, Hitler se equivocaba. De cualquier forma, dijo sencillamente:

—La Providencia sigue estando de mi lado, querido Franz.

El cabo Weilern torció el gesto y le miró con su hosca expresión de costumbre.

—Sí, sin duda, Adolf. Ha sido una suerte.

Entonces, Franz comenzó a dibujar en el suelo con un palo una especie de figura de cuatro lados, una suerte de pulpo de cuatro brazos que se retorcían al lado contrario en cada giro. Weilern tuvo cuidado en inclinarlo un poco, unos cuarenta y cinco grados, tal y como había visto aquel símbolo en sus sueños. Porque en sus fantasías, la cruz gamada aparecía inclinada e inserta en un círculo blanco, rodeada de un color rojo sangre como la mismísima ira escarlata.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó Franz a Hitler.

—Ni idea —repuso Adolf—. ¿Qué es?

Foxl olió el dibujo en el suelo, dio dos vueltas al mismo y orinó sobre el más oriental de los brazos.

—No es nada —dijo Weilern que, de pronto, parecía de peor humor que de costumbre.

Y borró el dibujo con el talón de sus botas, a golpes, frenético, como si la visión de aquella figura insólita y tentacular le hubiera crispado los nervios.

14.

—La voz del psicoanálisis ya no puede oírse en el viejo continente desde que empezaron a tronar los cañones —le dijo una mañana Freud a su discípulo Ferenczi—. El odio ha sustituido a la amistad, la inquina a la camaradería entre hermanos. Mi trabajo no tiene sentido en tiempo de guerra.

Esa era la realidad. Su discípulo no supo qué responderle y Freud tampoco necesitaba respuesta. Algunos de sus más fieles colaboradores, como Jung, le habían abandonado, acusándole de estar obsesionado por el sexo, acusándole de ser un mal padre y no un maestro. Dentro del psicoanálisis había estallado también una guerra y Freud, aunque la había ganado, estaba triste por todos los soldados caídos en aquella contienda intestina dentro del movimiento terapéutico y filosófico que él había creado.

En la guerra real, la que se libraba en las trincheras, el viejo maestro defendía a la Triple Alianza, y odiaba los aliados, a franceses, ingleses, serbios, rusos y americanos. Tal vez odiar no fuese la palabra: sencillamente creía que los viejos imperios del centro de Europa sobrevivirían eternamente. Alemania y el imperio austrohúngaro eran demasiado poderosos, pensaba. Sus pedestales eran de mármol macizo, y ni un millón de bombas aliadas podrían hacer tambalear las estatuas de los dictadores.

Tal vez debería haber psicoanalizado al Káiser Guillermo II y al nuevo emperador, Carlos I de Austria y IV de Hungría. Entonces se habría dado cuenta de que el mundo estaba cambiando, de que Freud había ganado la guerra a los nuevos valores del psicoanálisis pero que los viejos estados europeos no lo harían ante la modernidad del nuevo orden democrático que se avecinaba.

Sin embargo, lo que más preocupaba a Freud de aquella gran contienda mundial, era precisamente ese carácter mundial y transoceánico; odiaba que las fronteras del psicoanálisis se hubiesen recortado por culpa de los ejércitos y sus cuitas. En un movimiento internacional como el suyo, eran fundamentales las buenas relaciones entre los psicoanalistas de diferentes países. Pero había ahora, no solo enfrentamientos filosóficos dentro de su movimiento, sino enemistades entre camaradas que pensaban igual pero que pertenecían a naciones enfrentadas en guerra. Los congresos internacionales del psicoanálisis se clausuraron, viejos amigos dejaron de enviarse cartas, libros que estaban apalabrados en una editorial nunca fueron publicados.

—La humanidad jamás se repondrá de una guerra semejante —escribió Freud a otro de sus discípulos—. Ni tampoco el psicoanálisis.

El viejo maestro, además, estaba preocupado por sus hijos, que estaban en el frente. En particular por Martin, que siempre había tenido la habilidad de meterse en problemas. Siempre estaba preocupado por su primogénito, que no encontraba su sitio, tal vez porque su padre era una figura tan colosal que el pobre, hiciera lo que hiciera en esta vida, siempre estaría a la sombra de la grandeza de su progenitor.

Su hijo iba a combatir en el este, en el frente oriental, donde también se libraban terribles batallas.

Diciembre 20, 1915.

Querido Martin: Me he enterado que muy pronto te enviarán lejos y siento no poder verte. A ti no te darán licencia y yo no me atrevo a viajar ahora.

Te deseo éxito en tu nueva unidad, pero sigo creyendo que consideras la guerra como una especie de excursión deportiva.

Dime cuánto dinero quieres para el mes de enero. No olvides que no podré enviarte más después: el correo militar es muy inseguro. No debes olvidar que en Polonia o Serbia no tendrás oportunidad de gastar dinero. Debes adaptarte a las circunstancias, que cambian constantemente.

La Navidad será tranquila y triste aquí, como en todas partes. Será triste y tranquila para nosotros. Te saludo cordialmente y espero tu respuesta.

Tu padre. Sigmund Freud.

No eran pues buenos momentos para el gran Sigmund. En lo personal, su querido hermano Emmanuel había muerto a los ochenta y un años. Una muerte esperada pero igual de dolorosa. En lo profesional, la gente padecía graves problemas económicos en Viena, y ello había hecho disminuir la clientela de su consulta. Además, estaba intentando dejar de fumar, lo que le volvía aún más huraño e introvertido. Como siempre que la realidad le superaba, se concentró en sí mismo, decidió huir de esa maldita realidad y escribir un nuevo libro. Quería hablar sobre la guerra y la muerte, hacer evolucionar su pensamiento en unos temas que estaban tan presentes en la sociedad de aquel momento. Pero mientras reflexionaba sobre cómo estructurar su ensayo, le llegó un telegrama de Franz Weilern. Tan solo cinco palabras, unas palabras terribles, lacónicas, pero que él comprendió perfectamente:

¿Debo matar al demonio?

Franz

Hacía mucho que Freud no pensaba en el demonio de la cruz gamada ni en Franz Weilern. Tampoco en sus obsesiones o en aquel muchacho delgado que había entrado en su consulta con una acuarela bajo el brazo y se marchó con diez coronas en el bolsillo.

Apartó los apuntes sobre la estructura de su nueva obra e intentó concentrarse en aquel asunto. En su momento se había dado cuenta de que aquella historia de los demonios de la mente encerraba los suficientes puntos de interés como para dedicarle más tiempo. Pero los problemas dentro del psicoanálisis, su vida privada, sus hijos y ahora la guerra, le habían impedido volver a trabajar en aquel asunto. Además, Franz no había regresado jamás a la consulta y terminó por olvidarlo todo. Tal vez no debiera haberlo hecho.

—Esa Europa ilustrada que nació tras el renacimiento está agonizando —dijo en voz alta—. Ese mundo maravilloso lleno de avances tecnológicos y de mejoras para el ciudadano medio está en peligro. El deseo de matar que se halla en el fondo del alma de esos animales básicos que en el fondo somos los humanos, está saliendo a la luz. La civilización y la democracia podrían perecer en manos de la barbarie.

Dio un paso hacia su mesa, donde contempló la estatua de Atenea que la presidía. La diosa de la sabiduría, la divina protectora de la polis ateniense.

—El mundo grecolatino, las viejas estructuras del pasado que hemos recuperado para crear un mundo mejor, podrían perecer en manos de esa estirpe de asesinos que somos los seres humanos —añadió entonces—. Y nuestra muerte no va a ser recordada por los libros de historia. Hablamos del hombre medio enfrentado a ametralladoras y máquinas de asesinar, no de héroes que luchan frente a frente en un campo de batalla y en combate singular. En las guerras modernas solo hay sangre, ruina, pobreza, hambre y desolación. Es como si un demonio hubiese bajado a la tierra y hubiese decidido...

Su voz se quebró. Cogió con una mano temblorosa el telegrama de Franz Weilern y toda su formación como hombre de ciencia se tambaleó por un instante. ¿Sería posible que aquella historia de los demonios de la mente fuese cierta? ¿Sería posible que el mal tuviera en un principio una forma humana y que luego los hombres, a través de su conciencia, lo convirtiesen en mito? ¿Podría un joven pintor llamado Adolf Hitler encarnar en el futuro el mal absoluto? ¿Podría existir en el futuro una guerra aún más terrible que aquella que estaba despedazando a Europa entera, al mundo entero? ¿Estaba en manos de Franz Weilern evitarlo? ¿Estaba en manos de Freud aconsejarle?

Con una mano temblorosa escribió la respuesta al telegrama: «Haz lo que debas», garabateó. Contempló sus palabras y dudó entre entregárselo a su secretaria para que lo enviase o por el contrario...

Dudó de nuevo. Largamente. La mano que tomaba el telegrama estaba temblando.

Comprendió de pronto que estaba cansado, que llevaba muchas horas trabajando en su nueva obra, que los problemas que le agobiaban podían hacer que tomase decisiones poco razonables. Cogió la hoja de papel con la respuesta que había escrito y la guardó en un cajón. Inspiró hondo y se marchó a su dormitorio, esperando que un sueño reparador le hiciese olvidar aquella velada.

Jamás envió el telegrama. Ni ese ni ningún otro. Decidió que era mejor no responder a Franz Weilern y que el destino siguiera su curso.

Pero decidió también otra cosa, a la mañana siguiente, tras aquel sueño reparador que tanto necesitaba: investigaría el asunto de los demonios de la mente. Descubriría si más personas conocían su existencia o si solo se trataba de una elucubración de Franz Weilern y del padre de Adolf Hitler, Alois.

Dos hombres no eran una pauta ni probaban nada. Eran solo dos hombres con unas ideas estrambóticas.

Probaría que aquella historia de los demonios de la mente no se sostenía y entonces podría dormir todos los días con la tranquilidad de saber que el mundo no estaba en peligro. Al menos, no más en peligro de lo que ya lo habían puesto las naciones involucradas en aquella locura llamada Primera Guerra Mundial.

15.

En el verano de 1916 el regimiento de Hitler disfrutó de cierto tiempo libre. Sus compañeros acudieron a los bares y a locales de prostitución; se produjeron las típicas tensiones entre alemanes y franceses, entre alemanes y belgas. Tensiones que habían existido desde el principio de la estancia de los soldados en territorio de la Entente aliada, pero que poco a poco habían ido disminuyendo, limándose asperezas con el paso de los meses. Hitler, por su parte, no estaba interesado en los bares, porque era abstemio; ni en las prostitutas, porque seguía afirmando que no se acostaría con mujeres francesas bajo ninguna circunstancia (sus compañeros creían que de hecho no se había acostado con ninguna mujer, francesa, belga, inglesa o alemana). Por último, Hitler tampoco comía carne porque era vegetariano, lo cual era visto por sus camaradas como una excentricidad todavía más grande, ya que todos se peleaban por un poco de cerdo o de pollo, que eran tan escasos que a veces se imaginaban su presencia en los platos que les servían de rancho.

Por todo ello, Adolf seguía siendo tan incomprendido como respetado por sus compañeros.

—Vamos Foxl, dame la patita —dijo Hitler a su perro, premiándole con su ración de carne (esa que no consumía) por haber aprendido un nuevo truco.

Y es que Hitler, pasaba la mayor parte de su tiempo libre junto al terrier. Franz Weilern estaba últimamente de mal humor, su mirada circunspecta se había vuelto negra y vidriosa. Adolf hablaba con él lo menos posible. Seguían siendo amigos, pero se había creado una barrera invisible entre ambos que Hitler no terminaba de comprender.

Franz tenía alguna cosa en mente, algo terrible de lo que no quería hablar a nadie.

Pero Hitler, aunque no entendiese lo que le pasaba a su amigo, tenía mejores cosas en las que pensar. La vida de un ordenanza, de un mensajero del ejército, seguía siendo peligrosa aun en medio de aquel tranquilo interludio. Aunque la línea del frente se hubiera enmudecido y las salvas de artillería no hendiesen las nubes con su carga venenosa, cualquier carta de un familiar a un soldado podía causar la muerte o la incapacitación de alguien del grupo. Por eso, los mensajeros del 16º regimiento siempre estaban alerta, incluso cuando todo parecía tranquilo.

Entretanto, llegaba la siguiente misión, y mientras Foxl se tumbaba al sol después de jugar con su pelota, Adolf decidió acudir a la librería móvil de la división, un carromato que aparecía todos los martes y los jueves a la entrada de la trinchera. Allí tomaba prestada una novela popular, sobre todo historias del oeste de su amado Karl May. Aunque había libros de propaganda política, de naturaleza, de humor, policíacos y de cualquier género, en las trincheras Hitler prefería leer novelas de vaqueros. Tal vez para evadirse del hecho de que Alemania estaba perdiendo la guerra. No de una forma clara, no a base de derrotas en el campo de batalla, pero los recursos escaseaban y una contienda a largo plazo no podía ser sostenida indefinidamente por la Triple Alianza. Eso comenzaban a comprenderlo todos, incluso los soldados de a pie como ellos.

El frente se había estancado y aquello solo perjudicaba a Alemania y a Austria-Hungría. El enemigo podía reponer el contenido de sus arsenales, pero en el bando de Hitler y los suyos, más tarde o más temprano se acabarían las balas, se acabarían las bombas, y tendrían que pedir el armisticio.

Ahora que se había distanciado de Franz Weilern, su amigo más íntimo era otro de los ordenanzas, un tal Ignaz Westenkirchner, al que acompañaba a menudo en sus viajes de servicio cuando no lo hacía con Schmidt.

—Me encanta ser un Meldegänger. Es muy divertido —dijo Ignaz una mañana en la que debían llevar un paquete de comida a un soldado.

Meldegänger, mensajero en alemán, era el nombre oficial de su grupo dentro del regimiento List. Pero en boca de Westenkirchner parecía una labor de idiotas. Porque Hitler veía en su amigo a un carpintero de pueblo, un tipo bobalicón que no comprendía la importancia de su labor. Iba de misión en misión, de entrega en entrega, con una sonrisa en los labios, como si fuese un juego cuando en realidad estaban realizando una de las tareas más importantes dentro del ejército.

Esa era otra de las características de la forma de pensar de Hitler. Fuese cual fuese la empresa que estuviera cometiendo, esta era, por definición, la más crucial en el devenir de la guerra o incluso en la historia de la humanidad.

—Esto no es divertido, Ignaz. Es una tarea de precisión que solo pueden realizar los mejores.

—Claro, claro. Los mejores... —repuso Ignaz, rascándose la cabeza con la mano derecha y abriendo mucho los labios en un rictus bovino.

—Cállate y camina —dijo Adolf—, que echó a correr campo a través, aun a riesgo de que le viesan los francotiradores enemigos, lo más lejos posible del idiota de su compañero Meldegänger.

No fuera que acabase por estrangularle con sus propias manos por imbécil.

Hitler, en aquella lucha que aún mantenía entre el mal (en forma de ira escarlata, fanatismo, racismo, etnocentrismo y bilis) y el bien (aquellas briznas de moralidad que aún quedaban en su corazón), comenzaba a comprender que solo había un ganador posible.

Y siempre había sabido cuál sería. ¿O no?

El tiempo de asueto para los del 16º regimiento terminó cuando en octubre comenzó la batalla del Somme, la más dura de toda la Primera Guerra Mundial. Más de trescientos mil hombres de ambos bandos perdieron la vida durante aquella carnicería. Un intento de romper las líneas alemanas a lo largo del río Somme, que daría nombre a la batalla. Otro enfrentamiento terrible y sangriento que no sirvió de nada. Tras casi cinco meses de muerte y de destrucción, nadie resultó vencedor y ambos bandos seguían en el mismo punto, con unos pocos centenares de metros de diferencia respecto a su posición inicial.

Pero Hitler no luchó con sus compañeros en aquella batalla. Un día antes de que comenzase fue herido en el muslo izquierdo y trasladado a un hospital militar. Su suerte había terminado. Una bala perdida le alcanzó poco después de que un obús destruyese el refugio de los Meldegänger. Cuando Hitler, indemne como siempre tras la explosión, acudía al puesto de mando a informar de lo sucedido, sonó un disparo.

Adolf cayó al suelo, de bruces. No respiraba o eso parecía. Muchos le dieron por muerto.

Al instante fueron a socorrerle sus compañeros supervivientes, sorprendidos de que Hitler «el inmortal» estuviese herido. Westenkirchner y Schmidt le estaban haciendo un torniquete cuando vieron llegar a Franz Weilern, con el rifle Mauser en la mano y cara de pocos amigos.

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó, en tono airado.

—Hemos oído un disparo y vinimos a la carrera —dijo Schmidt—. Adolf está mal herido. Debe haber un francotirador por aquí cerca. Ve con cuidado. Camina inclinado como nosotros o no saldrás de esta.

Los compañeros de Hitler lo llevaron en parihuelas hasta el hospital más cercano. Iban encorvados, a ratos casi de rodillas, intentando no ser un blanco fácil para el francotirador aliado. Detrás de ellos Franz Weilern les cubría las espaldas, aunque en realidad llevaba el rifle colgado del hombro e iba de pie, sin protegerse ni inclinarse y meneando la cabeza como si estuviese enfadado. Todos pensaron que le había afectado el que hasta Hitler hubiese, finalmente, recibido una bala del enemigo.

A todo el regimiento le afectó la herida de Hitler, tal vez incluso más que si la hubieran recibido ellos mismos en persona. A aquel cabo indómito le rodeaba un aura de invencibilidad que de pronto se había venido abajo. Algunos creían que, mientras Hitler no cayese, el regimiento seguiría sobreviviendo a todos los sacrificios de la guerra. Fueron malos momentos para los Listers, y no solo porque se hallaban en medio de la batalla más sangrienta de todas cuantas tendrían lugar en la Gran Guerra. Llevaban dos años luchando y muriendo; la moral estaba ya baja antes que Adolf fuese herido. Al quinto día de la batalla del Somme hubo deserciones en masa, incluyendo la retirada en pleno combate de una buena parte de la cuarta compañía, que tuvo que ser llevada por la policía militar de vuelta a la trinchera. En otra ocasión, durante la misma batalla, una tercera parte de un batallón desertó en masa.

Los eslóganes patrióticos ya no funcionaban, los soldados estaban cansados de luchar: se hallaban al límite de sus fuerzas. El cincuenta por ciento de los hombres del regimiento List murieron o fueron heridos en el Somme. Más de mil doscientos hombres. También buena parte de los ordenanzas, como Bachman. A causa de ello, Wiedemann, teniente y segundo del regimiento, buscaba voluntarios para correr por la tierra de nadie llevando mensajes. No le fue fácil encontrarlos. El único que parecía inmune a las balas era esta vez Franz Weilern, que saltaba de trinchera en trinchera como un gato, con eficiencia, pero con la indiferencia de un felino. Nunca iba del todo a la carrera. Parecía agotado psicológicamente y por las noches lloraba recordando a su familia. Wiedemann sabía que estaba a punto de quebrarse, pero no tenía a nadie para sustituirlo.

Además, intuía que Weilern estaba guiado por un extraño designio. Debía alcanzar un objetivo que llevaba tiempo buscando. Hasta que lo lograse, los hados le respetarían la vida. Al menos eso pensaba. El teniente, como muchos otros soldados y oficiales, era muy supersticioso. En la guerra ves tantas cosas inexplicables que acabas creyendo en lo inexplicable.

Mientras todo esto sucedía, Hitler estaba en un hospital de la Cruz Roja en Beelitz, cerca de Berlín, a centenares de kilómetros de la línea del frente. Más tarde fue transferido a un hospital cerca de Hermies. Se pasaba días enteros soñando gracias a la morfina. Tenía extrañas alucinaciones en las que veía a Joseph G. dándole consejos.

—¿No ves que va a matarte? —le dijo Joseph G., el más ladino de los demonios de la mente que habían acosado a su padre.

—¿Matarme? ¿Quién? —preguntó Adolf.

—¿Quién va a ser? El falso amigo. Va a matarte a menos que espables de una maldita vez.

Estuvo a punto de despertarse y de abandonar el mundo onírico de los demonios de la mente, pero entonces entró en la sala común donde estaban los heridos una enfermera que le aplicó un poco más de morfina a aquel soldado que no dejaba de hablar en sueños. Entonces la respiración de Hitler disminuyó lentamente y su fantasía se hizo más real y vívida, tan tangible como las trincheras por las que todos los días deambulaba con mensajes de la comandancia. Joseph G. había desaparecido, pero en su lugar se encontró a un caballero de unos cuarenta años, de barba cuidada y a la moda, que vestía un traje elegante pero no ostentoso. Se trataba de un hombre de vasta cultura al que le gustaba hablar forzando su acento vienés.

Le reconoció al instante. Era Sigmund Freud. El Sigmund Freud que había conocido en 1895, más de veinte años atrás.

Se miraron el uno al otro en el sueño. Y entonces, súbitamente, Hitler comprendió la verdad. Recordó una escena de aún más allá en el pasado, una escena que tuvo lugar en un templete dentro de una mansión en un zoológico; un lugar llamado Villa Hermes. Allí vivía una mujer que se hacía llamar Eugenia de Hohenebs. Ella sabía bien lo que eran los demonios de la mente porque los veía, al igual que su padre, Alois Hitler. Dos putos majaretas a juicio de Adolf.

Y la condesa Eugenia le dijo a Alois, a la sombra de aquel templete, un cenador monumental de madera labrada, rodeado de prados verdes y de animales salvajes:

—Hay ciertas ideas, escritos, pensamientos... que no son solo obra del hombre que las escribió. Son fruto de una época. Hay ciertos conceptos que hacen evolucionar o causan la involución de nuestra sociedad. Están en el aire; incluso en el aire que respiran aquellos que nunca han leído estos libros y que, por tanto, podrían creer que no comparten estas ideas. Anarquismo, racismo, darwinismo, selección natural, selección racial... Nuestro mundo está al borde de varias revoluciones que van a cambiarlo todo. Y no solo revoluciones: tal vez grandes guerras, conflictos que vayan más allá de un par de países y sus fronteras. Enfrentamientos mundiales entre todas las potencias. No somos únicos, querido Alois, tus demonios son los demonios de todos.

Y la condesa les había mostrado tres ajados volúmenes. El primero era «Palabras de un Rebelde», de Piotr Kropotkin; el segundo era «Certificación de la Posición del Hombre en la Naturaleza», de Thomas Huxley; el tercero «Sobre la Desigualdad de las Razas Humanas», de Joseph Gobineau.

Aquellos tres libros eran los que habían dado vida a los tres demonios de Alois: Piotr K., Thomas H. y Joseph G. Aquellas tres figuras del pensamiento contemporáneo se habían instalado en el inconsciente colectivo y ahora pertenecían a toda la humanidad. Todos lidiaban con aquellos demonios y algunos incluso los veían.

Joseph G. estaba seguro que Hitler sería el más grande de los demonios de la mente. Pero aún estaba por ver si eso sucedía de verdad, si Adolf sería capaz de obrar ciertos actos que vincularían su nombre y su memoria al sentimiento de la maldad más absoluta en las generaciones futuras. Tal vez lo consiguiese; tal vez no.

Sin embargo, había una cosa que Hitler ya sabía pero que había olvidado. Piotr K. se había convertido en demonio de la mente estando aún con vida. Es más, había devenido en símbolo de una forma de ver el mundo y luego su estela se había eclipsado. Porque Piotr Kropotkin, en 1916, tenía casi ochenta años, pero ya no era un referente de las izquierdas revolucionarias ni del anarquismo.

De hecho, moriría pocos años después, en 1921, casi en el olvido.

Por lo tanto, cualquiera que cambiase la faz del mundo, cualquiera que acuñase y desarrollase ideas tan originales que hiciesen tambalearse a los cimientos de la sociedad, podía perfectamente en vida convertirse en demonio de la mente.

Alguien como Sigmund Freud. Uno de los hombres más famosos del mundo, alguien que había cambiado la concepción de la psicología, de la sexualidad, de la relación de los padres con los hijos. Para mucha gente, era el mayor referente intelectual del momento, y seguiría siéndolo durante muchas generaciones en el futuro.

Hitler lo comprendió por fin: Sigmund Freud era ya en el presente, lo supiese o no, un poderoso demonio de la mente.

Si había alguien que podía ayudarle a convertirse en el más grande demonio de la mente de todos los tiempos, era precisamente Sigmund, el judío entrometido que estuvo a punto de meterle en una habitación acolchada.

Qué ironía.

Debía recordar aquello que había descubierto. Tal vez lo necesitaría más adelante, cuando comenzase su propia carrera hacia la fama y la inmortalidad.

16.

Pero su sueño morfinómano no había terminado aún. Sigmund se hallaba frente a él, tumbado en un diván. En realidad, ambos estaban tumbados en sendos divanes:

—¿Te vas a convertir en un monstruo? ¿Le obligarás a matarte? —dijo el sabio.

Hitler había escuchado aquellas crípticas palabras en silencio, tal vez con algo de miedo. Recordaba la primera vez que se enfrentaron, cuando era un niño, un demonio de la mente aún en ciernes enfrentado a un demonio de la mente ya completamente evolucionado como Sigmund Freud. Aquella era la verdad. Tal vez el sabio estaba o estuvo en condiciones de destruirle. Pero ya no.

Adolf levantó la vista y vio envejecer, en cuestión de segundos, a su enemigo. Vio todas sus debilidades, sus neurosis, sus adicciones, sus obsesiones mundanas, y cómo y por qué el mito era más grande todavía que el hombre. Sigmund Freud encendió uno de sus puros con manos temblorosas. Volvía a ser un caballero de sesenta años enfrentado a un cabo de veintisiete. El psicoanálisis estaba asediado por innumerables enemigos. La sombra de Freud se había alargado mucho durante aquellas décadas. Y ya no podía ir más allá. Poco a poco iría decreciendo con el paso de las décadas siguientes, mientras la suya, la de Adolf Hitler, apenas había comenzado a crecer y acabaría ensombreciendo la de todos los demonios de la mente juntos.

—No te tengo miedo —dijo Adolf, levantándose del diván donde se había postrado, aunque no recordaba en qué momento lo había hecho.

—Sé que no me temes. Pero a quien debes temer no es a mí.

—¿A quién, pues? —repuso Hitler, altanero.

Freud estuvo a punto de decir que a Franz Weilern, pero dudaba que realmente Franz pudiese hacerle daño. Además, no quería descubrirle. Tal vez fuera la última baza de la humanidad ante aquel genocida. O tal vez el Freud del sueño de Adolf no era el verdadero Freud sino una proyección de sus recuerdos: la imagen en sueños de la imagen en la retentiva de un demonio de la mente. Y ese demonio invertido como la imagen de un espejo, como no era real y habitaba en Hitler, no sabía que Franz planeaba matarle. Así que ambos Freud le respondieron cuidadosamente con la verdad para ocultar la otra verdad.

—A quien debes temer es a ti mismo, Adolf.

El cabo Hitler se despertó en una gran carpa con heridos postrados a su alrededor, los doctores cortando y cauterizando en medio de chillidos de agonía. Otra batalla, otro grupo de combatientes que había llegado en un estado lamentable, con los uniformes sucios de barro, escupiendo linfa mientras morían a centenares. Era un espectáculo terrible el de aquella catástrofe llamada la Gran Guerra. Pero nada en comparación con la futura segunda guerra que tendría lugar un cuarto de siglo más tarde.

Al día siguiente, declararon a Hitler fuera de peligro y le llevaron a una carpa más tranquila, con los afortunados que se estaban recuperando. Cuando por fin estuvo listo para volver al combate le trasladaron, en lugar de al regimiento List, a un batallón de reserva en Munich. Allí le esperaba una ciudad que no se parecía en nada a la de sus recuerdos.

—No reconozco este lugar —dijo en voz alta en la plaza del Odeón, donde una vez había chillado de alegría cuando anunciaron que estallaba la guerra contra Rusia y las potencias occidentales—. La gente tiene hambre, está descontenta y se siente miserable. Ya no creen en la victoria de nuestra Alianza y, cuando se ha perdido la moral, lo siguiente que se pierden son las batallas.

Al día siguiente escribió una carta al ahora capitán Wiedemann.

Tras una larga estancia en un hospital militar, me hallo en Munich con el batallón de reserva del 2º de infantería. Estoy de nuevo preparado para el servicio y, de hecho, nuestra unidad pronto será trasladada al frente. El capitán de mi compañía entiende mi deseo de combatir junto a mis antiguos camaradas. A través de él le mando esta petición para regresar al 16º regimiento de reserva.

Un par de semanas después recibió la orden de traslado. Hitler suspiró aliviado cuando supo que volvería al lugar que le correspondía, lejos de la depresión de una ciudad que se moría de derrotismo. Se sentía feliz.

Pero cuando llegó a Francia y pudo reunirse con sus Meldegänger descubrió que un vagabundo le había robado a su perro, su querido terrier Foxl. Se hallaba en el nuevo puesto de mando de los ordenanzas, que se había reconstruido tras la explosión de meses atrás. Sus compañeros le habían preparado una comida especial vegetariana celebrando su regreso. Pero Hitler arrojó los platos al suelo y se hincó de rodillas. Llevaba semanas soñando con volver a ver a Foxl. Aunque quería reencontrarse con sus camaradas, el perro era lo más importante para él y la razón principal por la que había pedido el traslado. La ira escarlata ascendió por su pecho hasta sus manos. Fue corriendo hasta la cercana ciudad de Mülhausen, buscando al vagabundo que había robado a su perro. Si lo hubiese encontrado le habría matado, le habría estrangulado como siempre soñaba con hacer cuando invadía la ira escarlata.

—Malditos vagabundos, desechos de la sociedad —gritaba, mientras caminaba como sonámbulo por la ciudad. Había olvidado que pocos años atrás él mismo había sido un vagabundo.

Al girar una calle se encontró cara a cara con Franz Weilern, que llevaba su rifle al hombro y le miraba con aquella mirada extraña y perdida que le caracterizaba. Franz hizo un gesto, como si fuese a descolgar su arma, pero antes de que pudiese completarlo Hitler se echó a llorar en sus brazos. Ni siquiera le habló de Foxl. Se sentía desolado y necesitaba un hombro en el que verter todas las lágrimas que no había vertido por sus compañeros muertos, por el regimiento literalmente aniquilado en la batalla del Somme. Acaso también lloraba por Munich, la ciudad derrotada, espejo de todas las ciudades alemanas, que sabían, como el propio Hitler, que la guerra estaba perdida.

Franz se quedó parado, sintiendo la presión del pecho de Hitler, que subía y bajaba entre sollozos. Se preguntó si aquel joven que lloraba era realmente el demonio de la cruz gamada de sus sueños. Se preguntó si debía matarle o al menos intentarlo de nuevo. ¿Y si estaba equivocado? ¿Y si mataba a un inocente, a un hombre extraño, tal vez algo perturbado, introvertido, pero no un genocida en potencia? ¿Y si no valía la pena seguir preguntándose? Tal vez lo que debiera hacer era sobrevivir a aquella maldita guerra para volver con su mujer y su hijo. Nada más.

Dominado por un súbito impulso, Franz Weilern abrazó a su amigo y lloraron los dos durante largo tiempo.

17.

Aunque en el bando alemán muchos no querían creerlo, lo que sospechaba Hitler era cierto: la guerra estaba llegando a su fin. Sin grandes derrotas, sin ceder demasiado terreno y combatiendo todavía en territorio enemigo, los ejércitos de la Triple Alianza se hallaban al borde del colapso. Los recursos combinados de los Estados Unidos (ahora también en guerra), el imperio británico, Francia y el resto de los aliados, superaban hasta tal punto los recursos de Alemania y Austria-Hungría que, sencillamente, era una cuestión de tiempo el que no pudiesen seguir abasteciendo sus ejércitos.

Y el tiempo se acababa.

Brandmayer vio una noche que el mensajero Hitler comía solo su ración de estofado sin carne y con muchas patatas. Con una mano así la cuchara con la que cogía el próximo bocado y con la otra espantaba a un grupo de ratas voraces que habían olido el estofado vegetariano.

—Sigues triste por la pérdida de Foxxl —comentó Brandmayer.

—Es la pérdida más grande de toda esta maldita guerra —le confesó Hitler, que alcanzó de un certero puñetazo a una rata en el hocico. El animal reculó un metro, pero quedó a la espera, olisqueando el estofado y esperando que quedase algún resto en el plato para más tarde.

Sin Foxxl, Hitler no tenía más compañía que las miles de ratas que infestaban las trincheras. Y no era precisamente una compañía agradable. Hitler recordaría a aquel pequeño terrier blanco el resto de sus días.

Al día siguiente, el sargento mayor Amman recibió la orden de encontrar un mensajero experimentado para mandar un despacho urgente a dos batallones en primera línea de combate. Eligió por supuesto al mejor, Adolf Hitler, y a su no tan inseparable amigo Franz Weiler. Volvían a ser pareja de baile en los saltos entre trincheras y, cada uno por su lado, llevaban las órdenes requeridas antes que cualquier otra pareja de mensajeros.

De esta forma, se iniciaron dos horas de trayecto entre un fuerte cañoneo enemigo. Los artilleros distinguieron a los dos ordenanzas y abrieron fuego de forma indiscriminada a su alrededor. Las bombas sacudían la tierra, salpicándoles de lodo, lanzando sobre ellos un granizo de piedras que rebotaba sobre sus cascos. Era una danza de fuego y de muerte, un huracán de escombros que, sin embargo, no pudo con ellos. Estaban acostumbrados a aquel tipo de situaciones.

—Me gustaría que terminase esta guerra —dijo Franz, después de que superaran un terraplén y se acercaran a menos de cien metros de su objetivo. En su loca carrera por caminos separados habían acabado por converger a la entrada de la trinchera. Sucedió relativamente a menudo porque en ocasiones una de las entradas era sencillamente impracticable; a menos, claro, que quisieses arriesgarte a llegar con los pies por delante.

Hitler miró a su amigo con extrañeza. Seguía siendo un fanático, pero había disminuido el ritmo de sus bravatas, el fervor de sus discursos patrióticos y comenzaba a aceptar que la mayor parte de sus camaradas estaban hartos de matar y de morir.

—La moral de la tropa está muy baja. Es normal que te sientas así. Pero al final venceremos. Ya lo verás —mintió.

Adolf dio una palmadita en la espalda de su amigo. Aquello era muy extraño porque odiaba el contacto físico, pero últimamente Hitler estaba cambiando, especialmente después de su crisis de llanto con Franz días atrás. Su relación con los soldados del 16º, la amistad con Foxxl, la camaradería de todo aquel tiempo... le estaban humanizando. Ya no era un tipo endiosado que vivía en un mundo aparte esperando el momento en que le reconociesen como el artista más grande de todos los tiempos. Era casi una persona normal. Estaba triste por la desaparición de su perro, sí, pero a veces intervenía en las conversaciones casuales de sus compañeros, ya no era tan engreído y distante. Tal vez el haber sido herido le había humanizado. Ya no se sentía inmortal. Solo era un hombre.

O tal vez es que proseguía la lucha entre el bien y el mal dentro del Hitler. El pecado de su padre, de Aloís, había renacido en Adolf. Al igual que Aloís se sintió seducido por el sueño de obrar con rectitud, su hijo repetía sus pasos. En esta historia de genes que determinan nuestras vidas y de eternos retornos, una vez más, un círculo se cerraba. Así como muchos jóvenes coquetean con el lado oscuro que habita en todos nosotros y luego regresan al redil, Adolf Hitler estaba coqueteando con la mejor parte de sí mismo antes de regresar al redil de la oscuridad. Soñaba con ser un buen ciudadano y hacía oídos sordos a Joseph G. Y a veces se creía su propia fantasía.

No parecía, a ojos de Franz, un genocida que fuese a destruir Europa entera, un demonio peor que todos aquellos demonios que habían conducido al mundo a la Primera Guerra Mundial. Aquella breve conversación sirvió para reafirmar a Franz en la idea de que su objetivo debía ser tan solo sobrevivir a aquella maldita matanza para volver junto a su familia en Viena.

Y aquel día, por lo menos, regresaron de una pieza a sus propias trincheras. Entregaron el mensaje del comandante Meyer (el nuevo líder del regimiento List) y el sargento Amman sonrió una vez más, satisfecho de sus mensajeros, los mejores de toda la división.

Para combatir en la batalla de Ypres, el regimiento fue enviado a la región de Alsacia, donde recibieron un entrenamiento intensivo de cuarenta días. Por primera vez combatían en una zona de habla alemana, ya que Alsacia había pertenecido al imperio germánico de Prusia hasta 1871. Por fin podían tratar con lugareños que no eran franceses ni belgas, e incluso las prostitutas hablaban alemán, lo que hizo que las bromas hacia Hitler aumentasen. Ya no podía escudarse en la excusa de que no quería cohabitar con «señoritas» francesas. Cuando salía el tema a colación abandonaba la estancia. Porque, lo cierto es que, fiel a su costumbre, nunca visitó un prostíbulo, por muy alemanas que fueran aquellas rameras.

—He estado hoy con una puta que habla un alemán con un acento berlinés maravilloso —le dijo Amman un día que fue a visitar a los Meldegänger—. Deberías conocerla.

Hitler bajó la cabeza y salió del puesto de mando de los ordenanzas, mientras murmuraba:

—Hoy tengo mucho trabajo. Estoy ocupado, señor.

Todos sabían de lo dura que era la vida de los mensajeros, que se jugaban el pellejo a cada minuto. Pero cuando no estaban en medio de una misión, lo cierto es que su día a día era muy ocioso. Aguardaban sentados en su cuarto jugando a las cartas, leyendo, esperando unas órdenes del sargento mayor o del capitán Wiedemann o del comandante Meyer. Hitler, por tanto, no estaba haciendo absolutamente nada en ese momento, no tenía ningún trabajo que hacer porque no se le había encomendado ninguna misión y estaba sentado holgazaneando como el resto de sus compañeros. Así pues, Amman repuso:

—¿Ocupado en qué, Adolf?

—Puede llegar una orden en cualquier momento —argumentó Hitler—. Hay que estar preparado.

—Por supuesto. Por supuesto —concedió Amman, guiñando un ojo a Brandmayer, que ya no pudo contener una carcajada.

El resto de mensajeros les acompañaron en la broma. Aunque a Adolf no le hizo ninguna gracia.

Poco tiempo después, Hitler recibió unos días de permiso. Coincidió con Franz y con Ernst Schmidt, por lo que decidieron salir juntos de viaje. Visitaron Bélgica y Alemania, enviaron postales a sus camaradas en la línea del frente y pasaron unos días de asueto lejos del fantasma de la guerra. Los mejores días los pasaron en Berlín. Allí la esposa de Franz y el pequeño Rolf vinieron a encontrarse con el cabo Weillern, mientras Schmidt y Hitler conocían la ciudad.

—¿Ya no tienes pesadillas? —le preguntó Eva, su esposa, a un demacrado e irreconocible Franz.

—No. Creo que el tema de los demonios de la mente se ha terminado. No tiene sentido seguir obsesionado con ese asunto.

Estaba mintiendo. El cabo Weillern seguía soñando con la bruma marrón que le quemaba y con la decisión que debería tomar el día que la enfrentase. En la humarada se encontraría con el demonio de la cruz gamada y tendría que elegir entre dos caminos. Uno era el correcto y el otro un colosal error. Pero, aunque seguía teniendo aquella pesadilla dos o tres veces por semana, aún no entendía qué simbolizaba aquella bruma marrón ni cuál de las opciones era la correcta.

El pequeño Rolf alargó los brazos para que su padre lo cogiese en volandas. Aquello le sacó de sus ensoñaciones. Corrieron por la calle dando giros y más giros en cada esquina. El niño no paraba de reír. Apenas hablaba, en su rostro siempre se dibujaba una risa torpe y un poco estúpida. Pero a Franz, que no le veía desde hacía mucho tiempo, le pareció la sonrisa más hermosa del universo.

Eva, Rolf y Franz Weillern nunca volverían a estar juntos.

18.

A mediados de julio de 1918, el general Ludendorf, comandante supremo de las fuerzas de la Triple Alianza, lanzó la última gran ofensiva de la guerra y la segunda en el valle del Marne. Allí se desangró lo que quedaba de la juventud alemana, y allí perecieron también los restos del 16º regimiento de reserva o regimiento List. Cuando el comandante Meyer vio que sus hombres caían a centenares ordenó redoblar el ataque. Las órdenes eran claras. Combatir hasta el último hombre. Matar y morir. Y ahora lo hacían, no solo contra ingleses y franceses. Los últimos llegados, los americanos, atacaban como punta de lanza del contraataque ordenado por el comandante aliado Ferdinand Foch.

Y llegó la derrota. Nadie sabía cómo había sucedido, pero el regimiento List se batía en retirada y Meyer recibía un informe tras otro de bajas, de compañías desaparecidas, de secciones destruidas, de hombres que no eran sino cadáveres sepultados en el barro. El 19 de julio, el regimiento recibió la orden de abandonar la primera línea en dirección al norte. Fue una suerte, porque a la mañana siguiente los franceses cargaron contra lo que creían que eran los últimos restos de un regimiento desmoralizado, encontrándose las trincheras rebosando de las tropas frescas que habían relevado al 16º.

A pesar de haberse retirado, el regimiento List siguió combatiendo de forma esporádica, intentando algunos contraataques con los restos de las fuerzas alemanas, recibiendo de nuevo gran cantidad de bajas. La situación era desesperada, los refuerzos no llegaban y la segunda batalla del Marne fue un completo desastre.

Las bajas fueron tan espantosas que hasta los ordenanzas llegaron a participar en combates cuerpo a cuerpo, olvidando por una vez sus misiones como mensajeros.

En el puente de Montdidier, Hitler, Weilerin y el resto de Meldegänger se encontraron con un grupo numeroso de franceses que avanzaba. No podían retroceder porque a su espalda un intenso fuego artillero estaba barriendo el llano. Hitler tomó una decisión:

—¡Al ataque!

Y de un salto se precipitó al puente mientras gritaba que le iba a sacar los ojos a los franceses personalmente. El resto de mensajeros le siguieron gritando consignas parecidas, entregados a aquel extraño ritual de muerte al que no estaban acostumbrados. Una vez más, la proverbial suerte de Hitler hizo su aparición. Se trataba de una tropa bisonía que había perdido a su sargento minutos antes y aún no se había recuperado del shock. Vagaban desconcertados cuando vieron acercarse a un tipo bigotudo chillando cosas incomprensibles, disparando con su pistola y seguido por otro grupo de hombres embarrados que cargaban en tropel por los lados del puente.

Veinte franceses se rindieron a siete mensajeros que solo llevaban pistolas. Wiedemann y el comandante Meyer recomendaron a Hitler para la Cruz de hierro de primera clase. Además, el propio comandante le había prometido días atrás a Hitler proponerle para tan alto honor ante sus superiores si entregaba en menos de una hora un despacho importante. Esta acción, más la detención de los franceses, le valdría a Adolf una de las condecoraciones más apreciadas por un soldado alemán.

En los años venideros, muchos historiadores rechazarían esta versión de los hechos. Porque con Hitler siempre ha existido el temor de reconocerle cualquier mérito. Nadie pone en duda que fue un genocida, el más grande de los demonios de la mente como se viene explicando en estas novelas, pero no por eso hay que desvirtuar cualquier acto notable que realizase en vida. Por ejemplo, los historiadores afirman que era un pintor mediocre cuando era más que aceptable (que no excelente). Por ejemplo, esos mismos historiadores niegan la versión anterior de las razones por las que Hitler ganó la Cruz de hierro de primera clase, a pesar de concordar con el espíritu de los libros autobiográficos de Mend, Brandmayer y Westenkirchner, a los que acusan de hacer propaganda nazi, porque dibujan a Hitler como un valiente y no solo como un fanático. Esos mismos historiadores no ponen en duda otros aspectos de sus relatos, solo los que ensalzan de forma puntual al cabo Hitler. Y han hilado fino buscando contradicciones en el relato de Mend (que es el más detallado y hagiográfico al respecto), pero solo han buscado contradicciones en la historia del puente de Montdidier y en el acto que le valdría la Cruz de hierro a Hitler.

Por el contrario, creen que Hitler recibió la condecoración por hacer de mensajero como hacían el resto de sus compañeros, porque su comandante se la prometió, sin ningún mérito especial ni acto de valentía. Eso les parece mucho más coherente.

Sea como fuere, la noche en que prendieron de su solapa la Cruz de hierro de primera clase, Hitler escribió de nuevo a la familia Popp:

«Soy el hombre más feliz de la tierra».

Sin embargo, no se sentía completamente feliz. No le habían ascendido desde que años atrás le nombraran cabo. Lo cierto es que sus jefes creían que era un soldado valeroso, pero que no tenía dotes de mando porque caía mal a la tropa. Esta le respetaba como a un igual, pero nunca aceptarían que alguien como Hitler les diese órdenes directas. Por ello, un simple cabo consiguió una de las máximas condecoraciones del ejército alemán, pero no un ascenso, y continuó siendo cabo hasta el fin de la guerra.

—Hoy ha sido un gran día —le dijo Franz a su amigo, que estaba sentado en el puesto de mando de los ordenanzas mirando su segunda Cruz de hierro. Ahora tenía una de segunda clase y otra de primera clase, uno de los pocos que podían presumir de algo semejante en el regimiento.

—Sí —coincidió Hitler—. Un gran día. Pero vamos a perder la guerra.

Franz también lo creía. Las posibilidades de la Alianza eran prácticamente nulas. Pronto entrarían en el quinto año de la guerra y los recursos estaban prácticamente agotados, así como el espíritu de lucha de las tropas. Los últimos fanáticos como Hitler o habían muerto en combate o habían dejado de ser fanáticos. Unos pocos meses atrás, buena parte de la tropa creía aún en la victoria, pero aquel último y gigantesco fracaso en el Marne lo había cambiado todo. Luddendorf dijo de aquella ofensiva que había sido «el día más negro de la historia de Alemania».

—¿Qué vamos a hacer cuando termine todo esto? —le preguntó Hitler a Weilerin.

—Seguir con nuestras vidas.

—Pero tú tienes una vida. Mujer y un hijo. Yo no tengo nada. Igual que antes de que comenzase todo esto.

—Eres un buen hombre. Lo eres, sí —Franz insistió en aquel punto como si hubiese alguna duda al respecto, o como si quisiese oírlo en voz alta para creerlo él también—. Sé que encontrarás tu camino.

En ese momento llegó a la carrera el sargento Amman.

—Hay que mandar un mensaje urgente a las tropas que defienden el sector de La Montagne.

—Nosotros fuimos en el último envío y ahora nos toca un descanso —arguyó Weilerin, señalando a Schmidt y Westenkirchner.

—Necesito a los mejores. Es un mensaje personal del comandante. Órdenes de mando de alta prioridad.

Así que Adolf y Franz se prepararon para otro de sus viajes, llevando cada uno una copia del mensaje. Salieron a la carrera justo a la caída del sol. El mejor momento para las carreras de un mensajero era precisamente aquel, cuando el sol se marchaba y todo eran sombras esquivas. Por el día los peligros eran inmensos porque los Meldegänger eran más visibles, y por la noche todo estaba tan callado que cualquier sonido o reflejo podía delatarte. Adolf dijo:

—Estamos de suerte, camarada.

Pero se equivocaba. En aquel momento los ingleses estaban preparando un ataque con gas nervioso sobre el sector de La Montagne. En realidad, a Adolf Hitler y a Franz Weilerin se les había terminado la suerte.

De forma definitiva.

19.

Fue en los altos del sur de Wervick donde se rompió el hilo de las parcas.

Tanto Hitler como Weilern habían alcanzado su destino en la colina de la Montagne. Hacía mucho frío y la humedad era terrible. Los soldados de la 4ª compañía estaban descendiendo con velas hacia sus refugios dentro de las trincheras. Otros revisaban las ametralladoras y a punto estuvieron de disparar a los Meldegänger cuando aparecieron en medio de las sombras. Hitler se preguntó qué habría sucedido si les hubiesen matado, si hubiesen acabado sus días, como tantos otros, colgando de una alambrada, agujereados como un maldito queso de Gruyère.

Pero las parcas tenían unos planes más sutiles para sus criaturas en aquella trágica jornada.

—Un mensaje personal del comandante Meyer —ladró Hitler cuadrándose delante de un sargento al que no reconoció.

Morían tantos oficiales como soldados, y aunque formasen parte del mismo regimiento, a menudo no sabía con quién estaba hablando.

En ese momento llegó Weilern con la copia del mensaje y ambas fueron entregadas al sargento. Tras las pertinentes felicitaciones y de compartir unas risas (y un poco de licor) con los muchachos de la compañía, los mensajeros decidieron regresar a su propia trinchera. De pronto, se hizo el silencio; un silencio ominoso que los veteranos conocían bien. Las aves habían callado. Los perros y los gatos se habían escondido. Algo terrible estaba a punto de suceder.

Comprobaron que estaban en lo cierto cuando una nube marrón claro se elevó en el horizonte, arrastrando efluvios de ajo y de cebollas podridas.

—¡Gas mostaza! —gritó un soldado.

La mostaza de azufre o mostaza sulfurada, más conocida como gas mostaza, fue el peor enemigo de los soldados durante la Gran Guerra. Un arma indecente, que utilizaron de forma indiscriminada ambos bandos para crear el terror en el enemigo más que con fines tácticos, ya que no ayudó a ganar ninguna batalla. Solo fue un agente de destrucción, una forma de tortura y de degradación de los seres humanos enfrentados en aquella contienda.

Adolf Hitler ya la había contemplado muchas veces alzándose en la lejanía, cabalgando con el viento camino de algún grupo de desgraciados sin suerte. En una ocasión escapó de ella por los pelos, milagrosamente. Pero aquella vez le tocó a él sufrir las consecuencias de aquel obscuro ataque. Porque el arma química les dio de lleno. La piel comenzó a quemarle como si estuviese ardiendo en llamas, no podía respirar, tampoco ver, y un hedor sofocante le quemaba desde el interior de la nariz y la garganta.

—¡Vamos, vamos! —gritó una voz de mando. Tal vez el sargento al que habían entregado los informes.

Pero no sabían hacia donde debían avanzar. Eran un puñado de invidentes sin rumbo. El gas mostaza les había dejado ciegos y algunos hombres sollozaban, convencidos de que estaban a punto de morir. Adolf vomitó y estuvo a punto de perder el conocimiento.

Una fuerza interior le impulsó a levantarse y ponerse en marcha, gateando lejos de la nube tóxica. En su rostro se estaban formando ampollas, y una parte de su mejilla derecha se desprendió, como si fuese una máscara de carnaval.

—Adolf, por aquí, amigo. ¡Por aquí!

Era la voz de Franz Weilern, que le guiaba entre la humareda mortal. Franz se daba cuenta de que estaba en su sueño, luchando contra las miasmas del infierno que había visto tantas veces en sus pesadillas. Ahora debía tomar una decisión. Matar o sobrevivir. Aquella decisión marcaría su vida. Pero al igual que Freud no podía dejar de ser Freud y Hitler no podía dejar de ser Hitler, Franz Weilern no pudo dejar de ser él mismo. Aunque lo había intentado, no era un asesino ni un paladín de la justicia ni el salvador de la humanidad. Solo era un padre de familia perdido en una guerra en la que nunca quiso luchar.

Así que decidió ser una buena persona. Lo que siempre había sido. Que el destino lo juzgase por su valentía y también por su cobardía.

—¡Adolf, sigue el sonido de mi voz! ¡No te desmayes!

Mientras Franz batallaba contra sus propias pesadillas y demonios interiores, los dos amigos quedaron aislados del grupo y el cabo Weilern literalmente arrastró a Hitler lejos del mismo vórtice de la nube tóxica.

De pronto, Adolf se encontró rodeado de un grupo de soldados que tosían y aullaban de dolor. Torpemente, palpándose en la oscuridad, se cogieron de las manos y echaron andar en fila india como unos críos pequeños. El sargento veía todavía parcialmente y, como si fuera un maestro conduciendo a un grupo de niños de guardería, llevó a

sus hombres lejos de la nube mortal hacia el refugio interior de las trincheras.

Cuando llegaron los sanitarios, Hitler vociferaba y lanzaba espumarajos por la boca, completamente fuera de sí.

—¿Dónde está mi compañero? ¿Dónde está Franz Weiler?

Encontraron el cadáver de Franz a la entrada del refugio de la trinchera. Era el único del grupo que no había conseguido salvarse. Gastó todas sus fuerzas en salvar a Hitler y, en el último momento, le faltaron para alcanzar al grupo de soldados que, cogidos de la mano, sobrevivieron al ataque químico. Su destino no era acabar con los demonios de la mente, ni siquiera enfrentarlos. Tal vez le había mantenido con vida su lucha interior contra Hitler. Cuando se cansó de aquella lucha, el delgado hilo que le unía a la suerte providencial de Adolf se quebró. Las parcas lo cortaron inmisericordes. Le juzgaron y le condenaron por no atreverse a destruir al demonio de la cruz gamada. Como en sus sueños. Y la muerte le alcanzó antes de tiempo, como a casi diez millones de soldados durante aquella contienda criminal.

Adolf fue trasladado al hospital militar de Pasewalk donde permaneció cuatro semanas completamente ciego, aterrorizado ante la posibilidad de que fuese algo definitivo, de convertirse en una carga para el estado, en uno de esos hombres que pedía limosna en las esquinas. Veteranos que ni siquiera podían pintar un cuadro para ganarse unos pocos kellers o un par de coronas. El tipo de persona que vivía en el asilo vienes donde Hitler ya había estado una vez al principio de su vida de vagabundo. Se había prometido no regresar jamás y la sola idea de romper aquella promesa le provocaba taquicardias.

La muerte de Franz le había afectado también de forma especial: repetía su nombre en susurros cuando no estaba demasiado aterrorizado por su falta de visión y el terrible futuro que le aguardaba.

El fanático se había quebrado. No había podido resistir más los desastres de la guerra. No era un superhombre, no era el mejor de los soldados del segundo Reich. Era solo un hombre más, un hombre que no pudo con el que fuera, hasta el momento, el peor conflicto bélico de la historia.

No volvería al frente de batalla. De los hombres que inicialmente se alistaron en el regimiento List solo regresarían dos de cada tres, muchos de ellos heridos; el otro tercio murió en el campo de batalla. Del grupo de ocho mensajeros o Meldegänger solo morirían Bachman y Weiler durante la guerra. El resto fueron heridos varias veces, pero todos sobrevivieron. Los mensajeros eran, probablemente, de los que sufrían más heridas en combate, pero la mayoría eran a distancia, esquivas de bombas, balas perdidas, caídas, fracturas y un largo etcétera de contusiones y laceraciones varias. Pero rara vez luchaban cuerpo a cuerpo y el ratio de mortandad era menor que el de un infante de primera línea. Tal vez aquello fue un signo más de la suerte inveterada de Hitler. Tuvo la oportunidad de recibir varias condecoraciones y de sufrir varias heridas con las que pudo demostrar su valor en batalla, pero en pocas ocasiones estuvo realmente en riesgo su vida. Se salvó de muchos disparos de los francotiradores, es verdad, pero la muerte no le rondó demasiado. Era como si los dioses, o tal vez los demonios, le protegiesen.

Pero de lo que no le habían protegido era de quedarse ciego, pensaba, aterrorizado.

El doctor Edmund Foster le diagnosticó psicopatía histérica. Era el segundo médico después del doctor Freud que pensaba que Adolf Hitler no estaba en sus cabales. El doctor Foster sabía que la ceguera de Hitler debería haber pasado después del segundo o tercer día, como con el resto de los afectados por el gas mostaza. Porque el gas nervioso no provocaba daños oculares permanentes.

La ceguera actual era psicosomática, debido a lo que los especialistas llamaban entonces “histeria de guerra” y que años más tarde sería conocida como trastorno por estrés postraumático.

—Confía en mí —le dijo Edmund mientras ponía delante de él un péndulo y lo hacía girar lentamente.

Al principio, el doctor Foster se limitó a dar sugerencias hipnóticas de relajación para rebajar la ansiedad de Hitler, pero poco a poco la cosa fue a más. Edmund era jefe de la sección de Neurología de la Universidad de Berlín. Quería probar el poder de la hipnosis en la recuperación de las mentes quebrantadas por la guerra como estaba haciendo W. H. Rivers con los pacientes de los hospitales ingleses, o Southard y Fenton, que hablaban de curas milagrosas de pacientes tratados con terapia hipnótica. Pero las libertades que se tomaba el doctor Foster en el tratamiento de Adolf Hitler eran consideradas excesivas por sus colegas. Le hablaba de superar su pena con la fuerza de voluntad, de convertirse en un hombre importante, en un líder para su pueblo o en un gran artista. Cumplir sus sueños.

El doctor había comenzado con él una terapia de hipnotismo experimental. Pensaba que la hipnosis no solo podía curar, sino que podía programar a un hombre para devenir una forma mejorada de sí mismo. Alguien condenado a ser un simple oficinista en un banco, conseguiría ser director. Alguien como Hitler, ¿en qué podría convertirse bajo el influjo de aquel tratamiento hipnótico desquiciado?

Nunca se sabrá exactamente qué daño causó Foster en la mente de Hitler. Solo se sabe que el Führer en persona ordenó destruir todos los documentos y cualquier evidencia del tratamiento que había seguido en Pasewalk tan pronto subió al poder en 1933. Queda a juicio del lector la causa de tal decisión, si quería ocultar que le habían considerado temporalmente perturbado o lo hizo por alguna otra razón.

El caso es que finalmente el hospital prohibió el tratamiento experimental del doctor Foster, que puso el grito en el cielo. Adujo, para empezar, que el paciente había mejorado. Incluso había recuperado la vista. Pero la dirección no le hizo caso. No podría volver a hipnotizar a ningún paciente en Pasewalk.

Curiosamente, Hitler recuperó la vista justo el día del armisticio. Los pacientes supieron la noticia por el pastor que venía a darles consejo espiritual todas las mañanas.

—Alemania ha pedido el armisticio —dijo el hombre de Dios, bajando la cabeza con vergüenza—. El Káiser ha abdicado y se acaba de proclamar una república en Alemania.

Era el fin de todo aquello en lo que había creído el joven Adolf. Estaba tan airado que lanzó un grito y perdió durante unos segundos el conocimiento. Se incorporó y caminó zigzagueante hasta su litera, donde se echó a llorar. Durante varios días tuvo extrañas alucinaciones y ello hizo que el doctor Foster pidiera a la dirección proseguir con su

tratamiento hipnótico. Pero se lo denegaron de nuevo.

Unas semanas después, Edmund Foster declaró a Hitler inútil para el servicio militar y le dio el alta. Fue transferido primero a una unidad de retaguardia y luego a un campo de prisioneros en Traustein. Allí coincidió con su amigo Ernst Schmidt, otro de los Meldegänger supervivientes. Pero fue un destino corto y Hitler regresó a su nueva unidad en Munich, el 2º regimiento de infantería.

Alemania había sido derrotada. Los marxistas y los judíos estaban en el poder. El imperio austrohúngaro se estaba desmoronando y pronto surgirían de sus cenizas varios estados independientes. Hitler sufría neurosis de guerra y tenía la sensación que el mundo se estaba derrumbando su alrededor.

Durante mucho tiempo, se había alejado de los demonios y del mal que hervía en su interior. Mientras tuvo camaradas, una patria y una familia ficticia (los Popp) o un lugar al que llamar su casa, aunque fuese en medio de las trincheras... mientras fue un hombre normal con una vida normal, Joseph G. y sus amigos no pudieron tocarle. Tal vez por eso Franz Weiler no le mató. Percibió que aquel tipo no era un genocida, que no era un monstruo, que no podía serlo. Solo era un hombre perdido en medio de la guerra, como tantos otros. Pero ahora que todo cuanto amaba desaparecía, el otro Hitler, el demonio de la cruz gamada que ocultaban sus genes, podía salir a la luz en cualquier momento.

Solo necesitaba un empujón para abandonar la senda de la normalidad y torcer hacia la senda del mal.

Y no uno, sino tres empujones estaban a punto de alejarle para siempre del camino trillado. En cuestión de unos meses, el Adolf Hitler que ha pasado a la historia pondría la primera piedra de su infame trayectoria hacia el abismo.

TERCERA PARTE

ENTELEQUIA

*No es el proletario
quien ha llegado a ser señor,
sino que el judío tomó el lugar
de los reyes que iban cayendo.
Hoy ya hace más de cien años
que los judíos están trabajando
en la desintegración de los estados europeos.*

*(**Adolf Hitler**, Discurso «Derrotaremos a los enemigos de Alemania»)*

20.

Un solo instante puede cambiar el destino del mundo. Un solo instante puede poner la semilla de una siembra emponzoñada de cien millones de muertos.

Aquella semilla se fraguó en un instante ternario lleno de potencialidades que devinieron acto y devinieron entelequia. Ese instante triple marcaría el porvenir del planeta en el siguiente cuarto de siglo.

Proto-instante primero:

Una muchacha hermosa que espera en la consulta de un médico.

Morena, delgada, de unos veinte años. Está retocando su maquillaje y piensa en el futuro que le espera como corista. Ha venido a Munich desde un pequeño pueblo cerca de Salzburgo pensando en convertirse en artista. Tal vez en la incipiente industria del cine. Tiene muchos sueños y ha cometido algunos errores. Pero está segura que la intensidad de sus sueños podrá derrotar cualquier error que haya cometido.

Proto-instante segundo:

Un hombre contempla a un grupo de personas sentadas alrededor de un espacio vacío, formando un círculo.

Las sillas están encaradas de tal manera que todos se miran entre sí. Se trata de una terapia de grupo y el observador, un famoso psicoanalista, está a punto de penetrar en la estancia. Hay cierta expectación entre los allí reunidos porque el psicoanalista es uno de los hombres más célebres del mundo. Se hace el silencio cuando lo ven en el dintel de la puerta, listo para que el siguiente engranaje del destino se ponga en marcha.

Proto-instante tercero:

Terminada la guerra, Adolf Hitler lleva nueve meses en el seno del ejército alemán viendo cómo su país se resquebraja.

La República ha fracasado. Se han desencadenado motines, huelgas generales, una rebelión en Baviera, asesinatos y traiciones entre hermanos. El país ha estado al borde de una guerra civil. Ha corrido la sangre y la posibilidad de una revolución bolchevique, como la que ha tenido lugar en Rusia, llena de terror a muchas gentes de derecha y en particular a miembros destacados del ejército.

Alemania no solo ha perdido la guerra mundial, ha perdido el rumbo y está al borde de la destrucción, como le ha sucedido al imperio austrohúngaro, que se ha dividido en seis estados diferentes: Los polacos de Galitzia son ahora parte de Polonia; Austria, Checoslovaquia, Rumania y Hungría son naciones independientes; y el resto de comunidades del imperio se han unido en un nuevo país llamado Yugoslavia.

El gran estado en el que nació Adolf hace treinta años ya no existe.

Pero en medio de aquel caos, el cabo Hitler ha tenido suerte. Gracias a su habilidad para dar discursos y enardecer a la tropa, ha sido elegido representante de su batallón o vertrauensmann. Más tarde se ha convertido en uno de los chivatos que ha delatado a compañeros con pensamientos de izquierdas. Aunque el bolchevismo ha perdido la guerra en Alemania, sigue teniendo muchos seguidores incluso en el seno del ejército.

Finalmente, los mandos han sabido valorar sus cualidades: su fanatismo, su pasión por la patria y su odio hacia los bolcheviques y los revolucionarios. Le han escogido para formar parte de una unidad especial formada por veintiséis instructores o bildunsofizier que, tras varios cursos de entrenamiento, han sido enviados a diferentes acuartelamientos para eliminar cualquier sentimiento pro bolchevique, pro ruso o de izquierdas, e inculcar a los reclutas sentimientos nacionalistas alemanes y de derechas. No se puede permitir una guerra civil en Alemania ni más enfrentamientos en el ejército. Hitler y el resto de sus compañeros deben sembrar un justo nacionalismo de derechas a sus camaradas.

El cabo Hitler se sube a una tarima para dar su primer discurso. Todos le observan y entonces el instante ternario, ese triple instante que cambiará el destino del mundo, estalla en un arco iris de posibilidades.

Estamos a 19 de julio de 1919. Son las tres de la tarde y el porvenir de toda Europa se concentra en este instante que son tres instantes.

Instante primero:

La muchacha hace unos días que se encuentra mal. Tiene náuseas y una pequeña herida cerca de la entrepierna, al final del triángulo del pubis. Nada grave, pero como ha cometido «esos errores» (como ella los llama) tiene miedo de haber contraído una enfermedad venérea.

Durante la guerra mundial se quedó sin dinero y ha tenido que prostituirse para llegar a fin de mes en un par de ocasiones. Cinco como mucho. Munich es una ciudad cara y aunque ha acudido a muchas audiciones, no ha conseguido ningún papel todavía. Se ha visto obligada a hacer cosas que nunca pensó que se atrevería a hacer.

Pero las hizo y ahora toca asumir las consecuencias.

Mientras el doctor se sienta delante de ella con cara de pocos amigos, la muchacha recuerda a su último cliente, un hombre que nunca había tenido relaciones sexuales a pesar de haber cumplido ya treinta años. De hecho, le había comentado que siempre había tenido problemas para intimar con las mujeres y que había decidido que, pasada la treintena, no quería esperar más para dar ese paso. La había observado con cuidado y sabía que era una muchacha limpia, de buena familia, nacida no muy lejos de la ciudad donde él se había criado. También sabía que no era una prostituta habitual, que apenas había tenido clientes. Esperaba el joven Adolf Hitler, que así se llamaba el soldado que, a través de aquellas primeras experiencias íntimas con ella, comenzase a ganar confianza con el sexo femenino. A ella le había hecho gracia la ruda sinceridad y al mismo tiempo la timidez de aquel muchacho. Ni siquiera le había cobrado la primera vez, y le había hecho una rebaja la segunda y la tercera. Si no fuese porque soñaba con ser la novia de un director como Ernst Lubitsch para lanzar su carrera, no le hubiese importado salir con aquel hombre tan galante, aunque lo fuera de una forma oscura y un poco patética.

La muchacha levanta la vista y los recuerdos se desvanecen. La mirada del doctor es la de un hombre que tiene que dar una mala noticia y no sabe cómo encarar el problema. Por desgracia, decide ser directo:

—Tiene usted sífilis, señorita. Créame que lo siento.

—Pero, pero... si apenas he tenido relaciones con unos pocos hombres y...

—Uno solo, si estaba ya enfermo, ha podido contagiarla. Se trata de una enfermedad grave pero no siempre mortal. Tenga fe, señorita.

—Y entonces, la llaga de mi entrepierna es...

—Un chancro, una pequeña úlcera. La primera fase de la sífilis.

La muchacha se tapa la boca con una mano enguantada y rompe a llorar. Ella esperaba, en el peor de los casos, oír la palabra gonorrea. Pero la sífilis es un mal terrible, el Sida de principios del siglo XX, la peor de las noticias imaginables.

Su carrera como artista ha llegado a su fin.

Mientras solloza, no tiene en cuenta un efecto colateral de aquel suceso. Y ese efecto colateral se llama Adolf Hitler.

Instante segundo:

Sigmund Freud acaba de regresar de un congreso en la academia húngara de ciencias en el que han participado una cincuentena de psicoanalistas.

El tema principal han sido las neurosis de guerra, un tema de moda después de acabada la contienda, pues esta ha destruido tantas mentes como vidas. Los seguidores de Freud han tratado a muchos hombres como Hitler con terrores, enfermedades psicosomáticas, alucinaciones y todo tipo de efectos secundarios.

La mente es un lugar todavía inexplorado.

Pero, aunque Freud sigue todavía investigando las neurosis de guerra, la reunión que ha organizado en su consulta no tiene nada que ver con aquel asunto. A su alrededor hay seis personas que ha reunido tras mandar cartas a varios hospitales psiquiátricos, a algunos de sus colegas más íntimos, y a otros que no lo son tanto. Incluso ha pedido favores a colegas a los que detesta. Pero debía encontrar a todos los individuos que le fuera posible. Buscaba un patrón específico y media docena de personas se han ajustado a ese patrón. Y lo cierto es que no esperaba encontrarlas. No a tantas. De alguna manera, aquel asunto le aterra tanto como le fascina.

Al principio, los pacientes no quieren hablar. Han reconocido a Freud y saben que él también es uno de los seres que les persiguen: un demonio de la mente. Ciertamente se trata de un demonio bondadoso, aunque algo entrometido, como el original. Pero es la primera vez que ven a un demonio en su forma terrenal. No saben cómo reaccionar. Ni siquiera saben si Freud es consciente de su condición.

—Los demonios de la mente están en todas partes —dice por fin el primer paciente, una mujer anciana que se frota las manos de una forma obsesiva y en ocasiones se arranca mechones de pelo.

—He hablado muchas veces con uno que se llama Joseph G. —afirma el segundo paciente—. Pero se marchó hace tiempo y me ha dejado muy solo. Sin su ayuda no comprendo muy bien esta nueva Alemania que ha surgido tras la guerra.

—Hay demonios peores que los otros. Uno en particular al que los mismos demonios temen —dice un tercero, lanzando un grito tras acabar su exposición y ocultando su rostro entre las manos.

—Sí, sí. Yo también he oído ese rumor. Mis demonios quieren esconderse porque temen al que está por venir. Provocará una guerra peor que la que hemos vivido. Y conquistará Europa, Asia, África y finalmente el continente americano. ¡Lo he visto!

—El demonio de la cruz, el demonio de la cruz de los cuatro brazos —dice el quinto, pero antes de que el sexto pueda añadir que él también ha visto el reflejo lejano del demonio de la cruz, todos comienzan a parlotear a la vez, acerca del miedo que tienen sus propios demonios de ese ser terrible que va a fagocitarlos a todos.

Sigmund Freud bate palmas dos veces para llamar la atención de los pacientes. Tiene que volver a batir palmas una tercera vez para que se callen. Inspira hondo. Aquel asunto le da muy mala espina y preferiría seguir estudiando las neurosis de guerra. Pero a pesar de que está traspasando los límites convencionales de su disciplina, quiere encarar la sesión de una forma profesional, valiéndose de un método científico. Lo primero es lo primero. Tiene que descubrir la verdad, tiene que hallar la raíz del problema para poder solucionarlo.

—Uno por uno —dice el sabio—. Háblenme de ese demonio de la cruz de los cuatro brazos. Lo llamaremos demonio de la cruz gamada, si les parece.

Todos están de acuerdo. Freud les pasa los dibujos que hizo Franz Weiler y les explica lo que es una esvástica.

Y entonces el primer paciente comienza a explicar lo que sabe del joven pintor que se convertirá en un genocida, y de los demonios de ese porvenir de pesadilla que está a la vuelta de la esquina.

Instante tercero:

En el campo del ejército en Lechfeld, Hitler va a hacer su primer discurso.

Su audiencia está formada por trescientos cincuenta prisioneros de guerra alemanes que acaban de regresar de su internamiento en Rusia. Están desmoralizados, agotados, hambrientos y, entre ellos, hay infiltrados agitadores comunistas. Son demasiados obstáculos para el mensaje de Hitler y nadie le escucha. Su discurso es un fracaso. A pesar de su fanatismo, de su elocuencia, de la forma en que mueve los brazos y defiende la necesidad de acabar con los separatistas y los rojos, los hombres le ignoran e incluso se oyen algunos silbidos. Aquellos malditos derrotistas no quieren saber nada de la grandeza de la raza alemana, piensa Adolf, no quieren escuchar consignas sobre la patria, ni reflexiones sobre las necesarias políticas de derechas que van a levantar el país. Y todavía les interesa menos que un simple cabo critique el bolchevismo, porque varios de ellos (no solo los infiltrados) son en secreto bolcheviques o al menos simpatizantes de izquierda.

Hitler sabe que aquel trabajo es una gran oportunidad. Muchos soldados están siendo desmovilizados. Los han tirado como a colillas en las aceras de las grandes ciudades sin una moneda en el bolsillo, condenados a convertirse en indigentes. Se avecinan malos tiempos, aún peores que los vividos antes y durante la Gran Guerra. Aquel trabajo como instructor no puede dejarlo pasar, no puede fracasar o acabará en el arroyo. Es fundamental que venza las reticencias de aquella turba de ignorantes.

Se da cuenta de que debe encontrar la manera de conectar con los soldados. A pesar de su forma emotiva y temperamental de dar su discurso, no podrá empatizar con la tropa a menos que encuentre algo que tengan en común, algo que amen o algo que odien tanto él como instructor como su audiencia.

Y entonces improvisa. La improvisación será también una de las características de Hitler a partir de ese momento y hasta la caída del Tercer Reich. Cuando está sobre el filo de la navaja, se le ocurren las mejores ideas. Y aquel es un momento ideal para el populismo, para tocar un tema en que todos los alemanes, sean de derechas o de izquierdas, están de acuerdo. Rompe el discurso que traía preparado y dice la primera frase de su improvisación:

—Todos los judíos merecen la horca. Son los culpables de la guerra y de todas las desgracias que le han pasado a nuestra gran nación.

Su audiencia deja de silbar. Algunos ojos se abren como platos y se oyen susurros de «sí, esos malditos judíos». Ya tiene la atención de la turba. Si es hábil y la mantiene bastante tiempo se meterá a aquellos veteranos en el bolsillo. Entonces, sus jefes comprenderán que es un gran orador, que puede arrastrar a las masas desmoralizadas, y que tienen que seguir contratándole.

—Los judíos son hoy en día el mayor problema de nuestra patria, porque nos quitan los puestos de trabajo —prosigue—. Tareas que podrían realizar buenos y racialmente dignos alemanes las llevan a cabo esos malditos tipos de nariz ganchuda. Nuestros camaradas desmovilizados, en lugar de morir de hambre en las calles, podrían estar trabajando y ganándose el pan. Pero los judíos tienen otros planes, son unas alimañas malévolas y traidoras; hasta que el Reich no se libere de ellas no estaremos a salvo.

Dominado por un impulso, baja las manos y simula la estrangulación de un judío. Tiene los ojos en blanco, sintiendo a la ira escarlata en la punta de sus dedos, gobernando todo su ser.

De súbito, un grupo de soldados al fondo se alza y comienza aplaudir. En un efecto dominó, el resto de la audiencia le aplaude pocos segundos después.

El instante ternario ha tenido lugar.

1-Una muchacha ha contraído la sífilis y ha infectado a Adolf Hitler.

2-Sigmund Freud ha descubierto que los demonios de la mente son reales y su relación con Adolf y con esos mismos demonios será decisiva en los años venideros.

3-Adolf se ha convertido en un agitador, en un propagandista, en un antisemita.

Hasta el momento, aquel hombre era una bomba de relojería ambulante que había sido diseñada por el destino para explotar en cierto día y a cierta hora señalada. Unos genes terribles forjados por antepasados dementes y psicópatas; una vida de sufrimiento auto infligido, de misantropía, de odio racial; experiencias traumáticas en la guerra; un doctor estúpido que le trata con hipnosis y le vuelve todavía más egocéntrico y endiosado...

Toda su vida anterior ha convergido en un instante ternario, en un solo segundo del 19 de julio de 1919.

Adolf ya no volverá a bascular entre el bien y el mal. Uno de los lados ha vencido.

El Hitler que todos conocemos acaba de nacer.

Ya solo te queda un libro de la saga de El Joven Hitler

El más violento de todos

El mejor a juicio de su autor

Los años del ascenso al poder de Adolf
vistos desde la mente del asesino en serie
más brutal y prolífico de la época

EL JOVEN HITLER 4

Hitler y el nacimiento del partido nazi

Nota del autor

Licencias literarias

En el cuarto libro de la saga, HITLER Y EL NACIMIENTO PARTIDO NAZI (1919-1923) encontrareis al finalizar un pequeña nota histórica explicando las licencias de cada novela, el porqué de la aparición de tal o cual personaje, y será resuelta cualquier duda general que podáis tener sobre la saga.

De forma más pormenorizada explico cada licencia la historia de Hitler en el ensayo 100 COSAS QUE NO SABÍAS SOBRE HITLER Y EL TERCER REICH, también disponible en formato digital. Además, el libro incluye una extensa galería fotográfica de Hitler y su entorno desde antes de su nacimiento hasta que cumple 34 años.

Esta saga que ahora estás leyendo, la de EL JOVEN HITLER, sirve de antesala a la historia novelada de la segunda guerra mundial, que también estoy escribiendo, y está protagonizada tanto por Hitler como por un oficial alemán llamado Otto Weillern. Por ello, la familia Weillern aparecerá brevemente durante esta saga previa, para introducir sucesos posteriores en la vida de estos personajes.

Eso sí, hay una cosa que muchos lectores de novela histórica no tienen en cuenta y es fundamental. No importa el detalle sino el fondo de la cuestión. Hace años me leí una novela histórica situada en el antiguo Egipto en que los trajes, las descripciones y los monumentos eran exactos históricamente. Eso sí, había un asesinato y, al final, el asesino oculto entre las sombras era el faraón en persona. Es decir, alguien que era un Dios en vida y que podía señalar a mil personas y asesinarlas solo porque le apetecía y sin dar explicaciones a nadie, montaba un plan retorcido para que no se supiese que había matado a un trabajador cualquiera al que podría haber mandado matar sin más. Este es un ejemplo de muy mala novela histórica, en la que los personajes no se comportan de forma coherente con las costumbres y la época.

Hay muchos lectores de novela histórica, como decía más arriba, que creen que una novela histórica debe ser exacta en vestidos o detalles triviales y luego no les extraña que los personajes se comporten de forma extemporánea, pensando y obrando cosas incompatibles con su época histórica.

En esta saga hay varias licencias históricas, la mayoría causadas por la necesidad de recortar (solo nombrando familiares de Hitler que le visitaron de niño o compañeros de colegio o de la primera guerra mundial, se podrían llenar capítulos enteros). Pero yo he tratado de ser fiel con lo que fue Hitler, con su personalidad e idiosincrasia. Y sobre todo con el hecho de que se ha convertido en El Diablo para nuestra sociedad, en la encarnación del mal absoluto:

O si preferís... en el más grande y pérfido de los demonios de la mente.

Casi todos los libros de Cosnava son gratuitos.

Pero el autor debe poner algún libro de pago para
poder ganarse su sustento y poder seguir creando historias.

Por ello, siempre que puedas y tu economía te lo permita,
compra un libro del autor.

De esta forma, la rueda sigue girando...

GRACIAS

Sigue a Javier Cosnava en facebook o twitter

Twitter: @cosnava

Facebook: Cosnava

Podrás estar al tanto de ofertas, novedades y mucho más i!!

SAGA EL JOVEN HITLER

A la venta en ebook, pero además en papel en España y próximamente en Latinoamérica

El Joven Hitler

y

La Segunda Guerra Mundial, la novela

Ambas en edición de lujo:

tapa dura con subrecubierta y guardas con mapas de época

VIVE LA GUERRA MÁS MORTAL DE LA HISTORIA A TRAVÉS DE LOS OJOS DE HITLER Y DE UN JOVEN OFICIAL
DE LAS SS

TAMBIÉN EN EBOOK

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

La novela

- ¿Conoces la trágica historia de Unity Mitford, la amante de Hitler, por la que estuvo a punto de dejar a Eva Braun?
- ¿Conoces a Gretel Braun, la hermana de Eva?
- ¿Conoces a Schellenberg, jefe de contraespionaje y el hombre más deseado y atractivo de Alemania?
- ¿Conoces a Lina von Osten, la mujer que convirtió en un monstruo a uno de los jefes de las SS?
- ¿Conoces a Mildred Gillars, la voz de la radio alemana, que fue decisiva para los ataques a la moral aliada?
- ¿Conoces a Emmy, la esposa perfecta del Mariscal Goering?
- ¿Conoces a Manstein, Rundstedt, Balbo, Von Bock? ¿Los crímenes de las SS? ¿Las batallas de Polonia, Noruega, Francia e Inglaterra? ¿La guerra submarina de U-boot?

Estas historias y muchas más en LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL (la novela): Misterios, batallas, acción y vida privada de los dirigentes nazis... a lo largo de 1200 páginas!!!

YA A LA VENTA

JAVIER COSNAVA, (Hospitalet de Llobregat, 1971) es un escritor y guionista residente en Oviedo

Ha publicado en papel 7 novelas como escritor en editoriales tan prestigiosas como Dolmen o Suma de Letras; 6 novelas gráficas como guionista; 2 ensayos sobre política y marketing editorial; y ha colaborado en 9 antologías de relatos: 7 como escritor y 2 como guionista.

Ha ganado hasta el presente 36 premios literarios, algunos de prestigio como el Ciudad de Palma 2012, el Serra i Moret de la Generalitat de Catalunya o el Haxtur a la mejor novela gráfica publicada en España.

RETIRADA PARCIAL DE LA LITERATURA

He de anunciar que por razones personales me retiro parcialmente de la literatura.

Mi hijo de 14 meses tiene una rara enfermedad llamada mastocitosis. Una vez terminados los proyectos que estaban en marcha voy a dedicarme en exclusiva al bebé y no tendré pues horario de trabajo y solo escribiré cuando mi hijo duerma o en ratos libres. Lo que implica por fuerza que durante unos años mis libros publicados serán menos de lo habitual.

Ello no retrasará la finalización de los libros de “España, la novela” ni de “La Segunda Guerra Mundial”, que seguirán su camino en las fechas estimadas, aunque con ayuda de terceras personas.

Esperando su comprensión, me despido.

GRACIAS DE TODO CORAZÓN